

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 8 DE JUNIO DE 1930

NÚMERO 49



ESPECIAL PARA LA NACION

MUÑECA

Por Maria Celina Neyra de Sola

Untisal



Untisal desentumece y despierta los músculos.

Evita la flojera y aumenta el rendimiento muscular.

Cuando esté cansado y dolorido, una fricción de **Untisal**, lo deja fresco y como nuevo.

Untisal renueva y refresca la Sangre quita los Dolores, aleja el cansancio y ahuyenta la fatiga.

Untisal limpia, desinfecta y refresca la piel.

Sangre fría

Aguante, serenidad y destreza adquiere Vd. cuando antes de los violentos ejercicios del deporte, se dá una buena friega con **Untisal**

CUANDO hube llegado a los veintidós años reclamé la parte de mi herencia, fui a París y encontré rápidamente, sin ningún obstáculo, la mujer con quien disparase ese caudal. Me impulsaba a obrar de esta manera el deseo de ver la vida con la perspectiva que se obtiene desde un automóvil propio, desde un palco de la ópera, desde un lecho pagado. De todo ello prometíame algún provecho literario. Pero no tardó en revelármese un error. En efecto, ¿de qué me servía el poseerlo todo, puesto que continuaba deseándolo? Proseguía mi existencia sensual como en un sueño, en cuyo transcurso se sabe que se sueña y en el que se aspira a la realidad. Hacía la corte a una mujer agraciada, que todos deseaban y que se mostraba agradable conmigo, marchando a su lado como a la vera de las velas fugitivas de mi nostalgia.

Sólo me quedaban algunos miles de francos en la cartera, cuando una noche tuve la imprudencia de abrirla en un baile público y a la vista de una mujer joven. Me invité y la seguí a lo lejos, hasta una casa que era una especie de cueva con escaleras resbaladizas y paredes húmedas. Apenas había colgado mi chaqueta en el respaldo de una silla, cuando la alfombra que pisaba se hundió al mismo tiempo que un trozo del piso, y caí rodando por un escotillón bastante profundo. Un saledizo, a tres o cuatro metros más abajo de la habitación que acababa de abandonar, me permitió agarrarme a él un instante, escuchando cómo una voz de hombre y una voz de mujer se alegraban de la herencia que les dejaba. También esto era una perspectiva, pero no estaba entre el número de aquellas que me habían traído a París. Esta procedía de las profundidades extrañas y temibles de un sueño, pero no dejaba de tener algo de sedante...

Apenas me quedó el deseo de volver a la luz. Además, el escotillón había vuelto a levantarse. Cerré los ojos y me dejé caer más abajo. Contra lo que me esperaba, no me rompí la cabeza sino que hui por un canal.

Me escapé hasta Florencia. Allí experimenté el deseo de amar al pierrot empolvado que todas las noches, en una pantomima del teatro Pagliano, se ponía de rodillas ante una muñeca, pues era demasiado tímido para hacerlo ante su amada. Sin embargo, este pierrot conquistaba a su elegida, la engañaba, la dejaba en la miseria. Jugaba, danzaba y sus crímenes, cometidos con frialdad y puerilidad, ponían en torno a sus ojos de pecador inocente unas ojeras cada vez más profundas. En fin, pierrot moría al terminar un fresco día de abril manteniendo su amable depravación y a los acentos llorones de una música ligera y flexible. Yo deseé su amistad, pero resultó que, al abandonar la escena, era una célebre cortesana y que costaba cien mil liras mensuales al conde de Tal, lo que en Florencia es ya una cantidad elevadísima. Me dirigí hacia el peluquero de esa pierrot y le entregué mi último billete, a fin de que me enseñase su arte, enviándome, provisto de polvos y afeites, al tocador de la bella. Mis servicios no le satisficieron siempre y yo sentí sobre mi rostro el primer contacto de su linda mano ahijada y de sus dedos afilados. Una noche, mientras estaba probándole una nueva peluca, me arriesgué a decirle todo y me puso en la

puerta. Sin embargo, yo continuaba deseando hacerme amar de ella.

Nuestras relaciones se desarrollaron repentinamente. El conde de Tal, que le brindaba cien mil liras al mes, la abandonó de pronto, con gran escándalo. Por culpa de ella, según alegó, había hecho desgraciada a gran parte de su familia. También otros se declararon perjudicados por ella en lo que tenían de más valioso. Y he aquí que entonces la mujer se encontró despedida por todos, incluso por el director del teatro, tal como ella me había despedido.

Muy pronto, cubierta de deudas, hubo de escapar del hospital, despreciada y perseguida, contentándose con lo que se encuentra en la calle.

Al llegar a este estado, me permití que le ofreciera un camastro en mi bohordilla, situada al extremo de la estrecha y populosa vía dell'Agnolo. Allí la veía por la noche bajo el claro de luna, con la cabeza reposando contra la pared oscura, pero con las manos

la obscuridad, a lo largo de la vía dell'Agnolo que estaba desierta, a lo largo de las callejuelas próximas semejantes a arroyos; vertí lágrimas de las que me sentía indeciblemente orgulloso y que no quería dejar secar... No duraron menos de una hora, esa hora que representa en mis recuerdos el más bello, el mejor y el más verídico fragmento de mi vida...

Pero me sentí agotado. Ello no me impidió ponerme de mal humor al ver que delante de mi casa había dos individuos sospechosos. Fui derecho hacia ambos para no daries la espalda. Uno de ellos tenía la nariz aplastada, ojos de "kalmuko", busto cuadrado y piernas cortas y torcidas. El otro, vestido con un sobretodo liviano y con algo negro en torno al cuello, era menudo, moreno, extraordinariamente hermoso.

Eché a andar, con la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y avancé hacia mí, seguido del otro. Andaba como los muertos. Yo avancé dos pasos

Tengo la impresión que la frecuentación de hombres es un "quid pro quo" de errores, confuso y cruel, como lo fué esta escena nocturna en el rincón de la vía dell'Agnolo.

En Milán, mi ciudad natal, conseguí algún dinero, a cambio de lo que había escrito en las noches equívocas pasadas frente a una mujer enferma a la que no amaba. Ello me valió que se arrojase sobre mí una mujer muy distinguida de la alta sociedad. Me dijo que toda su vida se la había pasado buscando; que su existencia era trágica y que era necesario que fuese amada por la persona que había escrito aquellas páginas... Pensé que todo aquello no me importaba y estuve cortés. La mujer me afirmó que yo le debía agradecimiento puesto que nadie en el mundo me comprendería como ella. Pero no estuve de acuerdo; me rebelé y negué mi deuda. Ella me repitió que su vida era trágica y que le pondría fin arrojándose desde la roca de Léucade. Esto me desarmó; me sentí halagado y también sorprendido. ¿Cómo podía llegar a semejante situación? Me negaba a mezclarme en nada de aque-

llo. No reconocía a nadie el derecho de turbar mi soledad. Las mujeres elegantes, apetecibles, que habían sido amables para mí durante mi juventud, no habían hecho otra cosa que rozarme con sus largos velos fugitivos, desliziándose a mi lado. Pierrot había muerto espolvoreado de luna, como un reflejo. Y ahora, "un cuerpo" quería intervenir cerca de mí. ¿Pretendía curarme? ¿Conferirme realidad? ¿Eliminar mis sufrimientos por el amor? Pero el interés que yo mostraba hacia mí mismo dependía precisamente de aquellos sufrimientos. Cualquier rostro enfermo es más distinguido que otro en el que se lee la salud. Yo estaba dispuesto a abdicar. Pero ella no comprendía nada de esto: quería ser dichosa y, por tanto, hacer feliz a alguien. Al final, llegué a encontrarla necia y la maltrató a sangre fría, pero reservándome, en todo caso, la posibilidad de avergonzarme con ese momento de mi alma y de hacer arte con esa vergüenza...

Cuando pasó su crisis y cuando comenzó a separarse de mí, fui yo quien salió a buscarla, forzándola a ser mi amiga. Me hacía bien verla ante mí como una prueba de mi soledad siempre intacta.

Esta soledad es semejante a un súbito encalmamiento del viento cuando se zarpa. Una multitud de marineros hallase ocupada en trepar apresuradamente por los mástiles y los fiancos del navio para largar las velas. Cuando un minuto después, éstas se desploman estiradas, el navio no se mueve, los marineros caen, se levantan, se miran...

En estas páginas se han relatado, sin duda, algunos acontecimientos extraordinarios. Pero no por ello, la vida me parece menos árida, como si nunca hubiese pasado la menor cosa. Me parece estar perpetuamente sentado delante de una historia grisácea, en la que se muere sin fin de la manera más aburrida. ¿Qué es, entonces, la realidad?

¿Quién sabe si no eran la realidad aquellas lágrimas que yo vertí cierta noche, casi durante una hora, siguiendo la desierta vía dell'Agnolo, y las callejuelas paralelas que parecen arroyos? Aquella hora fue "verdadera". En toda una vida, solamente una hora, al menos la primera media hora, es verdadera... Quizá... Pero ni eso es seguro.

NOVELA-EXPRESS



siempre en movimiento, aprestándose a describir orbes que adquirirían un relieve fantástico; manos parecidas a flores enfermas y caprichosas que atrapasen los insectos.

Yo permanecía sentado ante una mesa, bajo la luz de una candela, y escribía. En la inmensidad esparciase un silencio sonoro, vibrante, de un azul acorrido. Y pensaba que "el joven" pierrot había vuelto, vacilante, de sus aventuras y de sus pecados, para detenerse allí, empolvado de luna y muerto de fatiga, precisamente en mi habitación. ¡Cuánto deseaba amarlo! Ella alzaba sus ojos en los cuales se leía el asombro sin protesta que le inspiraba el destino. Se dejaba curar a regañadientes, hundiéndose en la mía. Me despreciaba porque todavía permanecía a su lado. Me deseaba porque no me comprendía. A veces padecía terrores; otras, deseos desenfrenados; y otras, odio. Me atormentaba, feliz de poder ser todavía un poco malvada, de usar una especie de venganza contra lo que le sucedía. Después, lloraba sobre mis hombros. Y de nuevo, volvía a escrutarme su mirada: ¿por qué la quería todavía? Nunca obtuve respuesta. Es que nunca la había amado; había deseado amarla, eso es todo.

Murió en una de aquellas noches. Después, yo bajé a la calle y lloré en

más. Estaba fascinado y, sin embargo, mis sentidos me tironaban. Veía que las cejas se destacaban negramente sobre su rostro pálido de gruesos labios: la cara de ella. En su puño, sobresaliendo de la manga, se veía el mango del cuchillo. Mi muerte estaba escrita en su rostro. O en el de la muerta. Pues no tenían más que una sola cara: era su hermano. Había venido con un compañero de los arrabales para librarla de mí. Sospechaba que viviendo conmigo olvidaba sus artes y que, por esta razón, ya no les daba dinero a sus padres ni a él.

De repente — cuando me había aproximado tanto al hermano que íbamos a tocarnos — los dos hombres se apartaron de mí, dejándome el paso libre y, al no reconocermelo, desaparecieron. Mi espíritu hallábase tan turbado que no pude darme cuenta de lo que pasaba. Después, oí los pasos de un tercer individuo que, mientras tanto, se había aproximado a favor de la obscuridad. Era un hombre delgado, con un sobretodo al brazo y que parecía apresurado por dejarme atrás. Por reconocimiento, por aturdimiento, por simpatía, yo di dos saltos a su espalda. Presa de un miedo arzo el hombre se zozgó y echó a correr. Huyó de mí, me tomaba por lo que no era. El hermano de ella también me había tomado por otro.

HEINRICH MANN

ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO

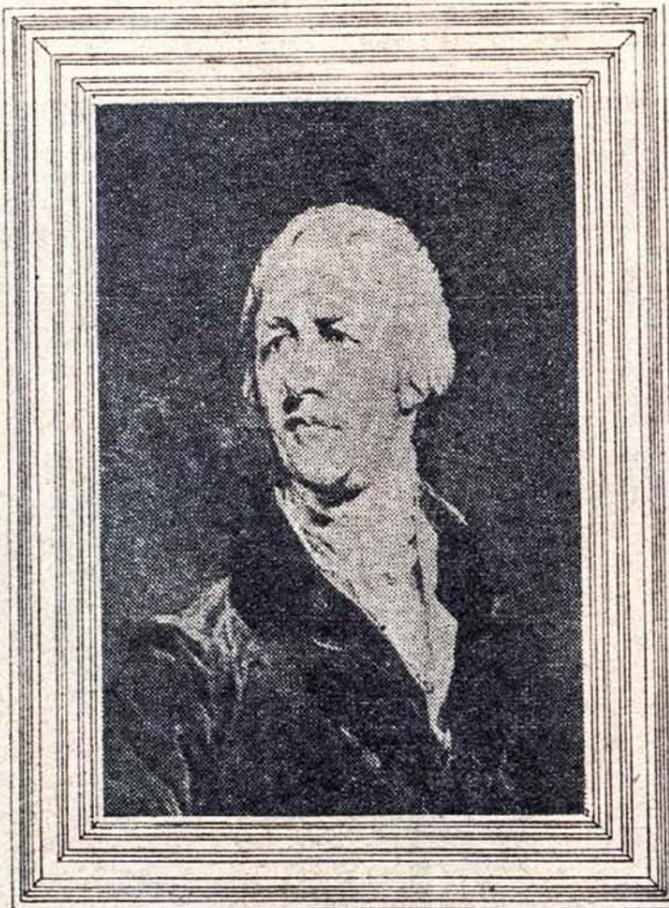
aparecieron. Mi espíritu hallábase tan turbado que no pude darme cuenta de lo que pasaba. Después, oí los pasos de un tercer individuo que, mientras tanto, se había aproximado a favor de la obscuridad. Era un hombre delgado, con un sobretodo al brazo y que parecía apresurado por dejarme atrás. Por reconocimiento, por aturdimiento, por simpatía, yo di dos saltos a su espalda. Presa de un miedo arzo el hombre se zozgó y echó a correr. Huyó de mí, me tomaba por lo que no era. El hermano de ella también me había tomado por otro.

DON FRANCISCO DE MIRANDA

III
Por
CARLOS
A.
PUEYREDON



petados. Dundas, creía en la conveniencia de acceder a los proyectos de Miranda, pero atacando a Chile según plan que presentó en 1798 aunque más adelante, en un memorándum (31 de marzo de 1800, papeles de Chatam, legajo 243),



William Pitt (1759-1806)

ampliaba el radio de acción insistiendo en la necesidad de adquirir todo el mercado sudamericano, dejando bien establecido que su plan no era de "engrandecimiento por conquista extensiva o adquisición de dominios coloniales..."

Entre otros partidarios de su proyecto, que encontró Miranda al volver a Londres, se destaca Nicholas Vansittart (Lord Bexley), financiero de nota e influencia, que después fué ministro del Tesoro y autor de un proyecto de expedición para conquistar Méjico y América del Sur.

LA POLITICA NORTEAMERICANA Y LA COIMA DE TALLEYRAND

Washington se había retirado del gobierno con su famosa carta de despedida; los consejos del primer hombre del país eran el evangelio norteamericano. En materia de política internacional había expresado que con respecto a Europa no sería prudente intervenir en sus cuestiones, ni sujetarse a las vicisitudes de su política, ni tomar parte en sus afectos ni enemistades.

Miranda no lo ignoraba, pero para interesar en la magna empresa a los Estados Unidos, había señalado puntos importantes, la posesión de Luisiana y Las Floridas, el comercio libre de toda la América del Sur y

la apertura de canales por Panamá y Nicaragua, idea vagamente esbozada en 1528 por el navegante portugués Antonio Galvao, y por Nelson en 1780.

El momento era oportuno para la alianza debido a la actitud hostil de Francia con motivo del tratado de comercio y navegación realizado entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. En represalia Francia había desconocido el principio de que la bandera cubre la mercadería.

La situación se puso muy tirante debido a que los franceses, considerando una deslealtad la celebración de aquel tratado con su enemigo, echaban en cara a los norteamericanos su ingratitud u olvido de que a Francia debían su independencia. Las desconsideraciones al ministro en París, general Pinckney, subieron de punto hasta llegar a su expulsión en febrero de 1797.

John Adams al suceder a Washington en la primera magistratura, en marzo de 1797, deseó reanudar relaciones, y designó a tres enviados, Pinckney, Marshall y Gerry, para tratar con el Directorio.

Llegaron a París a principios de octubre de dicho año, conferenciaron con el ministro Talleyrand, quien a su vez designó a Hottinger, Bellamy y Hauteval para conversar sobre el asunto; pero en vez de vestirles de representación oficial, les dió el carácter de agentes secretos, ocultando sus nombres con las letras X, Y y Z.

Iniciadas las conferencias con las quejas de los americanos sobre los perjuicios que causaban a los buques mercantes de su bandera los innumerables apresamientos que con diversos pretextos efectuaban los navíos de guerra franceses, los agentes X, Y, y Z manifestaron que el asunto podría arreglarse prácticamente: 250.000 duros para Talleyrand y 13.000.000 para el Directorio...

Se produjo de nuevo la ruptura y Pinckney, al informar a su Gobierno sobre tan inaudita proposición, interpretó en una frase el sentimiento general del pueblo americano: "Millones para la defensa, pero ni un centavo para el tributo!"

La noticia de la tentativa de cohecho llegó a los Estados Unidos en marzo de 1798, el ambiente se caldeó contra Francia, y Adams, a pesar de su pacifismo, tuvo que preparar el país para la guerra; se pidió al general Washington que abandonara el retiro de Mount Vernon para ponerse al frente del Ejército y se dictaron leyes.

Coincidió la excitación general con la llegada de cartas de Rufus King abogando por el plan de Miranda. Era factible una alianza con Gran Bretaña y conveniente provocar insurrecciones en las colonias sudamericanas para debilitar a España, aliada de Francia.

El ministro en Londres decía a Hamilton: "Tengo motivos para creer que la perspectiva de nuestra guerra con Francia ha de renovar el proyecto que en más de una ocasión hemos meditado con relación a la

América del Sur. Miranda, el famoso don Francisco Miranda, natural de Caracas... regresó a esta ciudad hace pocas semanas; ha visto a los ministros... El propósito que abraza es de obtener la independencia de la América del Sur con la cooperación de Inglaterra y de los Estados Unidos", y pocos días después, el 26 de febrero de 1798, le comunicaba que durante la última quincena se habían definido en el Gabinete de Saint James los siguientes puntos: "Si España no se coloca bajo la dependencia de Francia, Gran Bretaña no tomará parte en el plan para arrebatarle sus posesiones coloniales, pero si el paso del Ejército francés destinado a Portugal u otra medida de análogo carácter da por resultado la caída del Gobierno de Madrid y coloca España sus colonias y sus grandes recursos en manos de Francia, Inglaterra procederá inmediatamente en favor del plan hace tiempo madurado y propuesto para la emancipación de la América del Sur. Si esta Nación se empeña en tal sentido, nos pedirá, sin duda, nuestra cooperación..."

El Gabinete británico retenía a Miranda a la espera de la actitud que asumiera España, y sin que supiera el precursor, comunicaba a Madrid la existencia del plan para intimidar a dicha Corte.

En agosto 17, el ministro King informaba que Lord Grenville le había hablado confidencialmente sobre la practicabilidad del proyecto y de la forma de gobierno a establecerse.

Hamilton conocía a Miranda, pero le había tomado cierta desconfianza, sospechándole de "aventurero" intrigante; al principio eludió opiniones sobre el proyecto; sin embargo, poco a poco fué encontrándolo viable y llegó a ser partidario decidido; en carta a King (agosto 22 de 1798), le habla de su deseo de dirigir la expedición como general en jefe y le adjunta una nota para Miranda en la que dice:

"Hace mucho tiempo que usted conoce mis sentimientos acerca de este negocio... Mi deseo era que estas cosas se concluyesen... en el curso de esta estación... El invierno puede madurar el proyecto y puede tener lugar una cooperación efectiva por parte de los Estados Unidos... El plan... debe ser una escuadra británica, un ejército de los Estados Unidos y un Gobierno para los países liberados que sea agradable para ambos cooperadores... La presencia de usted aquí sería extremadamente esencial" (Brackezridge, Voyage to S. Am. II, 38, London 1820).

"Todo está allanado—contestó Miranda—y se espera solamente el "fiat" de vuestro ilustre presidente para partir como el rayo".

La adhesión de Hamilton al proyecto podría decidir el apoyo norteamericano. El ex ministro de Washington, además de su gran prestigio como juriconsulto y coautor de "El Federalista", compartía con el presidente la jefatura del partido gobernante, y tenía positiva influencia sobre los ministros, a pesar de odiarse con Adams.

Movilizado el ejército para la posible guerra con Francia, Washington al aceptar el mando había puesto como condición que Hamilton, su consejero y amigo predilecto, fuera su segundo como inspector general.

Miranda confiaba en la amistad de tan ilustre político, habían conversado sobre la independencia en 1784, lo mismo que con los generales Knox y Lee, y esperaba que la influencia enorme de ellos y del ministro de Estado coronel Pickering, hombre de Hamilton, podría decidir la cooperación de los Estados Unidos.

OPTIMISMO DE MIRANDA
Convencido el precursor de
(Continúa en la pág. 11)



Un viejo pasaporte ruso con el nombre de Mirandow, anteojos oscuros y pelucón arreglado por las carifiosas mannos de la marquesa de Custine, facilitaron al precursor la salida secreta de París, camino a Londres, en la mañana del 3 de julio de 1798.

Incluido en la lista de los "fructidorizados", su situación se había hecho insostenible a pesar de su habilidad para eludir persecuciones policíacas.

Barras estaba empeñado en dar con el paradero oculto del que calificaba "el mayor intriguante de Europa", a fin de que cumpliera en Cayena la deportación decretada, pero la hospitalidad británica habría de salvar al visionario.

Desde Dover, Miranda escribió a su amigo Turnbull, quien obtuvo del primer ministro pasaporte con el nombre supuesto y audiencia reservada en su casa de campo de Hollwood, para el día siguiente de su arribo.

Transcribe Robertson en su nuevo libro "The Life of Miranda", 1929, los recuerdos del precursor sobre dicha entrevista: "El portero inmediatamente anunció mi llegada a Mr. Pitt, quien vino a mi encuentro sin demora alguna. Me recibió en forma jovial y amistosa, felicitándome sobre mi feliz llegada; me recordó que hacía como ocho años, en ese mismo sitio, nos habíamos encontrado por primera vez para tratar sobre el mismo importante asunto... las circunstancias ahora son diferentes porque Inglaterra está en guerra con España. Le contesté que dichas circunstancias motivaban nuestra repetición o renovación de las negociaciones de 1790. Todo está muy bien, me dijo, pero, ¿en nombre de quién, o por quién tiene Vd. autorización? ¿Podría redactar algún documento como credencial en forma para regularizar el asunto?..."

Salió a relucir entonces la convención de París firmada el 22 de diciembre del año anterior. Las formas estaban guardadas, se podría iniciar con ella un expediente, pero faltaba la base, ¿qué asambleas, quiénes habían conferido poderes a la titulada "Junta de Diputados de Méjico, Perú, Chile, La Plata, Venezuela y Nueva Granada?" Era esto el punto débil que contribuiría al fracaso de la negociación.

Pitt leyó atentamente los diez y ocho artículos y al llegar al punto en que se convenía la alianza de Gran Bretaña con sus antiguas colonias, exclamó: "¡Nos vamos a divertir mucho operando junto con los Estados Unidos en esta empresa!"

Sin embargo, continuó la lectura, haciendo preguntas aclaratorias en cada materia de importancia; le interesaba el proyecto, deseaba conocer el punto de vista sudamericano sobre las fuerzas necesarias y el sistema de gobierno a que aspiraban, como también la influencia de las nuevas ideas de la Revolución Francesa.

"Al final me dijo: verdaderamente todo está muy bien y no encuentro impedimento para ello, pero como este asunto es muy grave, no puedo decirle más por ahora; dentro de poco tiempo Vd. recibirá una respuesta más formal y decisiva... Me sorprendió la acogida tan extremadamente buena que Pitt me acordara y su olvido completo del altercado desagradable con que habíamos terminado nuestras relaciones".

Mientras esperaba la respuesta británica, Miranda, con el objeto de obtener el apoyo de los Estados Unidos, sometió sus planes a Rufus King, ministro acreditado en aquel país. Entusiasmado con el proyecto, se convirtió en cooperador decidido, no solamente escribiendo

a Filadelfia sino también interesándose ante Pitt y lord Grenville.

GRAN BRETAÑA Y LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

Existían en Londres antecedentes que justificaban hasta cierto punto las esperanzas del precursor. Gran Bretaña se había posesionado de la isla de Trinidad, obligando al gobernador español, Chacón, a entregar la plaza, después de haber quemado las naves el almirante Apodaca.

Pero el objetivo británico no podía cumplirse porque España prohibió el comercio de dicha isla con Tierra Firme y era necesario abrir paso para las manufacturas y comercio británicos, a cuyo efecto el gobernador Picton recibió instrucciones del ministro de Relaciones Exteriores, Dundas (Lord Melville), de fomentar por todos los medios la forma de "liberar al pueblo del continente cercano de la isla de Trinidad del tiránico y opresivo sistema que sostiene con tanto rigor el monopolio del comercio y de obtener todas las ventajas posibles que la situación de la isla presenta, abriendo una comunicación libre y directa con las demás partes del mundo..."

Aconsejaba al gobernador que animara a los habitantes de la isla a mantener las comunicaciones que antes tenían con Tierra Firme, prometiendo instalar un depósito general de mercaderías y anunciaba la apertura del puerto de Trinidad para comerciar directamente con Gran Bretaña.

A efecto de estimular a los habitantes para "resistir la autoridad de su gobierno", agregaba que podrían contar con todos los socorros de Su Majestad Británica sea con fuerzas o con armas y municiones, sin limitación alguna".

Al final expresaba el gobernador que "las intenciones de S. M. B. no van más allá que asegurarles la independencia, sin pretender soberanía alguna sobre su país, ni siquiera inmiscuirse en los privilegios de los habitantes ni tampoco en sus derechos políticos, civiles o religiosos" (Outline of the Rev. in S. America, London 1817).

Esta proclama basada en las proposiciones presentadas por Miranda a Pitt en 1790, dió motivo a que se intentara una conspiración en Caracas en 1797. Sus jefes Manuel Gual y José Ma. España fueron perseguidos, pudiendo escapar, pero el último pagó con su vida dos años más tarde el intento fracasado de emancipación.

Mientras tanto un cubano, que después resultó traidor, Pedro José de Caro, removía en Londres la idea de Miranda y escribía al gobierno británico, en octubre de 1797: "Los méritos y talentos de este americano son bien conocidos, su reputación vale un ejército".

Por otra parte, el tratado de alianza entre España y Francia, ratificado en enero de 1797, daba motivo para contemplar de nuevo los proyectos encar-



MARTIN y Julia llegaron a Roma una mañana de abril, temprano, con el cansancio de dos días de ajeteo, uno en la

Riviera, otro en Pisa, y de dos noches sin sueño en la "cocktailera" de un compartimiento de segunda clase.

Eran muy siglo XX. Pensaron, primero, dejar las valijas en el depósito. Saliendo de la estación, miraron las ruinas de las termas de Diocleciano, sólo para ver si por allí había algún cartel de "Albergo Diurno". Pero no había. En esas termas no se baña ya más que la Arqueología.

—¡Qué hermoso pararrayos! — dijo Martín, señalando fugazmente el chorro vertical de la fuente de la Esedra.

—¡Cómo me duelen los pies! — replicó Julia.

La persona que, llegando a una ciudad desconocida no sabe encontrar un "Albergo Diurno" en menos de cinco minutos, sin preguntar a nadie, ha nacido en el siglo pasado. Martín nació en 1902, y Julia en 1904. Lo encontraron en tres minutos.

—Esos sitios — farfullaba Martín — están siempre en el subsuelo de las zonas en que mucha gente, corriendo, vive el hoy, olvidada del ayer y del mañana. Hay una linda palabra para indicar el acto de quitarse, de encima y de adentro, la suciedad: "toilette", higiene... Una vez, en el campo, vi unos campesinos que efectuaban una operación muy maloliente en un huerto maravilloso, vaciando unos tachos en los surcos, al pie de hermosas coles y ensaladas. ¿Qué hacen? — pregunté, tapándome la nariz. —

Abonamos la tierra, me contestaron... — Me acuerdo de esto porque se me ocurre una idea, ¿cómo decir?... agrícola de las ciudades, a propósito de la ubicación de los "Albergos Diurnos" debajo de las zonas más vitales. Hasta me parece que hay en esto nada menos que el principio de una idea moral de la vida en común.

Bajaron la escalinata y se encontraron en un amplio vestíbulo de azulejos. Una ojeada al cuadro de las tarifas. Martín se acercó a la caja:

—Señorita, para dos: baño, peluquero, lustrabotas, planchado de trajes.

La señorita le dió una serie de bonos y le pidió una cantidad de liras. Julia y Martín se separaron, para seguir cada uno su paralela de higiene.

Julia se quedó un momento ante el espejo del cuarto de baño. Se quitó el sombrero, suspiró, mirándose con simpatía conmisericordiosa. Puso una expresión de gran cansancio y languidez, para sentir ternura de su imagen. Julia concebía el baño como un idilio. En el baño se hallaba consigo misma. El encuentro era tierno. Se alivió el cansancio de las siennas, removiéndolo con los dedos el cabello aplastado por el sombrero. El agua caía con chorros enérgicos en la bañera. Julia se fué desnudando lentamente, amándose parte por parte. Cuando estuvo desnuda, se miró toda en el espejo, sintiéndose confesada. "Ahora, sí, ahora"... — se dijo, y entró en la bañera. El agua tibia la cñó, acariciando y Julia sintió que se abrazaba a sí misma.

Martín se sentó en el banqui-

to esmaltado de su cuarto de baño, esforzándose por actualizarse. Su espíritu corría como un "film" sin orden, reandando las rápidas andanzas y visiones de los últimos dos días. El presente se intercalaba sólo con notas de desasosiego. Se había quedado repartido en el viaje; algo había dejado en las callejuelas de Génova, en los escollos de Nervi, en la rada de Portofino, en la plaza-prado de Pisa a la sombra de la torre inclinada, en los Lungarni, en las montañas blancas de Carrara vistas desde la ventanilla, en la expresión de los compañeros de compartimiento. Vivía, a la vez, esos días, en todos esos lugares, con todas esas personas. Tenía que ir recogiendo, reuniéndose parte por parte, tenía que fijarse la hora de ese momento. Cerró la canilla del agua caliente y abrió toda la del agua fría. Se desnudó y se tiró de golpe en la bañera. Todo se desva-

LLEGADA A ROMA

Por
ATILIO
DABINI
ILUSTRACIONES
DE LUIS MACAYA

—Tengo que agarrarme un poco a las cosas — pensó Martín.

Se agarró al hilo de la conversación de la cajera; una de esas conversaciones que se oyen

anuncia por estampas; pero apenas uno llega a Roma — se dijo Martín — la realidad de ahora y de todas partes sumerge a las estampas. Acaso Roma — pensó — sea un lugar en el tiempo, y no en la superficie de la tierra... Pero, si es así, ¿cómo hacer para ir a Roma?... Martín tuvo ganas de preguntar a alguno de los romanos que estaban en el vestíbulo del "Albergo Diurno": — "Perdone, señor, ¿ha estado usted alguna vez en Roma?... — Se figuró la escena: una escena de sketch norteamericano.

Pero Martín no había soltado su hilo, y el hilo no se quebraba porque la cajera seguía hablando. Martín se izó y se agarró de la cajera. Recordó que una vez le habían regalado unos magníficos duraznos grandes, mórvidos, maduros. Uno, había estado sopesándolo y sintiéndoselo entre las manos. La sensación le renacía en el placer del tac-

es el tiempo ahora para mí, que carezco del sentido del tiempo; en la escala zoológica hay seres que todavía están en el confin del sonido, por ejemplo, como yo estoy ahora en el confin del tiempo; sea como fuere, yo acabo de atravesar este confin, en este instante, si bien en la forma rudimentaria del recuerdo, que es común a todos; yo creo que algún día los hombres conquistarán el tiempo y harán de él un imperio; ¿ahora, yo estoy seguro de que podré llegar a Roma!...

El descubrimiento, le llenó de emoción. En instantes así, Martín resultaba simpático; es decir, podía imantar a una persona... No dejaba de mirar a la cajera, aunque toda su capacidad de ver estaba dirigida hacia adentro de sí mismo; y, mirándola, la emoción vivificaba su expresión, activaba sus ojos, su sonrisa. Tal vez por un rato estuvo viendo a la cajera como un recuerdo que no se afirma del todo en la mente distraída. ¿Era otra experiencia en el tiempo?... Al principio, la cajera se calló, se quedó seria, se recogió, se compuso, esperando. En Martín el recuerdo se afirmaba, encuadrándose en un rectángulo de papel, un poco amarillento: era una estampa que representaba el busto de mármol de una antigua matrona romana, grave y firme en su robusta consistencia. Los rasgos de la cajera encajaban perfectamente en los rasgos de la estampa. Pero de la estampa emanaba una sensación refrigerante; mirándola, uno se enfriaba; en sus ojos vacíos, había una ausencia infinita; la mujer había desertado de su mera forma. Jamás había pensado Martín que la criatura humana

pudiera prestarse para una imagen de tanta irrealidad. Bastó el recuerdo para que la expresión de Martín perdiera su elasticidad de irradiación, endureciéndose; pero la cajera, que notó el cambio, salió del recogimiento en que esperaba, le sonrió, poblando de ella misma el aire del vestíbulo; y volvió a dirigir la palabra a la del mostrador de los peines, pero sonriéndole a Martín, moviéndose ligeramente toda como para acomodar su cuerpo en la mirada de Martín; y Martín, mirando a la cajera, de pronto vio cómo la estampa resucitaba... La ilusión del prodigio duró un solo instante, acaso un fragmento de segundo. Pero durante ese fragmento de segundo, Martín comprendió que había estado en Roma...

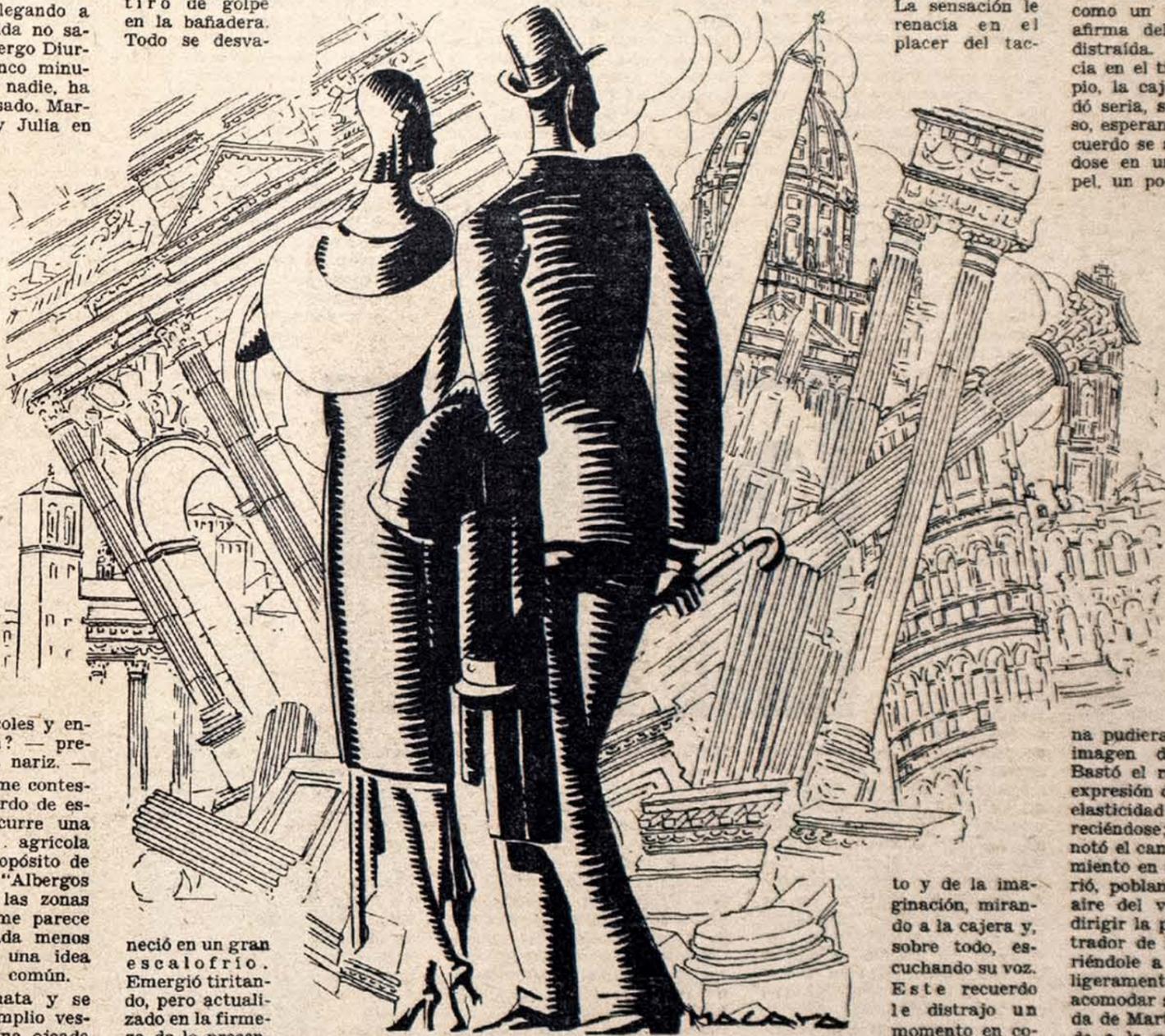
Martín recuerda todo lo que siguió ese día, desde ese instante, como episodios de un retorno. Púe como si volviese a hallarse entre cosas ya conocidas. Sonrió francamente a la cajera, guiñándole el ojo, reconociendo en ella, ahora, siempre a la misma mujer que en tantas otras ciudades del mundo se le manifestó susceptible de conquista. Pero una repetición más no le tentaba.

Al fondo de un corredor apareció Julia. Martín soltó los hilos; todas las personas y todas las cosas del vestíbulo se recogieron en su aspecto habitual.

—¿Bien?

—Bien... — contestó Julia, como desganada. Julia era una gran hipócrita. Para disimular los encuentros consigo misma, quería dar a entender a Martín que el baño no era más que una necesidad...

Salieron del "Albergo Diurno" y llegaron a una calle, de nombre Cavour, y como era



nació en un gran escalofrío. Emergió tiritando, pero actualizado en la firmeza de lo presente. Tocó un timbre; le alcanzaron su traje planchado y sus zapatos lustrados. Se vistió y pasó a la peluquería. El peluquero lo dejó liso, peinado y perfumado. Martín se acomodó el sombrero ante el espejo, y se fué al vestíbulo, a esperar a Julia. Así, vestido, lavado, afeitado, peinado y lustrado, tenía una agradable sensación de comienzo. De vez en cuando, el sueño atrasado le cubría con una nube; era como si todo se desvaneciera; la cajera, tras el enrejado brillante de bronce de la caja, entraba en la zona blanca de los azulejos; la gente que atravesaba el vestíbulo, o que esperaba, el lustrabotas, los cuadros de propaganda, el mostrador de los peines y de las guías, todo sufría un rápido paréntesis de disolución, y Martín sentía dilatarse en torno de sí un espacio vacío, sordo, girante. Pero la electricidad de sus nervios desgarraba la nube, y la cajera avanzaba desde la zona blanca, manejando su caja como un automóvil, hasta detenerse frente a él, reanudando con la mujer del mostrador la conversación que había quedado interrumpida por el sueño de Martín.

en todas partes, iguales, y cuya única originalidad consiste en el idioma, la voz y la figura de quien habla. Sin poner atención en las palabras, Martín se imaginó acariciar el lomo de una gata. La voz de la cajera era voluptuosidad que se satisfacía en las suaves redondeces de la entonación. Sin soltar ese hilo, por el cerebro de Martín pasaron algunas imágenes. Primero, tuvo la impresión de haber descubierto a las romanas... Recordó las estampas de Roma que había visto en su vida. "Habrá que renovarlas, ahora", se dijo. Se le representaron las ruinas de los acueductos, que se ven desde el tren, entrando en Roma. En la madrugada livida, parecían un desfile de elefantes, pero enormes. Creyó recordar que en la antigüedad los romanos perdieron una batalla porque los enemigos lanzaron tropezos de elefantes al asalto. Se estremeció, figurándose cómo pisotearían esos monstruos una campaña que, de tan delicada, ampara su melancolía bajo la sombrilla de los pinos. Pero una vez en la estación, sintió que entre los acueductos y el valle a mediar una distancia de dos mil años. "Roma se

lejanas en el tiempo y en el espacio. Tal vez, por la duración de un minuto, volvió seis años atrás, en el Delta del Paraná... "El tiempo existe, pensó Martín; es una región; una geografía del tiempo es posible como una geografía de la tierra; se puede viajar en el tiempo; el tiempo tiene su topografía, sus climas, sus estaciones; sus lugares, que son los recuerdos; los hombres no se han dado cuenta de que el tiempo es un mundo acaso más verdadero y vasto que la tierra que pisan y el agua que surcan; tal vez, porque carecen de un sentido especial del tiempo; pero no sería extraño que algún día lo tengan; no sólo; yo creo que ese sentido se está creando; yo lo siento en mí; en la escala zoológica, el primer sentido debe haber sido el acto; todos los demás sentidos, el oído, el olfato, el gusto, la vista, son desarrollos del sentido del tacto; ver, oír, oler, gustar, son refinamientos del tacto; si yo me imagino carecer absolutamente de un sentido, el mundo pierde para mí una zona de materialidad que se convierte en zona imaterial, en algo que se me escapa, en algo así como lo que

más ancha que las otras, la siguieron.

—Es un instinto democrático tomar las calles más amplias— dijo Martín.

—¿Qué tiene que ver la calle ancha con la democracia? — replicó Julia.

—¿Qué tiene que ver? ¿Ves cuánta gente? Bueno, después de un rato de andar por esta calle, nos sentiremos perfectamente iguales a todos. Mientras que en las callejas trasmanas, por donde pasan pocas personas, distanciamos, al que pasa lo escrutamos y le descubrimos la figura.

—¡Oh, bah! En la calle ancha y poblada también se descubre la figura, si se quiere. Yo no soy como esa gorda. Ese hombre es alto; tú eres pequeño. Ese sombrero lila con ese vestido rosa no pega. A ese señor le pesan los mofletes que a este otro le faltan...

—Sí, sí, continúa... ¡Pero sin dejar pasar a ninguno!... No puedes... Mientras has visto seis figuras, han pasado a tu lado trescientas personas. Y son, sobre todo, las doscientas noventa y cuatro que te faltan las que hacen la calle ancha.

—Sin embargo, a mí me gusta la calle ancha — dijo Julia, con un poco de impaciencia.

—¡Oh, a mí también! Es la calle de todos. No distingues entre los empujones que das y los que te dan. Te olvidas de ti misma...

Julia se puso seria. Martín presintió que el círculo habitual se iba a volver a cerrar en torno suyo.

En efecto, Julia le reprochó: —El que se olvida de mí, eres tú...

El círculo se había cerrado. "Bueno — pensó Martín — por hoy no vuelvo a Roma"... Tuvo el mismo sentimiento que cuando de chico jugaba en la calle con los compinches y la mamá lo llamaba: "¡A dormir!"

—Sí, sí, las excusas son buenas — dijo Julia, cortando las explicaciones de Martín —, pero, ¿qué me importan? Ni por casualidad se te ocurre decirme una palabra — una, una palabra, ¿qué es una palabra?... — que sea realmente para mí... No, no, no... No me digas nada. ¡Si no me quieres!... ¡Es eso!...

—¡Te quiero! — exclamó Martín, sinceramente, pero sin fe.

—No lo digas...

Martín se calló; siguieron caminando un poco, en silencio, colándose entre la gente de la calle ancha. "No hay vez que logre evadirme, pensaba Martín, sin que se dé cuenta... Uno abandona su pueblo, cruza el Océano, recorre continentes, va de ciudad en ciudad, y se encuentra siempre en el mismo punto, dentro de su círculo... Pero, ¡qué tonto! Si yo le decía algo, cualquier cosa, pero en tono muy afectuoso, a propósito del baño, no ocurría nada. Por ejemplo: "¡Pobre Barquita mía, cómo estarás debilitada con el baño, después de tanto andar!"... Cualquier cosa, con tal de que sonase a consuelo. Le gusta que la consuele"...

Así llegaron a la plaza del Esquilino. Se detuvieron en la esquina un buen rato. El descontento de Julia y el desasosiego de Martín, poco a poco se dilataron, dispersándose en la amplitud de la plaza, y esfumándose. Así ocurría siempre. Julia no hacía más que desahogarse. Pero Martín sabía que, después del desahogo, debía proceder con mucha cautela y suavidad para poner a Julia otra vez en su punto de afinación. Miró a su mujercita, con la expresión especial aconsejada por las circunstancias. "Si, va a nacer una sonrisa", pensó, aliviado; y dijo con voz apagada:

—¿Qué vacía está esta plaza, ¿no? Estamos parados en el cordón de la acera como a orilla de un lago...

—Sí — asintió Julia —. Mira

—agregó, señalando la escalinata de la fachada posterior de Santa María Maggiore.

Martín suspiró. —Debes tener ganas de tomar algo, Barquita. No nos hemos desayunado.

—Si tú quieres...

—Vamos. La cogió de un brazo y, encaminándose, la aduló de este modo: "Yo doy la vuelta al mundo en mi Barquita"...

Julia sonrió. Martín, definitivamente tranquilizado, se acercó a un quiosco, compró unos diarios, y en seguida se metieron en un café, acomodándose ante una mesita de mármol, sobre unos asientos de terciopelo. Acudió un viejo camarero, pulcramente conservado en su frac. Bigotes y cabellos blancos; piel fresca y suave; los rasgos nítidos; sonreía de veras; se veía que este hombre podía sentir la fruición hospitalaria. A diferencia de todos los otros camareros que Martín había conocido, éste emanaba la sensación de encontrarse bien. Se veía que el primer habitué del café, era el viejo camarero, no por el hecho de estar allí todo el día, sino por sentimiento, por unción conventual.

—Café con leche — pidió Julia.

—Discreta idea — dijo el viejo camarero—. Pero... prueben nuestro chocolate.

—Con mucho gusto — contestó Martín, como si se hallara de visita.

El viejo camarero se fué y vino con el chocolate, surcando la luz verde con

que los espejos, reflejando el color de las paredes, traían en las salas desiertas del café una evocación de claustro... A Martín le quedó siempre en el recuerdo este café como una antesala del Vaticano. Sintió allí algo que no podía ser sino católico.

Después, durante los meses de su permanencia en Roma, fué descubriendo otras muchas semejantes y diversas antesalas del Vaticano... "Me había equivocado, pensó Martín, parece que he llegado otra vez a Roma — a otra Roma"... Las estampas y las figuraciones comenzaron a agolparse en la mente de Martín; pero supo abstenerse, contentándose con entrever un desfile de almas borrosas en una semiluz de aurora o de ocaso. "Volveré más adelante", se dijo.

Seguramente fué el chocolate. Sintió la gravitación de todo su ser sobre el asiento. Miró a Julia y vio que también ella se acomodaba en una agradable sensación de descansar. En el aire verde y estancado del café, el viejo camarero caminaba lenta, silenciosamente, como ritmando los pasos aterciopelados del sueño. Se repantigaron en la somnolencia. A Julia le parecía que alguien le cepillase muy despacio los cabellos. Martín se figuraba un peregrino que llega a Roma y se abandona en el atrio penumbroso de una iglesia, sintiendo cómo el largo vendaje de cansancio de las millas que ha andado, se va aflojando poco a poco en torno de su cuerpo... Pero con el alivio, aumentaba la presión del sueño. Las dos noches sin dormir pesaban progresivamente sobre ambos. Martín tuvo la fuerza de imaginar la materialidad del tiempo. Se sentía todo dolorido; pero ningún sentido le decía qué clase de dolor era. A Martín le parecía que era un dolor producido por haberse colocado durante cuarenta y ocho horas en una posición inadecuada "sobre" el tiempo. "Si tuviera el sentido del tiempo, el dolor sería claro, se dijo, como cuando uno se duer-

me en el suelo, y se despierta como apaleado"...

¿Cuánto duró la media hora que estuvieron en el café? Seguramente, mucho tiempo.

—Bueno, habrá que volver a flote, ¿no? — dijo Martín, haciendo un esfuerzo como si se izara.

Salieron, penosamente, a la luz viva de la calle.

Anduvieron perdiéndose un par de horas por las calles, al azar, sin objeto. Estaban demasiado cansados para sentir todo el placer de andar así, a cualquier parte, o para tomar una resolución precisa. Y cuanto más andaban, menos capaces se sentían. Llegaron a estar tan cansados, que siguieron caminando, para no darse cuenta... Lo que veían, desaparecía empujado por lo que veían inmediatamente después. Ese extraño paseo era un desmoronarse continuo de casas, calles, plazas, fuentes, columnas, gentes, jardines, iglesias, una cosa tras otra, en las aguas oscuras de la conciencia dormida. Martín trató, en vano, de impresionarse cuando cruzaron el Tiber, por el puente de Castel Sant'Angelo... En cierto momento creyó ver que un tranvía se metía en una tienda; no era más que el reflejo en la vidriera. En otro momento, pareciéndole oír sobre el empujado un nutrido, aunque velado, trote de caballos, cogió a Julia por el brazo: "¡Cuidado!", y la detuvo en la vereda. La calle, desierta... — "Es el viento", dijo Julia, agarrándose el sombrero. Pero

Nallini, durante todo el tiempo, no hizo caso si otra cosa que hablar de la casa, tan estrecha, recordando la que tenían antes, tan amplia, advirtiéndole que esperaban encontrar otra donde por lo menos pudieran moverse. Sin embargo, aun en ésta, la señora Nallini lograba escurrir su mole abundante entre las poltronas, entre la mesa y la



pared, y aparecer en los sitios menos practicables de las habitaciones. El chico de Nallini no sonreía por nada del mundo. A cada veinte o treinta palabras, Nallini tenía un acceso de tartamudez; entonces machacaba sobre la palabra difícil hasta despuntarla y proseguir. Tartamudeó sensiblemente diciendo que ahora su posición económica había cobrado una base; lo repitió varias veces, con diversas introducciones y conclusiones y a propósito de varios motivos. Probablemente, quería que Martín lo comprendiera bien... Tal vez, si la casa era menos estrecha, Nallini no hubiera insistido tanto sobre la tecla de la posición económica. O acaso, era solamente que Martín lo entendía, y, confundiendo todavía las cosas con las alucinaciones, le pareciera a él que Nallini insistiera tanto, mientras que no había tal cosa.

Durante el almuerzo, Martín le metió al Frascati. Se sintió excitado. Entre sus esfuerzos por ponerse a tono y el vino, logró ponerse en un estado de tensión, cayéndose una vez hacia el lado de la lucidez, porque el sueño quedaba vencido, y otra vez hacia el lado de la ofuscación porque el vino se le iba a la cabeza. Sin embargo, lograba disimular bastante bien, gracias, sobre todo, a que los Nallini estaban muy ocupados en hacerle entender una porción de cosas que, naturalmente, a Martín se le antojaban siempre variaciones sobre la misma insistencia: casa estrecha y posición económica finalmente afianzada.

La señora Nallini hablaba mucho, y a Julia le parecía que siempre volvía a contarle que cuando era joven era una figurita grácil y delicada. Eviden-

tamente, a Julia le pasaba lo mismo que a Martín.

Llegaron las cuatro de la tarde. Nallini dijo que los iba a acompañar a la habitación que les había fijado: era al otro extremo de la ciudad. Antes de salir, Julia y Martín se lavaron. Los saludos se repitieron muchas veces. Julia y Martín saludaban, y volvían a saludar porque les parecía que se les había olvidado algo. Mentalmente, seguían saludando a la señora de Nallini hasta cuando estuvieron en el taxi.

Nallini quiso llevarlos a ver la ciudad y ordenó al chauffeur una serie de rodeos. Foro Romano, Capitolio, otra vez Foro Romano, Coliseo, Arco de Constantino, Palatino, Termas de Caracalla, San Juan de Letrán, Castel Sant'Angelo Plaza Colonna, Plaza del Popolo, Villa Borghese, el Pincio, Plaza de España, San Luigi dei Francesi, el Panteón... Mientras el automóvil corría y Nallini hablaba, machacando sobre la palabra difícil cuando tenía su acceso de tartamudez, Martín y Julia entreveían cómo la realidad cuantiosa de casas, calles y tráfico iba sumergiéndose, una después de otra, las estampas romanas. El Coliseo, los Foros, las iglesias, las termas, las fuentes, las plazas de la Roma que ellos conocían ya en estampas de libros, iban perdiéndose entre barrios iguales a los de otras tantas ciudades ya visitadas. A Martín y a Julia esta carrera les parecía una cosa absurda.

—Ahora vamos a casa— dijo Nallini—. Ustedes deben caerse de sueño.

Quinto piso: ciento veintiocho escalones. Nallini llamó a la puerta No. 15. Se oyeron los furiosos ladridos de un perro, y en seguida los gritos de dos mujeres ordenándole silencio. La señora Franchetti abrió la puerta; por encima de su espalda asomaba la cara de la hija; las dos, de negro. Llevaron a Julia y a Martín a una habitación inmensa. Julia corrió al balcón. Nallini machacaba ahora la palabra difícil explicando a la señora Franchetti todo lo que Julia y Martín necesitaban; machacó largo rato. Martín miraba la cama. Le parecía una cosa de prodigio. — "Julia — llamó —, mira: la cama"... El perro apareció en la puerta, ladró y se fué tras un grito de la señora Franchetti. Nallini siguió machacando su palabra difícil. Todo lo que ocurría tenía para Martín y Julia un extraño carácter de irrealidad. Ambos iban reconociendo, una a una, después de la cama, las cosas de la estabilidad: la mesa, la cómoda, el ropero, las sillas, la poltrona, el lavabo. Cada cosa les producía una sensación de placer, de consuelo. Martín, paseando la vista por las paredes, la detuvo sobre cuatro viejas ampliaciones fotográficas: un hombre y una mujer; otro hombre y otra mujer; uno de los hombres tenía el pecho cubierto de medallas; debajo de su fotografía había un cuadro que encerraba las medallas auténticas, veinte o más. Martín sintió que la pieza estaba poblada por estos cuatro antepasados de alguien. La señora Franchetti le vió mirando las fotografías y dijo, agriamente:

—Son los abuelos de mi difunto marido. ¡Si le molestan, los saco!

—No, señora— dijo Martín—. Me... me... — Pero no pudo decir lo que sentía.

Por fin, la irrealidad de Nallini, de la señora Franchetti y de su hija se desvaneció tras la puerta, cerrada por Julia. Martín cerró las persianas del balcón. Miró a ver si en la penumbra se veían aún los antepasados; sólo un poco... Se tiró sobre la cama, al lado de Julia. Pero no se durmió en seguida. En su mente comenzaron a bailar vertiginosamente los recuerdos, las alucinaciones, el almuerzo, las estampas de Roma naufragadas en la realidad de unos barrios como otros, los cuatro antepasados...

—Ahora vamos a casa— dijo Nallini—. Ustedes deben caerse de sueño.

FIGURAS DE TRANSITO

ARNALDO FRACCAROLI

El primer acto es bueno — concede un señor displicente.

—Y los otros también—salta, vertiginoso, el autor.

El señor displicente es el periodista X. El autor es Arnaldo Fraccaroli, escritor teatral, novelista, "croniqueur" y huésped excepcionalmente grato de Buenos Aires, porque, por lo menos mientras está acá, todo lo encuentra encantadoramente bien. Y, ya embaldado en la autoadmiraación, continúa, cada vez con más firmeza.

—Y todo mi teatro está bien. Y toda mi obra está perfectamente bien. Entonces, alguno insinúa:

—Su novela "Il paradiso delle fanciulle"...

Y no lo deja seguir:

—¡Ah! ¡Ya lo creo que está bien! Admirable, estupenda, superior...

¿Habla en serio? ¿Habla en broma? Los comensales de aquella pequeña comida, que se ha organizado para conocer de cerca a Fraccaroli, nos miramos preguntándonos con la vista:

—¿Está hablando en broma? ¿Está hablando en serio?

El, que es extraordinariamente sagaz, lo comprende y agrega:

—Sí, en serio; hablo perfectamente en serio. ¿"Il paradiso delle fanciulle"? Un modelo de novela moderna. Y de muchas cosas más. Sí, yo siempre nablo en serio.

Pero al mismo tiempo sonríe con su sonrisa cristalizada de ironía; contrae la nariz husmeante en un gesto pintoresco, se pasa la mano por la cabeza, juvenilmente blanca, y nos dice, como el que ya está de vuelta de todos los viajes y de todos los libros:

—La vida es una cosa demasiado grave.

Y añade en seguida:

—Pero encantadora.

¿Habló en serio? ¿Habló en broma?

¿Es un hombre feliz? ¿Es, en el fondo, un hombre triste? ¿Es un soñador? ¿Es un escéptico? ¿Sufre elegantemente bajo su corteza de mundano? ¿Se divierte con todo, como un adolescente?

Yo aun no he podido saberlo.

Me diréis:

—Con leer sus libros...

Leedlos. Son excepcionalmente ingeniosos, entretenidos, intencionados, picantes de ironía y de travesura. Veréis desfilar el mundo, porque su giratorio escenario va pasando de uno a otro continente. Conoceréis personajes y razas, unas y otras admirablemente pintados. Pero, cómo es el hombre que los ha escrito, eso no lo sabréis nunca.

Seguimos hablando de "Il paradiso delle fanciulle". Es su obra maestra y una obra maestra y una obra maestra de la novela moderna. Agil, rápida, frívola y penetrante en las observaciones, de una extraordinaria sagacidad psicológica individual y colectiva, que retrata, en un personaje, toda la compleja fisonomía espiritual de una raza. ¿Il paradiso delle fanciulle? Los Estados Unidos, con sus "girls" espigadas, gimnásticas, condescendientes, despreocupadas, que se entregan y se resisten, bailan, besan, y aprenden box para poder salir solas. Miss Florence Kenedy, su

Por

OCTAVIO RAMIREZ

adorable y desesperante protagonista, se da una noche al extranjero que la impresiona porque cree que no va a volverlo a ver. Se da consciente, tranquila, desprovista de timideces y de simulaciones, poco a poco, administrando los primeros besos con la parsimonia con que un comerciante va concediendo sus primeros créditos. Yo le pregunto a Fraccaroli.

—¿La novela es vivida?

—En todas sus páginas. No hay una que no haya sido copiada de la realidad.

—Entonces, ¿Miss Florence existe?

—Naturalmente.

—¿Usted la ha conocido?

—Y he sido su amigo, su bueno y reconocido amigo, que al verla tan encantadora no pude resistir a la tentación de pintarla.

Y agrega:

—Y todo lo que desfila por el libro es perfectamente cierto. El "pijama party", y el "hospedaje de los niños", y el "poker desvestido".

¿Sabéis lo que es el "poker desvestido"? Una entretenidísima fiesta que con su naturalidad imperturbable narra Fraccaroli en "Il paradiso delle fanciulle". Un alegre grupo de "girls" ruidosas y de "boys" financieristas se reúne a jugar al poker. Pero el que pierde no paga con dinero, sino que, a cada pérdida, tiene que irse sacando una prenda de vestir. Fraccaroli describe la fiesta con minucioso lujo de detalles, pero no ha podido precisarnos a cuánto ascendió el monto de las pérdidas, porque tuvo que retirarse antes del final.

Miss Florence Kenedy sigue siendo tema inagotable. A Fraccaroli le parece la muchacha más encantadora que ha encontrado en su largo andar por el mundo. Pero no la considera única, ni cosa que se le parezca. En el baile del "Astoria", con que comienza la novela, vió, diez, cien, mil, igualmente atrayentes, igualmente desprevénidas, igualmente ingenuas, igualmente flexibles, bajo la gasa del traje de baile. Y no sólo en los Estados Unidos. Fraccaroli le busca en seguida una compañera espiritual:

—Muy parecidas a las americanas son las muchachas escandinavas. Tienen la misma encantadora ingenuidad, la misma libertad, que no es pecado, el mismo sentido de la vida, libre y perfectamente digno, y el mismo sentido del amor, sin pasado, ni porvenir, sin recuerdo, ni tiempo.

Y es cierto, porque yo sólo he conocido una noruega, pero que podría haber sido la protagonista de Maurice Bedel. Cuando lo nombro, Fraccaroli exclama:

Eso es. Exactamente. Maurice Bedel. Su "Jerome, 60, degrés latitude nord", es una novela deliciosa. Muy parecida a "Il paradiso delle fanciulle". Es la única novela moderna que se le parece.

Y, realmente, es una hermana de alma, de desaprensión, de espíritu virgen de malicia, y de candor desesperante, aquella muchachita escandinava que viajaba con el novio latino, al que casi mata a insomnios en las noches del

(Continúa en la pág. 38)



ESOLO

EN el amplio estudio, sobriamente amueblado, cuyas paredes desaparecen tras altos anaqueles cargados de libros, el viejo político, sentado ante su mesa de trabajo, releo por cuarta vez la carta que tiene entre las manos. El rostro afeitado y rugoso bajo los cabellos grises se contrae en una mueca penosa. Sus ojos, alzándose de cuando en cuando, se posan fugazmente en cualquier punto. El hombre medita y torna al párrafo tentador:

"Te lo repito. El momento es muy favorable y todo depende de ti. Sin comprometerte para nada, ya que me lo has prohibido, he sondeado directamente a los ministros y, por medio de Pedro, al mismo presidente. Te nombraría complacido. Tu ingreso al gobierno robustecería y decoraría su situación. No tienes más que hacer una seña. Piensa que todavía puedes ser útil al país y que lo contrario es la soledad y la pobreza para ti y los tuyos. No te digo más. Tu amigo. Miguel".

Bajo aquella sugestión, el viejo político piensa ahora en sus hijas, en su mujer, que en ese instante conversan en la pieza vecina. Pasa revista a las estrecheces de los últimos años, a las enfermedades ruinosas, a los pleitos cada vez más escasos. Desde que terminó su diputación sin ser reelecto, la desgracia y la pobreza parecen haberse enfioreado de su hogar.

El ha combatido rudamente a aquella situación política y a las de la misma índole que la precedieron. En ciertos momentos, la popularidad hizo de su figura el ídolo de las multitudes enardecidas y tornadizas. Era el tribuno ardiente, imán de voluntades. En su voz, la indignación y la tristeza patriótica encontraban su consuelo y su esperanza. Luego sus amigos, cansados de la larga lucha infructuosa, han ido poco a poco abandonándolo para maniobrar diestramente hacia el poder. El también podría, si quisiera... Eso sería el bienestar, la autoridad, la posición decorativa. Sería, para su vejez fatigada, casi el "otium cum dignitate". ¿Con dignidad? A esta idea el político no puede menos que sonreír con amargura sarcástica.

En ese momento interrumpe su soliloquio para atender a unos visitantes que acaban de anunciarle. Uno de ellos, hombre sonriente y locuz, estrecha la mano del tribuno, y después de algunas frases triviales, da rienda suelta al pensamiento que le ha llevado allí:

—Mi querido doctor, debo felicitarlo. He sabido que es Vd. candidato a la gran vacante. No se imagina Vd. cuánto me alegro. Hombres como usted son los que deben ir a esos cargos. Será Vd. "the right man"...

Y el hombre habla y habla, incoerciblemente, ante la impasibilidad del político. Con una sonrisa que apenas disimula su hastío, él se limita a responder:

—No sé nada de eso. No sé nada... Lo creo imposible. Además, yo no podría aceptar, no podría... Le aseguro, doctor, que es así... tercera otro de los visitantes — y

me parece que Vd. no puede rehusar. Se debe al país, a sus amigos de siempre. Por otra parte, hay que colaborar aunque más no sea por patriotismo. Si no va Vd., jurisperito eminente, hombre íntegro, podrían nombrar a algún inepto y eso sería para todos un mal del que Vd. resultaría un poco responsable.

Y tras de abundar, con presuntuosa elocuencia, en estos argumentos, aquellos hombres se han puesto de pie, han saludado con efusión y han salido del estudio.

De nuevo solo, el viejo político piensa con desdén en aquellos aduladores que se aprestan, sin duda, a sacar alguna ventaja de su claudicación y le empujan a ella con frases melifluas y razones de celestina. Una frase, que le impresionó hace tiempo, leyendo a Thierry, viene ahora a la memoria: la frase de aquel republicano que se creía culpable de ocupar un cargo desde que la libertad había sido vencida y que a la objeción de que abandonando su puesto perdía la ocasión de hacer el bien, respondió: "Es un mal ayudar a la usurpación de Cromwell y yo no quiero contribuir a ese mal, aunque de ello pudiera resultar algún bien".

Al mirar un gran retrato suyo que pende de la pared de enfrente, el viejo político evoca su tradición de altivez y sinceridad. Ese retrato, en que aparece de barba y melena negras, como en los días del 80 — cuánta mudanza — le trae el recuerdo de sus campañas en la prensa y en la tribuna, su triunfal entrada en la Cámara hace muchos años, los éxitos clamorosos de su oratoria vehemente. En su interior se libra ahora una larga lucha dolorosa. Piensa en su fracaso, en la pobreza de su familia. Siente como nunca el cansancio de la brega y un infinito anhelo de reposo. ¿Acaso no le ha dado ya bastante al país con los inútiles sacrificios de su juventud y de su edad madura? Pero piensa también en la corrupción y el servilismo que le circundan, en los apóstrofes candentes con que él los lapidó a menudo, en sus austeras lecciones de derecho desde la cátedra. Piensa, sobre todo, en sus supremas exhortaciones a la juventud... Y, de pronto, con un ademán irrevocable, rasga en cuatro pedazos la carta que ha traído hasta su retiro melancólico el canto seductor de la sirena.

La noche ha ido, entretanto, invadiendo la habitación. Preanuncio de la obscuridad y el olvido, la sombra envuelve lentamente las cosas en torno a la figura del hombre que allí permanece quieto, sin estirar la mano para dar luz, con el busto inclinado hacia la mesa y los brazos extendidos sobre ella.

a guisa de león cuando él posa

Sus ojos — ¿no hay tal vez en ellos una rara humedad de lágrimas contenidas? — yacen fijos en el canto dorado de un libro cercano, única cosa que aun reluce, de modo tenue, en la creciente penumbra de la sala, donde está el viejo político inmóvil y solo, solo con su conciencia.



Arnaldo Fraccaroli, comediógrafo y periodista italiano, que después de recorrer buena parte del mundo ha llegado no hace mucho a nuestro país

ALVARO MELIAN LA FINUR
ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

El operador Wong, que acompañó al autor de esta crónica, tomando fotografías en plena línea de batalla



ra, que me hizo recordar a un enorme cortapapel.

En tiempo de paz se le utiliza para cortar caolín, o sea paja.

El declarado culpable observaba impertérrito el cuchillo que aguardaba por él. Solicitó un fósforo de uno de los espectadores y prendió un cigarrillo. Instantes después, mientras se realizaban los preparativos, solicitó un vaso de vino chino, que le fué traído inmediatamente, y bebió de a pequeños sorbos.

Los guardas se le aproximaron y le sacaron el sombrero; luego le bajaron el cuello, para que aquél no estorbara la acción del cuchillo. Lo hicieron poner de rodillas y para proporcionar un punto de apoyo para el arma, envolvieron su cuello con unas varas de trigo.

EPISODIOS DE LA • EL SITIO DE

UN TESTIGO OCULAR REFIERE LAS HORRIBLES SUFRIMIENTOS DE LOS SIN SABER POR QUE EN LA

Por ARIEL

sobre el hombre postrado, comenzaron a pelearse entre ellos, hasta que por fin uno de ellos consiguió el objeto deseado y lo levantó en alto en señal de triunfo.

Los guardas no intervinieron. Al punto obligaron de nuevo a su víctima a ponerse de rodillas y señalaron a uno de los compañeros del soldado para que actuara como verdugo, mediante la suma de tres dólares. Este comenzó a practicar con el cuchillo, demostrando poca destreza. El general Tsur le dirigió varias preguntas y se enteró de que no poseía experiencia en el oficio, además de ser un muchacho demasiado joven. El voluntario se deshizo entonces en un sinnúmero de ruegos, queriendo probar que era diestro para el acto y manifestando que si bien era verdad que carecía de experiencia en tales asuntos, podría demostrar su capacidad, si es que el general se lo permitía, valiéndose de un manojo de paja.

El condenado era espectador de los ensayos de su ejecución

Se trajo un manojo de paja y se le colocó sobre el tajo. El cuchillo, reluciente con el sol, descendió rápidamente; de un acertado golpe atravesó la paja. El prisionero observaba, y pude comprobar que el espectáculo no le agradaba mucho; un pequeño temblor lo dominaba. Al levantar de nuevo el cuchillo, la paja había quedado dividida en dos secciones separadas. El general indicó mediante un ademán que el joven podía proceder.

Sólo una nueva interrupción; Wong quiso averiguar si el prisionero deseaba escribir una carta a su casa. Este meditó un instante y asintió con un movimiento de cabeza. La carta fué dictada y no faltó quien, demostrando una presencia de ánimo especial, consiguiera la dirección de los padres del joven. La carta decía simplemente que su autor no regresaría

jamás, de manera que su madre y su padre no estuvieran preocupados al respecto.

El acusado fué nuevamente obligado a ponerse de rodillas. Se le inclinó la cabeza, hasta hacerla descansar sobre un clavo dado vuelta que había en el tajo. El pobre hombre dió un suspiro que pareció un quejido de un fuelle vacío. La sangre brotó a borbotones en tanto que el cuchillo se hundía, haciendo dar un salto para atrás a los espectadores, que no por eso dejaron de sonreír. La cabeza del hombre rodó lejos del tajo, y se oyó una salva en la multitud, que parecía regocijarse con aquel espectáculo horroroso.

Regresé a reanudar mi desayuno, que se conservaba aún caliente, pero no pude probar bocado.

El bombardeo de la ciudad bloqueada de Chochow comenzó a arrear. La ejecución no había sido sino un pequeño incidente de la guerra civil de China. De cuando en cuando el traqueteo de las ametralladoras llegaba hasta mis oídos. La artillería pesada perturbaba con ruido atronador.

Chochow es una ciudad rodeada de murallas. Una parte de la Gran Muralla China la protegió durante 700 años de los ataques de la artillería. Las poderosas granadas modernas parecen tener sobre ella el mismo efecto ineficaz de las lanzas turcas que una vez capturaron esa parte de China. Las murallas son tan altas y tan espesas como las casas media-

El autor del presente relato, Sr. Ariel Vargas, rodeado de su "estado mayor" chino. El operador que figura en la fotografía es un veterano de tres guerras

Postrado en la cama de un hospital de Nueva York, Ariel Vargas escribió el siguiente artículo vivido, donde narra las torturas, el hambre, las escenas de valor y la crueldad sufrida por los sitiados chinos durante los 86 días de bloqueo que soportó la ciudad de Chochow. Es una historia emocionante del conflicto y la primera descripción del sitio que ha penetrado al mundo exterior. Después de varias aventuras, Vargas consiguió escapar ileso de las balas, pero atacado de malaria virulenta.

Intrépido fotógrafo y soldado de fortuna, Ariel Vargas se hizo famoso como corresponsal fotógrafo de un periódico norteamericano en el ejército británico durante la guerra europea. Sus fotografías del frente, obtenidas con riesgo de su vida, constituyen una verdadera historia filmada. En la actualidad se le conoce en todas partes.

Como fotógrafo del noticioso de Hearst, fué el primero de los de su arte que logró fotografías de la Rusia soviética después de la revolución. Obtuvo los primeros films aéreos de las pirámides y de las ruinas de Grecia. Fué el primero en obtener el retrato animado del Papa Benedicto y de Trotzki. Más tarde, penetró en los palacios reales de Indo-China y consiguió allí las primeras películas.

Las escenas de la historia de Vargas, conseguidas exclusivamente para estas páginas, han sido tomadas en los alrededores de Chochow y pertenecen a su colección propia.

L bombardeo de la mañana había disminuído. Pero un alboroto llegó hasta nuestros oídos desde el vagón contiguo del tren militar. Voces, gesticulaciones, los gritos de una joven...

Abandoné mi desayuno y en compañía de Wong, mi asistente e intérprete, me dirigí a averiguar lo que sucedía. Reinaba una gran confusión, el griterío arreciaba. Un hombre viejo y una muchacha joven muy hermosa acusaban con ademanes a un soldado rodeado de guardas. El soldado, de pie cerca de la puerta del vagón, permanecía impasible entre sus acusadores y no miraba ni al viejo ni a la joven.

Wong explicó. El soldado había abusado de la muchacha y su padre clamaba justicia. La multitud simpatizaba con el acusador.

En este momento la justicia se hizo presente en la persona del general Tsur, hombre eminente, enérgico y rígido en extremo, quien escuchó el relato de la muchacha y dirigió preguntas al acusado. "Se reconoce culpable", díjome Wong. Sin perder tiempo a dictar



sentencia, el general condenó al reo a ser decapitado en el acto.

No pudo menos que estremecerme la actitud con que aquella muchedumbre recibió la noticia. Conversaban distraídos; nadie, ni aun el prisionero, demostró la menor sorpresa. Un amigo de la joven ultrajada, con el objeto de apresurar los acontecimientos, trajo un cortador de caolín, cuchillo de gran tamaño que se abre mediante un resorte y está ajustado sobre un mango de madera du-

Paisanos chinos transportando alimentos a la ciudad amurallada y rendida después de un bombardeo de 86 días



Una infortunada mujer sometida al tormento bajo inculpa-ción de espionaje

Estaba completamente inmóvil, como si aquél fuera un juego y él uno de los participantes.

En estas circunstancias oyó-se un murmullo venir del grupo de soldados compañeros del acusado. Acababan de reparar en un detalle; advirtieron que el soldado llevaba en el ojal de su cuello un botón de plata dorada, que quién sabe dónde lo habría adquirido, y cada uno de ellos pretendía obtenerlo. Por fin, tres de los hombres más corpulentos se adelantaron y propinaron a su ex compañero una violenta cachetada. Allí,

GUERRA EN CHINA C H O C H O W • TORTURAS, LAS BATALLAS Y LOS NIÑOS-SOLDADOS QUE LUCHARON CRUENTA GUERRA CIVIL DE CHINA V A R G E S

nas de tres pisos de esta ciudad.

Chochow está situada en uno de los extremos del Camino de Mármol de Pekín; es un lugar estratégico, para llegar al cual el viajero debe pasar sobre el Puente de Marco Polo, que es una de las notabilidades de Oriente. Las fuerzas nortefías chinas al mando del general Tsur Tso-hua, llamado el Ankuochon, sitiaban la ciudad de Chochow; las fuerzas defensoras, los shansi, actuaban al mando del general Fu Tso-Yi.

La línea del frente de Ankuochon se hallaba a cincuenta pies de la muralla. Yo obtuve completa libertad para recorrer las trincheras y sacar películas, con gran contento de mi parte. Esto resultaba una fiesta para un fotógrafo de la guerra; aunque, desde luego, muy peligrosa.

Una mañana llevé a Wong conmigo, para sacar de cerca unas vistas de la muralla. Wong, apodado "el Noticiero", me acompañó a través de las trincheras comunicadas, hasta que llegamos al punto más alejado. No alcanzamos a divisar ningún centinela sobre la muralla, y considerándonos lo suficientemente seguros, preparamos las cámaras y comenzamos la tarea.

Inmediatamente aparecieron dos soldados shansi. Uno de ellos sostenía en su mano una granada tipo "masa", lista para arrojarla sobre nosotros. Tomé mi aparato y nos refugié contra el costado de la trinchera, esperando en nuestra desesperación que el hombre errara su puntería. La explosión que aguardábamos no se hizo sentir; en su lugar oímos dos detonaciones y nos

Un guardia...
co. El "dabbling" que ostenta
le confiere poder... y
muerte

asomamos justo a tiempo para ver caer exánimes a nuestros dos atacantes.

Uno de los centinelas del general Tsur nos había seguido, esperando poder ser de alguna utilidad para nosotros, y permanecía gesticulando detrás nuestro con el arma en la mano. Sucedió que unos días antes, al paso que fotografiábamos el cuerpo de guardia, lo pasamos por alto y, desilusionado, pensó que nosotros nos arrepentiríamos y le sacaríamos fotografías si él conseguía prestarnos un servicio. No hay para qué decir que le tomamos tantas posturas como fué su deseo.

Mientras tanto, las granadas del general Tsur en vano golpeaban contra la muralla de Chochow; ésta resistía valientemente el ataque. Supe después que se realizaría un esfuerzo para colocar una mina debajo de aquélla, de manera de abrir un boquete lo bastante grande como para permitir el paso a las tropas de Ankuochon. El trabajo se realizaría durante la noche; los ingenieros, orgullosos de su obra, mostraban sus ansias para que yo tomara una buena fotografía del momento supremo.

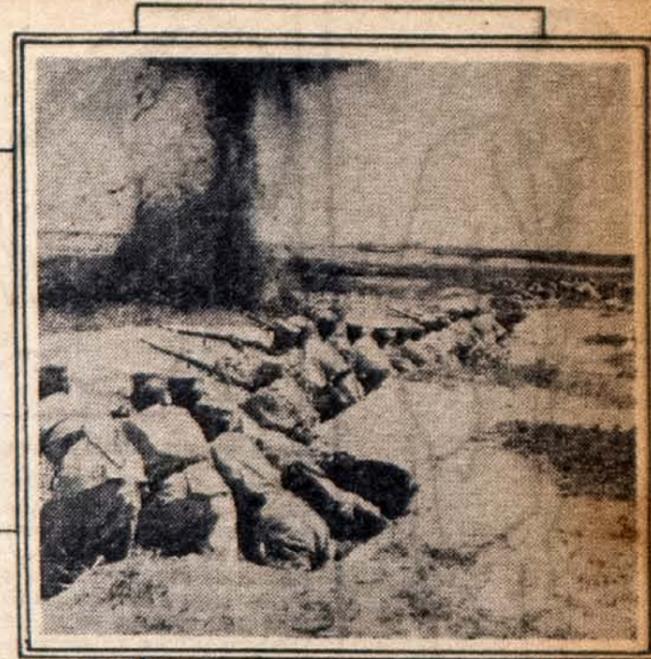
El túnel fué abriéndose pulgada por pulgada en dirección a la muralla. Se utilizarían tres toneladas de TNT como carga. El gran día se aproximaba y comenzaron a hacerse varios ataques menores para distraer la atención de los defensores. A la hora de la puesta del sol del día anterior a la fecha en que se llevaría a efecto la explosión, coloqué la cámara en posición sobre una base de concreto. La sujeté bien y le uní un cable eléctrico; además, rocié con aceite la abertura por donde enfocaría la explosión, con el objeto de eliminar la tierra que se elevaría por la conmoción.

A un minuto de la "hora cero" fijada para las siete me dirigí hacia el lugar donde es-

Soldados del ejército del Ankuochon, al comenzar las hostilidades, aguardando la orden de cargar

taba emplazada la cámara. Uno de los ingenieros se hallaba listo para colocar la carga, nervioso con anticipación. Quince segundos antes de las siete abrí el obturador de la cámara para proporcionar a mi película un "poco" de cielo claro hasta el momento de la explosión.

De pronto, el ingeniero Ankuochon hizo un movimiento; la tierra tembló y nos vimos envueltos en tierra. Toneladas de rocas caían sobre el techo de hierro de nuestro refugio a 90 varas de la muralla. Se sintió una enorme gritería y nos asomamos a contemplar el avance de la infantería. Un gran boquete se abría en el muro, pero no se advertía ninguna abertura. Los defensores shansi, reuniéndose desde los diferentes puntos de la mura-



Empleados de la Swastika (Cruz Roja China) transportando niños famélicos fuera de la ciudad sitiada

lla, arremetieron con un nutrido tiroteo contra las tropas del general Tsur. El ataque había fracasado. La antigua muralla contaba con una nueva victoria. La fotografía obtenida se ve reproducida en esta página.

Los niños tomaron parte en la guerra sin saber por qué

A pesar de los continuos ataques de la artillería, se suspendieron los de la infantería. Yo conseguí fraternizar con los soldados de esta curiosa guerra, apostados a lo largo de las

áridas llanuras chinas. Formaban una multitud confusa, compuesta de jóvenes en general menores de quince años. Los muchachos eran buenos soldados.

No eran lo bastante experimentados como para saber lo que significaba el miedo y demasiado jóvenes para saber, o por lo menos importarseles, el significado de la guerra. Averigüé a muchos de ellos el motivo por el cual combatían, y uno me respondió: "Contra los rojos". Luego le pregunté qué

Uno de los cañones que por espacio de ochenta y seis días bombardeaban sin interrupción a la ciudad amurallada



era un rojo, y me replicó: "Un hombre que le roba la esposa".

Esa era la situación general en el Ejército; aquellos niños seguían ciegamente un destino sobre el cual no tenían poder. Combatían ferozmente, ignorando qué es lo que combatían. Muchos de ellos admitieron con franqueza que habían ingresado en el Ejército por la comida y el traje; jamás se quejaron del trigo y de la sopa de repollo con que se alimentaban. Durante las noches heladas, cuando soplaban el viento del desierto asolado de Siberia, dormían en grupos de tres o cuatro tapados con una frazada fina, soportando estoicamente el frío, y eso que muchos de ellos contaban sólo doce y trece años de edad!

Dentro de la ciudad sitiada se observaban escenas en extremo horripilantes. Al cabo de un mes, aquellos habitantes que no habían sido ejecutados o mutilados recorrían de noche las calles, para robar los desperdicios del rancho de los soldados. Si eran lo bastante afortunados para hallarlos fuera de custodia, tenían que pelear como perros con los lobos para conseguir su alimento. La paja y las habas eran considerados manjares, y hasta los huesos de cerdo u otros animales que se comieron en los primeros días del sitio fueron apreciados para sacarles el tuétano.

Las noticias del estado lastimoso en que se encontraban los habitantes de Chochow llegaron hasta Pekín. La Sociedad Swastika (la Cruz Roja China) se dirigió al general Tsur solicitando permiso para que las mujeres y los niños desamparados pudieran abandonar la ciudad. El accedió, y bajo el amparo de la bandera de parlamento se pudo acercar al general Fu, quien manifestó que los muchachos mayores de quince años debían permanecer en el Ejército.

Cuando fueron abiertas las
(Continúa en la pág. 35)

Digestiones irregulares

Por efecto de los excesos, de las malas comidas o de la agitación a que obliga la vida moderna, son muchos los que sufren de digestiones irregulares, que convierten su vida en un martirio constante.

Es bueno saber que para regularizar la digestión, evitando el dolor, acidez, ardor, etc., basta tomar después de cada comida media cucharadita de bicarbonato cálcico disuelto en un poco de agua. Es el bicarbonato cálcico un producto científico que elimina el exceso de acidez, causa de estas molestias, al par que estimula la perfecta digestión.

Un interesante folleto respecto a las bondades de este producto se puede solicitar gratis a los señores Laidi & Rey, en calle Belgrano 2544, Buenos Aires.





Floyd Dell, dibujo de William Gropper



Lewis Sinclair, dibujo de Knight

Wharton, Dean Howells, Elinor Glyn y no pocos otros, que si bien grandes como costumbristas, no se han dedicado en la medida de los anteriores a hacer la crítica de una civilización, que si bien se muestra próspera y feliz, hablando materialmente, comienza a inquietarse. Ella se pregunta ya si con la persecución desenfrenada de la riqueza y del confort no se han disminuido los valores morales e intelectuales. Es este punto el que deseo dilucidar en este ensayo. Bajo los fulgores brillantes de prosperidad, ¿cuál es el estado de la cultura y de las costumbres?

Visto de lejos, casi aplastado por lo gigantesco de todo en los EE. UU., el estadounidense se hace el efecto de una abeja, sacrificado y unido al yunque de una empresa colosal cual es el mantenimiento de la reina en la colmena, póngase en su lugar a la mujer americana. En esta tarea de glorificar a la compañera de la vida, el estadounidense se muestra franco, cordial, "bon enfant", dinámico, puro, triunfante; pero si le desvestimos por medio del psicoanálisis, encontramos que todo ello es más bien una superficie espiritual que no una hondura. En el corazón de todo norteamericano dormita un idealista, y es cabalmente por ello que en el fondo sea él, magister su aparente optimismo, un tímido y un desencantado. Ello es, por lo menos, el veredicto de algunos de estos poderosos noveladores que deseamos estudiar someramente.

La sensibilidad colectiva de un pueblo se canaliza por medio de sus artistas, y los que he señalado apuntan de manera incontrovertible que ni el rigorismo puritano ni la desbordante prosperidad material satisfacen ya a las nuevas generaciones, acaso aturcidas por el "jazz" y agobiadas por el exceso de standardización. El pesimismo existe en los Estados Unidos, y ello acaso sea porque el espíritu estadounidense, tachado a veces tan injustamente de beocio y filisteo, se esté por volverse artista de verdad. Se ha infiltrado el pesimismo en la crítica, en la poesía, en el drama y en la novela. La "élite" estadounidense declara abiertamente la bancarrota del americanismo como panacea humana, y en ello debe verse un aspecto nobilísimo del espíritu americano del Norte, que para su bien ideal ha salido de la contemplación egoísta de sí mismo.

El cambio señalado en las letras estadounidenses se explica por la nueva clase social de que proceden los autores. La originalidad y la audacia vienen de los hijos del Middle West, donde, debido al aislamiento y homogeneidad de su población, se ha cristalizado un potente espíritu original, desprovisto de influencias puritanas y europeas. Los escritores norteamericanos, despiadados observadores del mecanismo social, son en su mayoría "Self-made men", autodidácticos, ger te em-

prendedora y cuya existencia a lo Gil Blas de Santillana los ha hecho dueños de una gran experiencia de la vida, tal cual es en su pristina crudeza. Entre ellos los hay de todas las razas y de todas las confesiones religiosas. Los centros de este nuevo espíritu son Cincinnati, Chicago y Saint Louis, y se revela este movimiento como una protesta documentada al detalle del utilitarismo que todo lo quiere dominar; se alza contra la filosofía animal de la despiadada lucha por la vida, contra la tiranía brutal de la opinión y de la standardización extremista. La participación del hebreo en todas estas luchas morales y espirituales es muy acusada.

Un pueblo que se estudia, que se analiza, que vive en ese dinamismo continuo, que se deja criticar al extremo del estadounidense, es un pueblo llamado a destinos aun más elevados de los que ya ha alcanzado. Es menester ser bien insignificante para estar obsediado por sí mismo.

El puritanismo, que constituye el subsuelo espiritual del espíritu estadounidense, creó un estado de represión a los instintos, y este dominio ciego del individuo ha dado nacimiento, como reactivo y asimismo como reacción, a una mórbida inquietud por vivir la vida tal como es. En la "élite" de que hablamos, la búsqueda de la verdad de la vida se hace un problema angustioso. La obsesión del subconsciente está a la orden del día. La novelación estadounidense es lírica, autobiográfica, un verdadero monólogo interior, y ese es también el carácter distintivo del drama de O'Neill, que viene a

LA NOVELA ESTADOUNIDENSE ACTUAL POR ALBERTO NIN FRIAS

representar en el escenario literario de la Unión el papel de un Ibsen. La moral tradicional no es considerada, sino el psicoanálisis. El estilo es un elemento de menor cuantía; lo importante es saber expresarse psíquicamente.

El primer precursor de este movimiento actual de la novela es Nathaniel Hawthorne, artista consumado y psicólogo zahorí. Hincó bien su escalpelo en la vida secreta de sus personajes, haciendo resaltar que, bajo una aparente corriente de misticismo, puede flotar un amor pagano de la vida y una exaltación dionisiaca. Viene a ser un psicoanalista antes de la psicoanálisis. Muchos años después aparece Henry James, nostálgico de la cultura europea, cultor del arte por el arte y que concluye por emigrar a Inglaterra, donde halla el saber y las tradiciones nobles y poéticas de que carece una democracia incipiente.

Aristócrata del pensar, llega a decir: "¡Bien, sí; estamos destinados a ser imperfectos! Para sobresalir en cualquier cosa, un estadounidense debe aprender diez veces más que un europeo". Así como Hawthorne describe con caracteres de fuego la disparidad del deseo, del "libido" y de la vida puritana, James pinta la tragedia del alma norteamericana, temerosa de la sensualidad artística.

Edith Wharton, intérprete del mundo multimillonario, muéstrase sagaz observadora, a la manera clásica, de la impulsividad de esa clase social. Si estos seres tienen éxito en sus negocios, fallan en su vida espiritual y moral. Con Teodoro Dreiser ingresamos en pleno realismo a lo Zola. Hace la historia del desencanto que



Edith Wharton

cunde en la Unión, atormentada por el cuidado de la riqueza; escéptica, a pesar del idealismo ancestral. Todo lo malo y escandaloso que flota en la vida americana sube a la superficie en sus fuertes novelas sociales. Balzac y Zola son sus mentores. Su tema dominante es el estudio de la deformación que acarrea al hombre el ambiente groseramente materialista. Amoral como Nietzsche y evolucionista, delinea la vida social en términos de una lucha sordida. Por un lado, plebe inconsciente; por otro, individualidades dominantes. Estima Dreiser, en tanto que filósofo, que entre la moral individual y la social o corriente existe un conflicto permanente. El muñeco humano es movido a impulsos ciegos de la ambición y de la pasión sensual. Como Dreiser, Sinclair Lewis es oriundo del centro Oeste de los Estados Unidos, y pinta al americano del término medio y estudia la vida de las ciudades pequeñas. Babbitt, su

héroe, es tan típico, que puede apellidarse el "Homo americanus". En resolución, viene a ser esta clase de novela la expresión trágica de uno de los hechos más salientes de la Unión: el sacrificio del individuo a la muchedumbre. Para asegurar el triunfo de los más, se elimina a la individualidad.

Sherwood Andersen es discípulo de Walt Whitman y concibe la novela como un prolongamiento de la vida. En su obra se presentan tantos subterfugios de la vida subconsciente, que se diría son las teorías de Freud noveladas. La embriaguez, el hambre, el amor, la ambición, he aquí para él los resortes de la existencia. Atribuye la actual desintegración social a la anarquía moral y espiritual. La prosperidad material de su patria no le enceguece y siente vivamente toda la angustia que resulta de la lucha que ella engendra entre los individuos.

James Branch Cabell representa, por su tendencia romanesca de concebir la vida, una excepción en las letras americanas. Protesta contra el realismo excesivo y da rienda suelta a la imaginación, ahita de cultura greco-romana y medieval. Sus obras tienen mucha analogía con "La Isla de los Pingüinos" y "La rebelión de los Angeles", de Anatole France. Es filósofo a la par que cuentista y describe al infierno como una creación de nuestro orgullo y de nuestros escrúpulos de conciencia, así como fuera el cielo la religión poblada por nuestros pesares y nuestros deseos.

honda simpatía existencias do- Villa Carther describe con loras, que no han podido expresarse en el curso de una vida monótona, chata y pedestre. Pertenece sus novelaciones a lo que podría estilarse: realismo optimista.

Zola Gale es la historiadora de las pequeñas ciudades del Middle West. Sus obras maestras son "Nacimiento", donde relata un extraordinario caso



Sherwood Anderson, dibujo de William Gropper

de apasía sentimental presentado con singular relieve, y "Miss Lulú Bett", cuya vida de autómatas, dotada de un tierno corazón, narra con mucha habilidad, sin caer en lo grotesco o en la caricatura.

Floyd Dell desenvuelve notas muy originales en sus libros, especialmente en "El fugitivo", donde ofrece el caso de un individuo que abandona a su país para olvidarlo todo: patria, hogar y esposa.

Joseph Hergesheimer sólo desarrolla temas románticos con personajes atraídos por extraños mirajes pasionales. Es discípulo de Freud, así como Waldo Frank, que en su novela "La figura de cal" ha captado un mórbido ejemplo de desdoblamiento de la personalidad. En otra de sus obras, "Vacaciones", Frank agudiza sus intuiciones sobre el alma negra.

La paradoja de esta civilización estadounidense consiste en que el individuo evoluciona más rápidamente que la masa, y así, aparentemente optimistas, los americanos del Norte van desenvolviendo una literatura cada vez más trágica y dolorosa. Ello es muy sensible entre la mocedad; la gran libertad de que goza el joven y la joven da por resultado una enorme inquietud. El aumento de la criminalidad juvenil, el sadismo, el erotismo, la excentricidad, la relajación de los lazos domésticos por causa del divorcio, la rebeldía que causa la prohibición, el ritmo acelerado de la vida: todo ello refleja un conjunto de costumbres que se vuelca nitidamente en la novela. La adolescencia es un tema favorito del novelis-

(Continúa en la pág. 33)



James Branch Cabell



Theodore Dreiser

LA MUSICA EN PARIS



FRANZ LEHAR acaba de llegar a París para dirigir en el Teatro de la Gaité Lyrique la primera representación de su última obra, titulada "Federica". Cansado de ser el rey de la opereta vienesa, ha querido demostrarnos que su sólida técnica le permite abordar perfectamente el dominio de la comedia lírica... Nunca lo pusimos en duda ni un momento. Si ha querido probar que es tan fácil escribir una obra de este género como una partitura de música ligera, ha tenido razón. Si ha tenido la oculta intención de operar una ascensión audaz en la escala de los valores, se ha equivocado. Una opereta bien hecha no tiene menos mérito que una comedia musical.

Con el exceso de celo que despliegan siempre los neófitos, el autor de la "Viuda alegre" ha escogido para su estreno, en este nuevo género, un tema singularmente peligroso. Ha querido llevar a escena los amores de Goethe y de la hija del pastor de Sessenheim, la adorable Federica, criatura exquisita que se sacrifica y se crucifica por que su cariño no sea un obstáculo a la gloriosa carrera de aquel a quien ama. Como asunto de comedia, es un tema demasiado cornelianeo. Además, el papel de Goethe, al aceptar con demasiada facilidad ese "hara-kiri" sentimental, y no haciendo nada más tarde para reparar el mal que ha causado, pronto se vuelve odioso. La partida se presentaba, pues, difícil.

La habilidad, el tacto de André Rivoire disimularon, sin embargo, esas graves dificultades. Su adaptación es de una habilidad extraordinaria. Ha sabido rozar con delicadeza y pudor los sentimientos demasiado profundos. Ha sabido detenerse siempre a tiempo en el momento en que lo tierno iba a convertirse en lo patético. No es éste pequeño mérito.

El compositor ha escrito sobre este asunto una partitura en que luce todas sus cualidades habituales de franqueza y de nitidez melódicas, bello equilibrio de escritura y perfecta sonoridad orquestal. Todo eso es honrado, leal, bien construido. Todo eso es trabajo de buen obrero, que posee bien a fondo todos los secretos de su arte. La inspiración es, como siempre, directa e infalible, ya se trate de gracia amable o de tierna melancolía. La mayor parte de esos trozos conocerán,

sin duda, un gran éxito popular.

Una interpretación muy cuidada consolidará ese éxito. M. René Gerbert afirma en el papel de Goethe su autoridad de actor y sus méritos de cantante. Ha obtenido un gran éxito personal. Mlle. Dhamaris no había llevado nunca tan lejos el trabajo vocal y escénico de un papel. Ha puesto en la interpretación de Federica una conciencia y un esmero artísticos dignos de los mayores elogios. Se hizo notar mucho la encantadora travesura de Mlle. Janie Marese, que en este prefacio de Werther es la Sofía de esta virginal Carlota. M. Robert Allard, cuya fantasía no cae nunca en la exageración, alivió las sensibilidades prontas a exaltarse, y los artistas Gilbert Nabos y André Noel fueron, como siempre, preciosos colaboradores fieles a las tradiciones de la casa.

La orquesta fué dirigida por el compositor con mucha energía e intensidad expresiva, y el público francés aclamó calurosamente al músico que se ha colocado entre los clásicos de la opereta internacional.

Los conciertos Straram acaban de efectuar una brillante reapertura. Es interesante ver con qué rapidez se ha ido elevando esa orquesta de "ases" en la estimación de los músicos. De temporada en temporada, el público que la aclama en el Teatro de los Campos Eliseos siente por ese bello esfuerzo de arte una admiración y un fervor crecientes.

Straram y su orquesta cuentan ahora con un auditorio digno de ellos y de la obra que realizan.

Esta obra consiste en restaurar entre nosotros el gusto de lo que podría llamarse ejecución de lujo. Este gusto parecía singularmente amenazado después de la guerra. Todos hemos sufrido al comprobar que nuestras grandes asociaciones sinfónicas, cuya existencia es un perpetuo sacrificio voluntario hecho a la música, son pocas veces recompensados por sus iniciativas más heroicas. Es preciso que los miembros de nuestras asociaciones orquestales tengan una verdadera abnegación para seguir gastando todo su celo y su talento en favor de una multitud ignorante que, por lo general, es incapaz de apreciar la calidad de lo que se le ofrece. Una gran

parte del público actual no establece ninguna diferencia entre una interpretación admirablemente prolífica y una ejecución improvisada.

Eso es como para desalentar a nuestros más concienzudos directores de orquesta y a los mejores de nuestros virtuosos.



FRANZ LEHAR

Funcionando con bases diferentes a las de nuestras empresas sinfónicas dominicales, sometidas al régimen heroico de la asociación, los conciertos Straram han podido llevar a cabo una demostración de excepcional interés. No estando esclavizados por el público y por las exigencias pecuniarias, por lo demás muy legítimas, encontrar su equilibrio en otro terreno. Renunciaron a fundar de los coasociados, han podido toda esperanza de éxito basada en el solo nombre de un solista, que ejecuta cualquier



EMILE
VUILLERMOZ

(Para LA NACION)
PARIS, mayo de 1920.

EL GENERAL DON FRANCISCO DE MIRANDA

(Continuación de la pág. 4)

que los Estados Unidos apoyarían su empresa, insistía con memoriales ante el Gabinete de Saint James, y para preparar el ambiente en las colonias despachó a Caro como emisario para las Indias occidentales, con instrucciones precisas y cartas para Adams, Hamilton, Knox y Pickering.

No le era posible entonces trasladarse a las colonias para activar personalmente la insurrección a la espera de la respuesta de Pitt, y por temor a la Real Orden española del 2 de septiembre de 1797 recomendando a las autoridades su prisión en cuanto llegara.

Tenia plena confianza en su emisario, cuyas instrucciones decían: "... como regla general, no deberá hacerse uso de gente de poca valía, porque no teniendo ellos nada que perder, arriesgan todo y concluyen por destruir el verdadero edificio que aparentemente desean levantar; la Revolución Francesa es la mejor prueba de esta afirmación; cuando se designan hombres de arraigo e integridad, todo prosperará, de-

bido al interés que tienen en consolidar un gobierno legal que sea el protector de la propiedad y de la libertad personal, bases de toda felicidad civil, y en la cual la utilidad general de todos se encontraría exactamente unida; prueba la Revolución de América que es el más evidente ejemplo y el más fuerte contraste que se puede presentar a la atrocidad francesa; pero esto no significa que se excluya la virtud y el talento en cualesquiera personas que tengan estas cualidades unidas..."

INFIDENCIAS

La traición de Dupéron, secretario de Miranda, debió influir en perjuicio de la empresa. Estando escaso de dinero, fué instigado por un francés, Dossonville, para robar la documentación del revolucionario, enviada en marzo de 1799 al embajador español en Viena, lo que motivó la real orden de julio de dicho año, por la cual el embajador en París puso en conocimiento del Directorio "los planes de Miranda y la perfidia de los ingleses al admitir su propuesta".

Por otra infidencia mayor tendría que soportar. Sus cartas a Caro, llenas de optimis-

mo, con todos los planes e instrucciones, llegaron a manos del Gobierno español vendidas por el Judas cubano. El gobernador Picton fué el primero en sospechar a Caro como espía de España, puesto al lado del precursor para estar al tanto de sus maquinaciones; le expulsó de Trinidad a mediados de 1799, pasó a Londres, de donde se dirigió a Hamburgo para entrevistarse con el ministro español Ocariz.

Está en el archivo de Indias, en Sevilla, toda la correspondencia, que poco pagaría la Corte de Madrid al infidente, a juzgar por sus cartas implorando dinero e informe del ministro en Portugal dando cuenta que, a pesar de sus diligencias, no ha podido dar con su paradero, pero que sabe que "hace dos o tres meses se encontraba en Lisboa tan miserable y enfermo, que sospecha puede haber fallecido."

NUEVA ESPERANZA

Cuando más nervioso y afligido estaba Miranda a la espera de la resolución británica, le llegó una carta reconfortante del patriota don Manuel Gual, proscrito en Trinidad como autor de la revolución de Caracas en 1797; le pedía se

trasladara a América "para tener la gloria de establecer la independencia".

"No hay que dudar del suceso—le decía—; algunos cortos auxilios bastan para las primeras acciones, que con una orden de ese Ministerio se proveerán en estas colonias inglesas... ha crecido la opinión y el deseo de la Independencia.

(El Gral. Miranda por el Marqués de Rojas, p. 177).

Poco habrías de utilizar a tan esclarecido patriota, que le escribió nuevamente en febrero de 1800, porque los asuntos marchaban mal debido a los temores de Pitt y a que las diferencias entre Francia y los Estados Unidos estaban en trance de arreglarse.

EL AHORRO

INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO

ESTABLECIDA EN 1864

LAVALLE 309 BUENOS AIRES

EL AHORRO

sólo exige un esfuerzo: comenzar. ¡Abra usted una cuenta de ahorro! ¡Guarde algo cada mes! Ganará el 8 % de interés anual y formará, en poco tiempo, una previsión para su futuro bienestar.

Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses quedan retentados en cualquier momento. Otros depósitos hacen veinte años a garantía y satisfacción de sus clientes.

www.anti.com.ar

AUTORES Y OBRAS

LAS LITERATURAS SUDAMERICANAS EN FRANCIA.—FRANCIA, TRADUCTORA UNIVERSAL.—OBRAS NUEVAS DE CLAUDEL, GIDE Y VALÉRY.—RENACIMIENTO DE LA FISIOGNOMIA.

NE aquí, ante todo, una información que todavía tiene necesidad de ser confirmada, pero a la cual diversos síntomas confieren alguna verosimilitud: las literaturas de la América del Sur van a ponerse de moda en Francia.

Nada más caprichoso y menos lógico, en apariencia, que los intercambios literarios entre los pueblos. Hace tres años, por ejemplo, un escritor francés no podía viajar por Alemania sin oír en todas partes la siguiente pregunta: "¿Cómo se explica que en el momento en que nosotros traducimos al alemán centenares de libros franceses contemporáneos, nuestra literatura de postguerra permanezca completamente ignorada en Francia?" A esto, el francés así interpelado, sólo podía responder dando la vuelta a la pregunta, y preguntando a su vez por qué desde 1918 hasta 1925 todo el interés de los alemanes estaba dirigido hacia Rusia y Oriente, y por qué, a partir de la última fecha, se había concentrado sobre Francia.

Ya sé que el alemán hubiera podido dar razones políticas a esta evolución. El interés mostrado por la literatura francesa después de 1925, depende, en cierto grado, de la política de Locarno que, reintegrando a Alemania en su justo lugar entre las naciones del Occidente europeo, consiguió disuadir la de que continuase mirando hacia el Oriente y hacia los Soviets.

Existen siempre, indudablemente, explicaciones para justificar la moda súbita de una literatura en un país extranjero. Y, entre esas explicaciones, puede incluirse la aproximación por medio de la política. Locarno es quien ha vuelto a poner de moda los libros franceses en Alemania, del mismo modo que la alianza rusa de fines del siglo XIX favoreció la introducción en Francia de Tolstói y de Dostoievski, y del mismo modo que actualmente la aproximación entre Italia y Hungría hace traducir y circular en el país de Mussolini un número impresionante de obras magistrales.

Pero también sucede con frecuencia que la política es ajena a la intensificación brusca del intercambio de dos países. No podría negarse que la política tiene alguna influencia en la irrupción de libros alemanes que se experimenta en Francia desde hace un año, pero esa influencia se ejerce sólo de manera indirecta. De hecho, ha sido el éxito de la novela de Remarque "Sin novedad en el frente"—libro más valioso por su contenido y por los sentimientos expresados que por la forma—lo que ha determinado la traducción de otros libros de guerra—Renn, Zweig, Glaeser, etc.—, y, posteriormente, de otras obras puramente literarias. La adjudicación del Premio Nobel a Thomas Mann, el éxito obtenido por las biografías de Emil Ludwig—quien se halla ahora en París y es festejado entusiastamente—acabaron de abrir de par en par las puertas francesas a la nueva literatura alemana: autores como Wassermann, Döblin, Kafka, Werfel, han sido ya traducidos o están a punto de serlo. Igualmente van a publicarse las más voluminosas obras de Mann, tales como "Brouderbrooks" y "Zauberberg". El escritor francés que viajando por Alemania hace tres años sólo recogía recriminaciones, recoge hoy día felicitaciones en sentido inverso, pues casi comienza a encontrarse que se traducen libros que no lo merecen.

De esta suerte, basta solamente con que dos o tres libros, a veces de un mismo autor, de un país abran la brecha para

que todos sus coterráneos se precipiten por ella.

★★★

Pues bien, la brecha a favor de la América hispana me parece que está siendo abierta ahora por los mejicanos. El público selecto francés ya había saboreado, en una edición restringida, la "Visión de Anahuac", por Alfonso Reyes. En ese libro, el antiguo Méjico resurgía bañado en una luz de poesía y de misterio muy atractivos. Libros como el "Hiver caraibe", de Paul Morand, y algunas traducciones de novelas norteamericanas sobre el petróleo mejicano, habían desfilado la atención del público francés. Parece ser que la cristalización de tal interés tiene ahora a manifestarse sobre dos libros de novelistas mejicanos: "Los de abajo", por Mariano Azuela, y "El águila y la serpiente", por Martín Luis Guzmán. En el notable prefacio que Valéry Larbaud ha escrito para la versión francesa del libro de Azuela, precisa luminosamente algunas de las razones que determinan este interés. Me permitiré agregar una más. Lo que nosotros encontramos en esos volúmenes, a través de dos temperamentos de escritores muy diversos, es una visión realista y cotidiana de una "revolución contemporánea", cosa que los escritores soviéticos no nos habían proporcionado respecto a su país.

Además, en las ediciones de la "Nouvelle Revue Française" se anuncia la publicación inminente del "Don Segundo Sombra", de Güiraldes, y una reimpresión del "Zogolibi", de Larreta. Ya los poemas y las novelas de Jules Supervielle habían despertado la atención del público francés por las posibilidades literarias contenidas en la vida de la Pampa. Si los dos escritores argentinos antes citados, también muy diferentes entre sí, ensanchan la brecha que están abriendo sus colegas mejicanos, pronto veremos quizá que la América del Sur se sitúa en el primer plano de la actualidad literaria francesa.

★★★

Aumenta de año en año el interés del público francés por las traducciones. Desde hace un año estamos invadidos por las de libros alemanes, pero tampoco faltan las traducciones de libros rusos e ingleses. Ya han salido, o van a salir, copiosas obras de Dreiser, de Sinclair Lewis y de Waldo Frank, unas tras otras. Los principales editores franceses acaban de agruparse para organizar, de una manera racional, la difusión de las literaturas extranjeras, repartiéndose los autores, poniéndose de acuerdo para no lanzar al mercado dos autores al mismo tiempo, y asociándose para otorgar premios a las mejores traducciones de los mejores libros.

Al conceder de esta suerte a las traducciones un lugar de honor, los editores franceses no hacen más que continuar una tradición. Remy de Gourmont decía que podría escribirse una historia de la literatura francesa limitándose a hacer

genio de los demás pueblos, sean o no latinos. "J'en sais qui sont du Nord et qui sont du Midi"—como decía el poeta.

En un mundo como el de la postguerra, donde tantos pueblos largo tiempo sojuzgados, al recobrar su libertad y el uso de su lengua, tienden a constituirse una literatura nacional y se muestran excesivamente celosos de toda ingerencia espiritual extranjera, la literatura francesa no pretende, ni puede pretender—contra lo que algunos piensan—asegurarse ninguna hegemonía. Las ideas estrechas de algunos teorizantes nacionalistas no pueden variar en modo alguno lo que es la esencia propia del espíritu francés, es decir, el universalismo, manifestado mediante la acogida y la comprensión de todas las expresiones humanas, por muy disímiles que sean.

Pero este culto de lo universal crea a Francia deberes nuevos, de los que cada vez adquiere mayor conciencia.

Francia tiene un papel que desempeñar como traductora universal. Se lo aconsejan así su lengua, su claridad. Que un danés conozca los libros búlgaros en traducciones francesas, que un holandés encuentre en libros franceses lo que desee saber sobre Checoslovaquia; he ahí una posibilidad que Francia está en condiciones de hacer efectiva, he ahí una nueva forma de universalismo a la que no podrá acusarse de imperialismo, puesto que se pondrá al servicio de todos los pueblos y trabajará para situar a cada cual en el lugar que merece.

★★★

"Le soulier de satin", de Paul Claudel, es una obra universalista. Este inmenso fresco dramático, escrito bajo el signo del catolicismo, y donde tiene un lugar de primera importancia la América del Sur, es la obra más considerable que haya producido Paul Claudel después de la guerra y constituye un libro capital en el conjunto de su producción. Ha vertido en él la experiencia de toda su vida, de todos sus grandes viajes diplomáticos; en sus páginas se tocan la España y la América del siglo XVI, con Praga y con Alemania. Un negro y un chino hacen presentes el África y el Asia. "Le soulier de satin" es una de esas obras góticas medievales, que parecen estar en contradicción con el genio clásico del siglo XVIII francés, pero que no por ello son menos francesas, puesto que rozan dos fronteras extremas de Francia y unen el vigor y la truculencia propia de Flandes y de la Alemania colindante, a la exuberancia y el misticismo españoles.

Mientras que Claudel publicaba "Le soulier de satin", André Gide nos daba a conocer, sin interrupción, "L'école des femmes" y "Robert ou supplé-

ment à l'école des femmes". Si Claudel en "Le soulier de satin" no hace sino confirmar la fe católica, visible en todas sus obras precedentes, nunca, en cambio, André Gide había formulado con tanta claridad su acusación contra el catolicismo. Leyendo "L'école des femmes" todavía podía uno engañarse. Gide nos daba en esas páginas el diario de una mujer irritada que achacaba al catolicismo la mezquindad, la hipocresía y la doblez de su marido. Pero en "Robert", Gide concede la palabra al marido y su defensa resulta todavía más aplastante que el exhorto de su mujer. Ya no es sólo un católico—a quien podía tomarse por un Tartufo, por un falso devoto—quien resulta acusado, sino el mismo catolicismo, en nombre de un humanismo individualista que se afirma con fuerza.

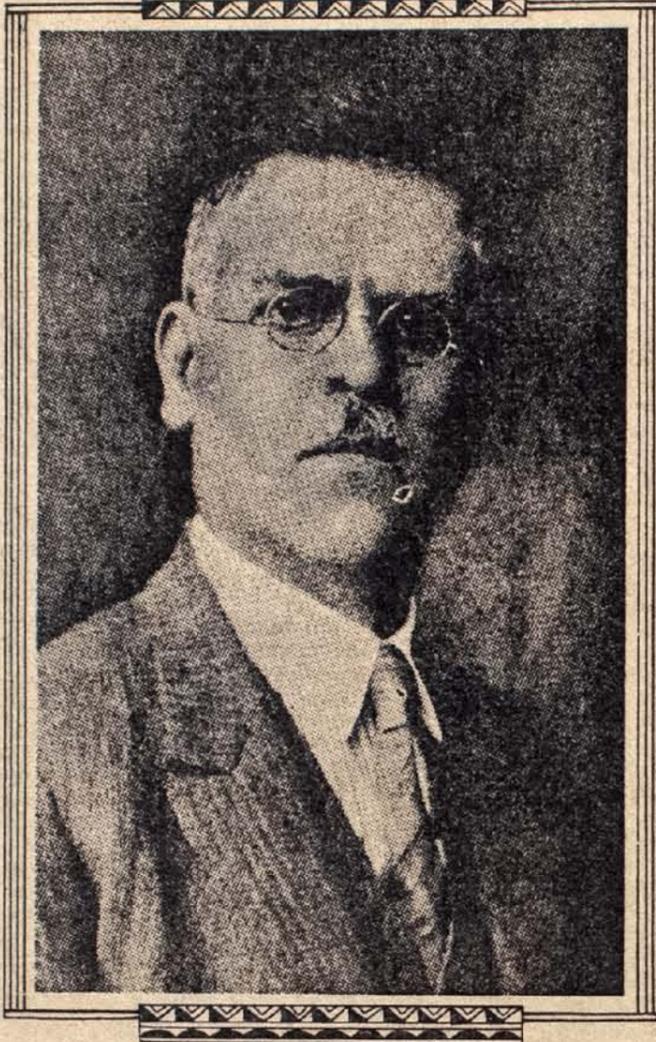
También Paul Valéry se ha hecho nuevamente presente. Bajo el título de "Variété II" ha reunido, en edición corriente, quince estudios que ya habían aparecido antes en fascículos o como prefacios a ediciones de lujo. Son estudios de circunstancias, pero ya se sabe que Valéry sobresale en ese género. Produce un refinado placer observar su inteligencia en acción a propósito de problemas que le han sido planteados desde fuera. De esta suerte, estudia a Bossuet, Descartes, La Fontaine, las "Cartas persas" de Montesquieu—uno de los trozos magistrales del libro—, a Stendhal—otro capítulo maestro, pero más discutible, pues Valéry opone su idea del arte a la que él presta a Stendhal, en lugar de definir exactamente la de este último. El libro termina con extensas páginas sobre Baudelaire y sobre Mallarmé, en las cuales Paul Valéry expone sus ideas acerca de la poesía pura y de la vanidad literaria. Su nihilismo estalla como una bomba en esos capítulos.

Al mismo tiempo que estos tres maestros sexagenarios, también han vuelto a aparecer los "tenores" de la nueva generación: Paul Morand con su "New York", biografía novelesca de una ciudad, que bien podría originar el nacimiento de un nuevo género literario; y André Maurois con una vida de "Byron" en dos tomos, libro que bajo una forma más escueta y precisa que su "Shelley" y su "Disraeli", se afirma como su obra más amplia y sólida.

★★★

Para terminar, tengo interés en señalar, puesto que se trata de un libro incorporado a una corriente cuya importancia es creciente, "Figures", de Pierre Abraham (Ed. "Nouvelle Revue Française"). Esta obra, situada al margen de la literatura, se relaciona con un nuevo humanismo que en vez de abandonarse ciegamente a lo inconsciente intenta atravesar sus tinieblas. Pierre Abraham renueva la fisionomía. Teniendo a la vista retratos de creadores intelectuales—cuyos nombres ignora—estudia el proceso del conocimiento. Escruta en cada rostro la manera como los diversos sentidos absorben las percepciones del mundo exterior; investiga en la forma de la frente y del cráneo el modo como esas percepciones son transformadas, asimiladas y hasta cómo se expresan. Los resultados obtenidos por Pierre Abraham son sorprendentes. No sólo precisa siempre si el rostro estudiado pertenece a un músico, a un pintor, a un sabio o a un político, sino que llega hasta descubrir su nombre.

No hay charlatanería alguna en el caso de Abraham y las notas de que acompaña sus "retratos" son modelos de prudencia y de honradez científica. Balzac, a quien el mismo autor ha consagrado, por otra parte, un precioso libro, quedaría maravillado de esos estudios fisionómicos.



El escritor mejicano Mariano Azuela, cuya novela "Los de abajo" acaba de aparecer traducida al francés

historia de las traducciones publicadas en el transcurso de los siglos. En nada quedó disminuida la originalidad de la literatura francesa por el hecho de que sufriese sucesivamente la influencia de Italia en



Martín Luis Guzmán, político y novelista mejicano, autor de "El águila y la serpiente". Caricatura de Bagaría

el siglo XVI, de España en el XVII, de Inglaterra en el XVIII y de Alemania y Rusia en el XIX. El eco profundamente humano que despiertan las grandes obras francesas se debe a que se hallan nutridas, más o menos directamente, no solamente de las obras de la antigüedad, sino también del

BENJAMIN
CREMIEUX

(PARIS, LA NATION)
PARIS, mayo de 1929

EL SOMBRERO DE MI ANTEPASADO HOLANDES

Por
JACOBO FIJMAN

ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERGO

guía hablar de pérdidas y ganancias. Ya se ve, pues, como no soy nada pretencioso, como dije al comienzo de mi relato. Durante quince años de mi vida he usado ropas de nietos y bisnietos de generales muertos en Vilcapugio y Ayohuma, de un señor de clase media que ha

times se mostraran al gran público con verosimil desproporción grotesca; pero aceptar sobre su cabeza un sombrero no muy ajustado era traicionarse, según decía. Aunque jamás se supo en qué podía consistir esa traición cuyos fundamentos nunca enunció, supongo que se trataba de obscuras y fuertes reminiscencias de los sombreros que gastaban nuestros antepasados holandeses. Basta examinar un cuadro de Rembrandt para que se tenga idea de meridiana claridad de lo que quiero decir. Bien, bien; yo también conservo esa debilidad por el sombrero. En mi única habitación los sacos y los boti-

Santiago de Compostela y dueño del pequeño taller de sombreros llamado "La Aurora Roja".

Un día, el tal Antonio Palomares me dijo:

—Te necesito. El mozo sabía que yo era tan suelto de pluma como de lengua y muy hábil en el comercio del amor.

—Te necesito. Quiero que me escribas cartas de amor a mi novia Herminia de Rodríguez. Ella es maestra. Así que tienes que escribirle con palabras lindas como tú sabes.

—Te necesito—le dije yo por toda respuesta.

Desde aquel mismo instante nos entendimos a las mil maravillas. Yo le escribí la primera carta, y él me tomó la primera medida de mi cabeza para ejecutarme prolijamente un sombrero que hizo época.

Qué buenos ratos he pasado en esa Aurora, en la Aurora Roja de su taller que así se denominaba, porque Antonio Palomares, gallego de noble ejecutoria que había aprendido a hablar español en la Avenida de Mayo, en la calle Corrientes, amaba además de su maestra Herminia Rodríguez, a la sociedad futura, ese paraíso que se constituye en la sesera de muchos hombres como una verdadera tara. Amaba a su novia, a la sociedad futura que por aquel entonces estaba animada o representada por los amigos que le rodeaban muy especialmente a la hora del almuerzo y de la cena con una puntualidad cronométrica. Los representantes eran: Juan Valencia, sujeto colombiano haragán y furioso, de esa furia de trópico y malas letras anarquistas; Leal González, compañero que odiaba al matrimonio y que se había condenado al celibato con el fin de reservar su fuerza intacta para el día de la revolución social; Enrique Díaz, joven de veinte años que ejercía la profesión de naufrago, heroico catalán que llegó al Rio de la Plata en un barco que encalló y naufragó cerca de la costa de Montevideo. ¿Para qué seguir enumerando a esta clase de héroes de la sociedad futura? Esos eran los huéspedes rojos del taller de sombreros de Antonio Palomares.

El mismo día que le escribí la primera carta a su adorable novia que respiraba en Cañuelas, pueblo de la provincia de Buenos Aires, le rogué cortésmente que se pasara frente a mí para inspirarme con seriedad y descubrir contemplándole la frase, una de esas frases que a las novias de provincia las descoyuntan de emoción amorosa.

El hombre se pasó ante mí durante larguísimo rato, pero nada. No se me ocurría nada. Mi ojito celeste, idéntico y agudo al de mi antepasado, no descubría nada. Pero el asunto tenía que terminar fatalmente bien. Hans, antepasado mío, no podía traicionarme. De repente exclamé:

—¡Ya está!
Más que exclamación fué rugido de fiera. Yo mismo me esc-

(Continúa en la pág. 34)

Nunca he sido un hombre pretencioso a pesar de las largas habladurías que se tejen alrededor de mi abuelo, si bien he aprovechado extensamente el prestigio de un mi lejísimo antepasado que además de usar la barba rojiza puntiaguda, era un confiscador extraordinario. Aunque no intento hacer la relación de la vida, condiciones y milagros de ese mi antepasado, diré que sus ojitos celestes de pupilas agudas alcanzaron en menos de dos años a contar los ahorros de toda la aldea donde Hans, que así se llamaba, ejerció la humilde y buena profesión de prestamista, oficio que se aviene muy bien con el espíritu de los hombres nacidos en los Países Bajos; es decir, de un discípulo de Calvino. Descendientes de Hans y descendientes de las personas que le entregaron los dineros cuentan — la historia se ha recogido por tradición oral — que el sublime calvinista dió mucho placer no sólo a sus ojitos celestes, muy celestes, sino también a sus manos, a sus pies, en suma, a toda su sangre y su cuerpo, y a Dios, el día que confiscó totalmente los ahorros de los aldeanos. El hombre no cabía en sí de gozo financiero; le temblaba la barba, y durante muchas horas abrió la boca con tanta pureza, tan beatíficamente, que su mujer, blanca y gorda mujer que le había dado once hijos en un término conveniente como para no infundir en sus ánimos la más débil sospecha de su inquebrantable fidelidad, el ánima blanca y en blanco como sábana holandesa de su mujer, María, hija de ilustres molineros de Rotterdam, se hinchó de tal alegría manifestada con abundancia de comentarios que a su marido, que apenas la había oído en los días o en las noches después de cada alumbramiento para pedirle el beso sacramental de práctica, le entraron ciertos temores no sobre el estado mental de su pacífica mujer, sino sobre el otro estado. Hans el calvinista creyó que de un momento a otro su mujer le ofrecería el regalo de un nuevo hijo para mayor gloria de su fe calvinista.

Bien; basta con mi querido y noble antepasado de quien conozco el retrato debido a las pinceladas nada económicas de un oscuro pintor en toda la línea y con quien han sido tan avarias la posteridad y la gloria. El retrato de mi antepasado me ha servido como ejemplo de conducta. No exagere si confieso que gran parte de mi felicidad la debo al venerable Hans el confiscador. A él le debo ese continente, ese aire de predicador de opereta que me ha granjeado las más amplias y difíciles simpatías, pues le he copiado fielmente sus cabellos, su barba, sus ojos, su nariz achatada y sus manos que en el buen día que terminó de confiscar el dinero de la aldea le temblaron sin términos medios, rotundamente. Y a sus teorías, ¿supondrán muchos ingenuos que no les debo nada? Están equivocados, pero muy de medio a medio; también le debo mucho a sus teorías. Mi pobreza no afecta en nada lo que afirmo. Mis actos, todos mis actos, a pesar de su calidad, de su fineza, no afectan para nada el glorioso nombre de Hans y los troncos de mis antepasados calvinistas. Me es fácil demostrar cómo los móviles secretos del menor de mis actos son profundamente suyos. Y tan suyos. Y que la interpretación de los mismos, su lógica y sus relaciones, han pasado inadvertidos por la sencilla razón de que si bien el número de tontos no ha disminuido en

el mundo, es casi bien cierto que los genealogistas que podrían dar fe de lo que digo se han borrado para siempre, desde luego, en esos lugares como el nuestro que se llama República, y en los lugares donde todavía hay un señor que se pone en determinados días de festividad la corona y se queda plantado bajo ella durante el tiempo reglamentario, según ceremonias muy solemnes y conmovedoras.

Relataré la breve historia de una de mis tantas vidas para que se comprenda más claramente hasta qué grado mis menores actos son auténticamente suyos, es decir, de Hans:



hasta qué extremo se confunden, naturalmente.

Pues bien; una vez había un sombrero. Mas no, permitidme aún una breve interrupción para decir que nunca me ha preocupado usar un número habitual, fijo, de botines. Mis números son indistintamente desde el treinta y ocho hasta el cuarenta y dos. Tampoco me ha preocupado usar camisas de determinado color o estilo, y lo mismo digo de los cuellos, corbatas y trajes. Hace más de quince años que no me he comprado ni un solo botín, ni camisa, ni traje. Los vestidos y las etcéteras los he aceptado en calidad de préstamo de personas de diversa posición social e inteligencia, o a título de intercambio por mis graciosas ocurrencias con las cuales he entretenido a sus mujeres, mientras ellos, sus maridos, se dedicaban a otras mujeres o a ese juego que los entendidos para referirse al juego dicen "ful de piernas". No estoy seguro de los términos que se emplean en ese juego, pero estoy seguro de haberles oído decir "ful de piernas" y en se-

llegado a ser Decano de la Escuela de Odontología y fiscal del crimen. Oh, países de improvisación, etc., etc. No he tenido reparos ni escrúpulos en vestirme con ellos y como ellos, porque al fin y al cabo no dejaba de ser eso que los grandes economistas llaman consumidor.

Ah, pero... pero yo nunca he podido tolerar sobre mi cabeza, sobre mi cabeza de cabellos rojizos, la presencia de un sombrero desconocido. Mi punto débil ha sido por algún tiempo el sombrero; y, no es de extrañar esa debilidad. Mi lejísimo antepasado estuvo siempre aquejado por idéntico mal. Sus descendientes lo atestiguan; cuantas veces se hablaba de las virtudes inmaculadas del ilustre compatriota de Erasmo (el teólogo Erasmo, Erasmo de Rotterdam), se hacía en voz baja, pero de cualquier modo se hacía, la alusión a su debilidad: el sombrero. Hans acostumbraba encomendar la hechura de su sombrero a una fabrica muy atamada. No le molestaba en absoluto que su saco, sus pantalones y sus bo-

nes son de diferente tamaño y número, pero los sombreros son rigurosamente de un solo número y exclusivamente hechos hace tiempo para mi rojiza cabeza.

Contaré de cómo me los proporcionaba un verdadero artista del sombrero que se llamaba Antonio Palomares, descendiente de un ex fundador de un pueblo de los alrededores de

HOY CASI NO PUEDO TRABAJAR POR EL REUMATISMO EN LAS MUÑECAS.




PONGASE LINIMENTO DE SLOAN Y SE SENTIRA ALIVIADA PARA TRABAJAR. ES EXCELENTE PARA LOS DOLORES REUMATICOS. TODAS LAS FARMACIAS LO VENDEN.

REUMATISMO? Linimento de Sloan

MATA DLORES

LAS REVOLUCIONES QUE YO HE VISTO

TODA VÍA me acuerdo de mi generosa indignación cuando, en uno de los primeros libros de Barrés, lei poco más o menos lo siguiente: 'A nuestra edad nuestros padres habían visto ya tres o cuatro revoluciones'. Barrés aparentaba con ello enviar tal destino y comparaba el movimiento dramático de otros tiempos, con la mezquina simpleza de nuestro "fin de siglo", como se decía entonces. Por cierto que esa manera de expresarse no tiene ningún sentido y resulta absurdo mezclar la mística con la cronología.

Yo entonces era muy joven — en realidad, contemporáneo de Barrés —, y si, por consiguiente, poseía un noble candor o simplemente un candor pueril, puede perdonármelo. Ese diletantismo revolucionario repugnaba juntamente a mis sentimientos de buen ciudadano y a mi gusto ya formado. Lo encontraba detestablemente inficionado de literatura. Sentía también la pasión de la humilde verdad y cuando a un hombre de mi generación le oía reprochar a la fortuna el habernos librado de catástrofes políticas, confieso que no las tenía todas conmigo. ¿Qué le hace falta?, me preguntaba yo.

Nacido durante el imperio había sufrido la guerra, había sido asaltado en París, había experimentado frío y sufrido hambre. Me acuerdo de que durante la Comuna, cuando iba al colegio, fui insultado por federales ebrios o por chiquillos como yo que me motejaban de pequeño aristócrata. Resumiendo, yo había visto perder París desde la cima del Mont-Valérien. Tenía y tengo siempre, ante los ojos, después de cerca de sesenta años, esa hermosa y terrible visión. Pensaba que ya poseía bastante repleta mi parte de discordias civiles y no aspiraba a otra cosa, aun en los alrededores de mis veinticinco años, más que a la tranquilidad de vivir.

No es que me diesen miedo los cambios, pero también en ese punto tenía una especie de presentimiento respecto al hecho de que la fortuna iba a colmarnos; de que, antes de mediar nuestra vida, veríamos muchas más revoluciones que vieron nuestros padres en el mismo lapso de tiempo, y revoluciones mucho más profundas, más efectivas y diversamente divertidas que lo fueron sus pequeños desplomes de castillos de cartas. Han pasado los años y aquello que no era más que presentimiento es hoy día recuerdo, y, en este trance, apenas me atrevo a contar cuántas veces he visto cambiar el rostro del mundo, desde que tengo ojos para ver.

Lo digo sin melancolía, excusándome de agregar que ello no me rejuvenece, aunque, en fin de cuentas, no soy un Matusalén, y, sin embargo, apostaría — aunque no arriesgo nada — a que he visto infinitamente mayor número de cosas que aquel patriarca. El ritmo de la vida se ha precipitado de tal suerte hasta el enloquecimiento, que un modesto sexagenario del siglo XX tiene indudablemente una memoria mucho más nutrida y diversa que los raros fenómenos de antaño llegados a los cien años.

Entre las historias ya rancias, ¿existe acaso alguna otra más agostada que la del centenario o la centenaria en torno a la que se precipitan ávidos y respetuosos, en la forma de los reporteros adolescentes? Ya lo conocéis, aunque no reaparece con frecuencia en

los periódicos: "la vida es cotidiana", pero el centenario no es cotidiano. Lo habéis leído cinco o seis veces todos los años. Es siempre el mismo. El héroe o la heroína de la historia que ha conservado siempre, de milagro, toda su lucidez de espíritu y una memoria extraordinaria, dice, moviendo su cabeza calva: "¡Ah, he visto mucho de eso, he visto mucho...!"

—¿Qué es lo que ha visto usted, distinguido señor o respetable señora? — dicen los periodistas presintiendo afluir el material.

Todos y todas tienen su especialidad. Esta conoció a su tatarabuela, que había nacido durante el reinado de Luis XIV, que atravesó la Revolución y que vivió como Siéyes, mientras que todos eran guillotinado a su alrededor. Este otro es el último coracero de Reichshoffen. Ya no hay, desde hace bastante tiempo, víctimas del golpe de Estado, pero todavía existen pensionistas del 2 de diciembre. La desgracia es que esos centenarios-documentos no tenían más que una cuerda en su arco. Su extraordinaria memoria guardaba un solo recuerdo, lo mismo que su mandíbula un solo diente. Pero es cierto que ese recuerdo tenía una precisión singular, que lo recitaban tan francamente como los guardianes del museo su canturía oficial, sin cambiar una sílaba y sin parecer entender una palabra; mas ese psitacismo inspiraba poca confianza a los auditores, quienes deploraban, de otra parte, que la maravillosa lucidez de espíritu del sujeto se ejerciese sobre un solo punto, que el campo de su conciencia se hubiera estrechado lamentablemente y, en suma, que, salvo casos privilegiados, resultase chocho, cual todo el mundo a esa edad.

Las raras personas que arriban a los cien años apenas han cometido excesos, que les hubieran conducido al cementerio. Y si recaen en la infancia, según es un derecho y casi un deber, no puede imputarse este accidente, demasiado natural, más que a su edad avanzada.

La ventaja de nuestro tiempo reside en que las gentes, cuya abundante memoria pueden dar pasto a los periodistas más exigentes, ya no son centenarios, como sucedía antes. Tienen cincuenta o sesenta años, a lo más, edad que los poetas, en el siglo de Sócrates y de Platón, llamaban el "umbrales de la vejez" y que hoy día, con un eufemismo lleno de cortesía, de embuste y de con-

suelo, se llama "la fuerza de la edad".

Es un principio de crítica literaria, perfectamente aplicable en la relación social, el de que para agradar a un autor es preciso admirar lo que le falta o lo que no le ha faltado nunca, pero que ya comienza a perder. En este sentido ninguna otra fórmula agradaría más a los quincuagenarios y a los sexagenarios que la de "force de l'âge". Pero es cierto que éstos no parecen tan fatigados como los vejesterios de antaño y que no han podido formarse un repertorio tan rico, debido a la aceleración

Pues, ¿qué sucede? Juzgo de ello según mi caso. Cada vez que los promovedores de encuestas, aproximadamente hasta 1920, preguntaban a un centenario de uno u otro sexo, cuál era su más resplandeciente recuerdo, esta venerable persona no dejaba de responderles: "He visto con mis ojos el primer ferrocarril que iba desde París a Saint-Germain".

Pues bien, por mi parte, yo podría exclamar: "En la edad respetable a que he llegado..."

Pero os ruego no creáis que la mía es la edad de Chevreul, ni siquiera la del hijo septuagenario que aquél tuvo el sentimiento de conducir a su última morada y de quien ingenuamente decía: "Siempre hemos pensado, mi pobre mujer y yo, que no llegaríamos a educar a ese muchacho". Yo no sólo he visto el primer automóvil, sino que me atreví a tomar asiento en uno, y esto, sin ninguna vanidad, significaba un acto de valor.

No es que yo tuviese conciencia de tal peligro, sino que había falta de desafío al vulgo y carecer de respeto humano en un grado poco común. Todavía veo aquel coche de líneas indecisas y de formas torpes. Lo veo tanto mejor cuanto que acabo de encontrar una fotografía que quizá tomé yo mismo. Pertenecía a un amigo mío, que fue uno de los primeros aficionados a practicar ese sport, y que ya ha muerto. Se mató algunos años más tarde en la carretera de Fontainebleau; pero en los tiempos de que hablo nadie pensaba en morir; se pensaba simplemente en arrancar y nadie estaba seguro de llegar. El automóvil de mi amigo el doctor — no digo su nombre — se había estacionado en una esquina de la calle París (pues el lugar de la escena de los teatros, en los salones y hasta en las calles. El otro día, en la Comedia Francesa, mientras se representaba el "Demi-monde" con trajes del segundo Imperio, yo tenía cerca de mí a un joven que parecía descubrir un nuevo aspecto de la humanidad y que se mostraba asombrado. No pudo evitar esta exclamación entre dientes: "... Pero si está muy bien, si una mujer es cosa hermosa!" El muchacho, habiendo nacido, según me imagino, en la vispera de la guerra, no se acordaba de haber visto nunca una mujer ni una moneda de un luis. La influencia de esta revolución sobre las costumbres y sobre el gusto puede resultar considerable. Anunciase que el pudor, que se había retirado al cielo, ha vuelto a bajar sobre la tierra.

la costa, apostando en alta voz que no llegaríamos a la meta.

Debo decir que aquellos malintencionados, las más de las veces perdían sus apuestas, pero nosotros temíamos, hasta el último momento, tener que hacerlos ganar, y la subida era fatigosa. En aquel tiempo, corriendo por terreno llano, la velocidad máxima era de cuarenta kilómetros por hora; al subir, en terreno accidentado, ni se contaba siquiera. Pero cuando habíamos alcanzado la cima de la costa, sin ninguna "panne", sentíamos que éramos los obreros de una evolución más importante que los golpes de Estado y que los disturbios con la policía.

He visto nacer el teléfono y he conocido el tiempo en que las personas de cierto rango se preguntaban si era de buen tono abonarse a él. Ese aparato olía a comerciante. En casos de extrema urgencia, se prefería ir a telefonar al aparato de un proveedor.

He visto nacer la nueva luz. El primero que hizo de ella un uso particular fué el patriota italiano Cernuschi, con motivo de un baile de máscaras que dió en su hotel — hoy museo — del Parque Monceau, hacia fines de abril o comienzo de mayo de 1888.

En 1888 todavía no había sido inventada la ampolla de Edison, y Cernuschi había iluminado su hotel por medio del "Jabloshkof", luz que daba a las mujeres, entonces poco aliñadas, una lividez cadavérica, protestando contra ello.

Cuando me acuerdo de mí mismo me re veo trabajando bajo la claridad deficiente de una lámpara de petróleo o de una lámpara de aceite con dos bujías. Hacia fines del siglo alquilé un departamento en una casa completamente nueva y el propietario me brindó la opción entre el gas y la electricidad. Me decidí por esta última, después de varias vacilaciones. Durante varios meses, cada vez que iba a visitar a mi pobre madre, ésta no podía dejar de preguntarme con cierta angustia: "¿Y tu electricidad funciona bien todavía?"

No acabaría si quisiera trazar la lista de todas las revoluciones en las cuales no he sido sólo espectador, sino que también he tenido participación. Estimo que la revolución más importante es la de las modas femeninas que ahora presenciarnos. Creo que debería escribir más bien reacción que revolución, pero ambos términos sólo se contradicen en apariencia, mientras que en el fondo vienen a ser la misma cosa. Las faldas se alargan lo mismo que crece la primavera. Comienzan a verse mujeres que tienen verdadero aspecto de tales, mostrándose temerosas en un principio y después envalentonadas por su éxito. Aparecen ya así en la escena de los teatros, en los salones y hasta en las calles. El otro día, en la Comedia Francesa, mientras se representaba el "Demi-monde" con trajes del segundo Imperio, yo tenía cerca de mí a un joven que parecía descubrir un nuevo aspecto de la humanidad y que se mostraba asombrado. No pudo evitar esta exclamación entre dientes: "... Pero si está muy bien, si una mujer es cosa hermosa!" El muchacho, habiendo nacido, según me imagino, en la vispera de la guerra, no se acordaba de haber visto nunca una mujer ni una moneda de un luis. La influencia de esta revolución sobre las costumbres y sobre el gusto puede resultar considerable. Anunciase que el pudor, que se había retirado al cielo, ha vuelto a bajar sobre la tierra.



Loas al plantador

Loas a tu ejemplar optimismo,
Hombre de setenta años,
Que al lado de la senda
Plantas un árbol.

Tú no verás sus frutos,
Ni tendrás de sus ramas el amparo;
Eso será para tus hijos,
Tal vez para tus nietos o para los extraños...

Pero ese pensamiento
No detiene tu brazo
Y desafiando la intemperie
Cavas el hoyo y hundes el gajo.

Debería perpetuarse tu actitud
En el mármol,—
O mejor todavía en el bronce;
Sería la estatua del optimismo sano;
Tendría la belleza que en sí mismo
Tiene el trabajo;
Y la nobleza
Del esfuerzo desinteresado.

Loas a tu ejemplar optimismo,
Hombre de setenta años,
Que prolongas tu paso por la vida,
Plantando un árbol.

José Lucas Penna

vertiginosa del ritmo de la vida.

Este ahorro de recuerdos no los envejece, sino más bien al contrario. Cuando sin ninguna chochera hacen alusión a hechos más antiguos de lo que parece, y de los que fueron testigos oculares, uno no puede dejar de murmurar viéndolos así: "¡No es posible!", agregando: "¡He aquí unos jóvenes que tienen un hermoso pasado!"

ABEL
HERMANT

DE LA ACADEMIA FRANCESA

(Para LA NACION)

PARIS, mayo de 1930



CON LAS ESTRELLAS DE LA RUSIA ROJA

Arturo S. Mom con el director Tarich y sus ayudantes, en el estudio de Leningrado

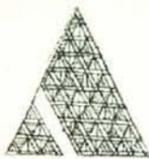
quito de desconfianza a la curiosidad del extranjero que puede preguntar o comentar indiscreciones, sea por un sentimiento espontáneo de compañerismo, lo cierto es que es muy difícil ponerse a conversar frente a frente sin testigos directos, con alguna de las grandes figuras cinematográficas de la Rusia Soviética.

Jorge Tarich, que es corpu-

rich, rodeado de ocho personas. Es imposible en Rusia conseguir una entrevista con una sola persona. Sea por no apartarse de las normas establecidas por el colectivismo que se extiende al arte como a todas las actividades, sea por un po-

LOS DIRECTORES DE LENINGRADO

POR
ARTURO
S. MOM



El maestro Jorge Tarich, director de "Iván el Terrible", tuvo el honor de conocerlo en Leningrado.

Todavía funcionan en locales improvisados los estudios de la Sovkino y de la Rusia Blanca, en grandes locales y con relativas comodidades, pero que distan mucho de las construcciones cinematográficas especiales.

Pero la compañía Sovkino tiene en construcción en Moscú, sobre las colinas de Lenin, desde donde se domina el panorama de la capital soviética, el estudio cinematográfico más moderno y perfecto que existirá en el mundo. Perfecto porque sus arquitectos, antes de iniciar la obra, estudiaron las construcciones de Hollywood y Berlín. Baste decir, para dar una idea de la inteligencia y previsión con que han sido planeados los nuevos estudios, que desde cualquiera de sus escenarios interiores, un director, por medio de un juego de grandes puertas corredizas, puede abrir una perspectiva sobre un ilimitado horizonte de naturaleza, sobre el vasto horizonte de llanura, bosques, ondulaciones y río, que se abarca desde las colinas de Lenin, sin contar las vistas de Moscú con la maravilla de sus torres de oro.

LA IMAGEN DE LENIN

No creo que haya casos iguales en la historia de los pueblos, al de Lenin en la Nueva Rusia. Pocos hombres en la historia del mundo deben haber llegado de una manera tan honda al corazón de su pueblo y mantenido su memoria a la altura de idolatría que rinde a su jefe máximo, a la memoria de su jefe máximo el pueblo de la Rusia Roja.

Para la gente del comunismo esta es la figura inmaculada y soberbia, la figura modelo de una consagración y de un ideal, el hombre de genio y de acero que pudo llevar a la realidad su inmensa ilusión de rebelde. La Rusia Roja tiene un dios nuevo: Lenin. Su obra literaria tiene sus panegiristas, sus comentaristas, que la glorifican y la veneran como a una nueva Biblia. Sus discípulos guardan el eco de sus últimas palabras y de todas sus palabras, con devoción religiosa. Su recuerdo está sobre Rusia como su retrato está ahora en los últimos rincones de Rusia. No son cientos, son miles y miles de retratos que llenan Moscú y millones y millones

que decoran íntegra la tierra de la Unión Soviética.

Ya era dueño de la gloria en la plenitud de su vida cuando el triunfo definitivo de su formidable pasión de luchador, de demolidor y de creador, lo puso sobre la cúspide del poder y de la adoración. La muerte exaltó la belleza de su vida y glorificó y santificó su nombre. "Lenin es lo que ya no se discute, Lenin fué la clarividencia, Lenin fué la inspiración, la fuerza, la voluntad, Lenin fué el redentor. En vida fué un hombre maravilloso, un limpio ejemplo. En la muerte es Dios".

Muchas veces he oído éstas y similares palabras en boca de mis amigos y amigas rusos.

Por otra parte, puedo decir que en los días de mi estada en Moscú y Leningrado, que coincidieron con un aniversario del jefe muerto, no se caminaba un solo metro sin encontrarse con un retrato de Lenin. Todo esto sin contar la presencia inevitable y necesaria de su imagen en todas las cosas y actos oficiales, en todos los teatros, en todos los hoteles, en los colegios, y en los clubs, qué sé yo, hasta en la frente, creo, de todos los rusos de la Rusia Roja.

Una enorme cabeza de Lenin se ve a la entrada del teatro del gran ballet, una masa de varios metros cúbicos que reproduce la cabeza calva, el ceño fruncido, la poderosa expresión de ojos y gesto, la sugestión irresistible del hombre desaparecido pero cuya imagen siempre palpita en el corazón de los suyos, se alza sobre el cielo de Rusia como un símbolo deslumbrante del mundo nuevo. "Lenin ha muerto pero sus ideas viven", decían inmensos carteles en el estadio de Moscú, una tarde de fiesta. "Lenin ha muerto pero su recuerdo vive en nosotros", decían otros carteles en los teatros. "No es cierto que Lenin haya muerto porque lo vemos en todas partes", dicen las inscripciones puestas por los niños en el altar rojo que en su memoria se alza en cada rincón de cada aula de todas las escuelas de la Unión Soviética.

Rincón Rojo se llama a este rincón de homenaje que yo mismo he visto en algunos colegios. Los niños del aula, en uno de sus rincones, sobre un fondo de papeles rojos pegan o cuelgan retratos de Lenin, pequeñas esculturas y bajos relieves con la imagen de Lenin. Fué en un colegio donde vi eso de "Lenin no ha muerto porque lo vemos en todas partes". Los maestros, desde luego, fomentan ese culto, pero lo cierto es que los niños, por su parte, no necesitan de la orden o la sugestión del profesor para erigir su altar, donde diariamente se dice al hombre endiosado la misa de la veneración y del recuerdo, el homenaje de la gratitud y la palabra de honor de respeto a su ejemplo y fidelidad a sus mandatos.

Descansa en un féretro de cristal, a la vista del pueblo, que viene en largas peregrinaciones para mirarlo. Está cubierto hasta medio cuerpo, por una manta, viste una blusa clara, está como dormido. Las gentes lo contemplan y salen deslumbrados del panteón de tosca madera, de fondo trágico y solemne, guardado por inmóviles soldados rojos. Aquel sencillo y elocuente panteón de la primera hora se convertirá en un mausoleo magnífico, digno del jefe, y donde la adoración estremecida de su pueblo pueda caer de rodillas a su lado.

Los cuatro soldados rojos están inmóviles. El panteón está en la Plaza Roja, frente al Kremlin. El panteón se agranda en la imaginación y abarca la Plaza Roja y el propio Kremlin. Y toda, toda la Rusia actual es un monumento a Lenin que el tiempo agranda y el espíritu sublimiza. Los hombres que gobiernan a Rusia invocan su recuerdo en los momentos difíciles y todos los hombres y todas las mujeres de Rusia loan su nombre. Su alma no está en el cielo, no puede estar en el cielo que él desconoció. Su alma está en el alma de toda la Rusia Roja.

Todos velan por él y por eso es que los cuatro soldados rojos están inmóviles a su lado.

UN DIRECTOR SOVIETICO

Como es común encontrarse en las películas rusas, con cualquier motivo, con un retrato de Lenin en sus interiores, es que me ha parecido oportuno decir algo de lo que su figura significa en la vida y en el pensamiento de su pueblo.

La técnica y la estética cinematográfica rusas están en una continua revolución. En ninguna parte como en Rusia envejecen las obras de ayer y se plantean novedades para las de mañana. De ahí que ciertos directores recientes digan con respecto a los maestros de hace un año, que su criterio y técnica de "filmación" sean cosas pertenecientes al pasado.

Jorge Tarich realizó una de las obras que más ha prestigiado a la cinematografía soviética en el mundo. Apenas esta película contará cuatro años. Sin embargo, los nuevos directores la consideran antigua y hay quienes hasta se permiten negarle valores. Una y otra cosa oí en los estudios de Leningrado de boca de una actriz y de varios actores de la nueva generación.

Los nueve de la noche, había quedado para la entrevista apareció el director Jorge Ta-



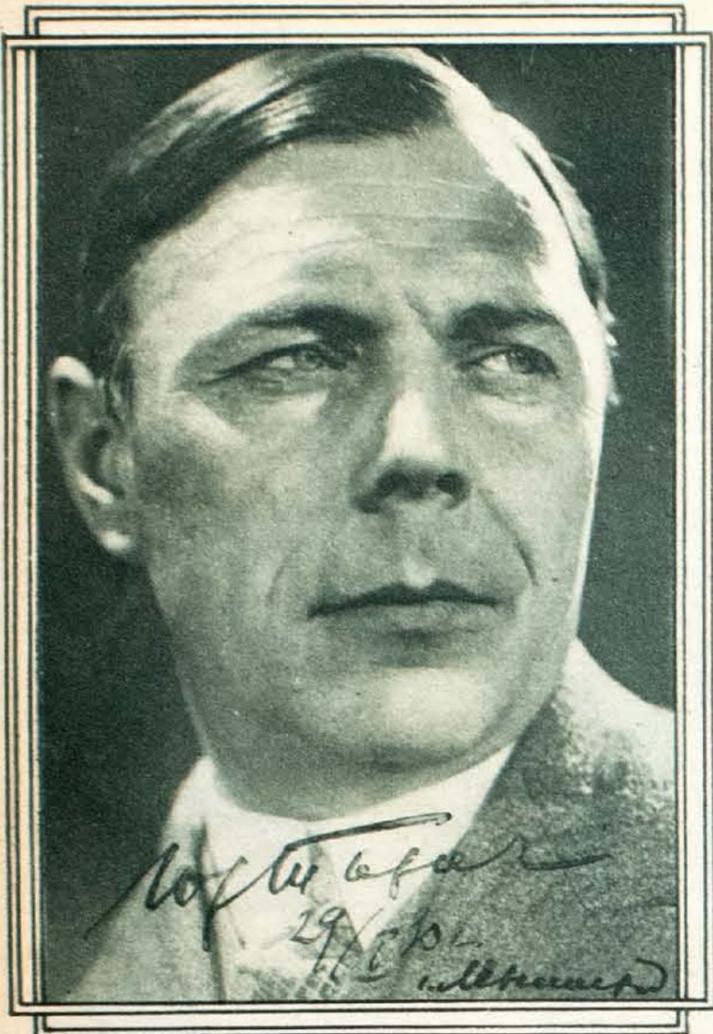
La belleza de la juventud en el otoño de la vida

La belleza de un rostro juvenil no debe desvanecerse con la edad. La papada que se afloja, la garganta que se marchita y la arruga que desengaña son marcas de vejez prematura, que pueden evitarse mediante el diario cuidado de la piel. ♦♦ No todas pueden rejuvenecerse en los salones de Estética Facial que Dorothy Gray ha establecido en el No. 34 Avenue George V, Paris, o en el No. 683 de la Quinta Avenida, Nueva York, pero si todas pueden darse estos eficaces tratamientos en su propio hogar para llegar al otoño de la vida llevando en el rostro la frescura de la juventud. ♦♦ Pida usted un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza", donde se describen los tratamientos adecuados para cada caso, y adquiera en su tienda predilecta las preparaciones que necesite. Las mejores tiendas de la república venden las preparaciones de Dorothy Gray que usa esta en sus afamados y concurridos salones de Estética Facial.

CREACIONES

DOROTHY GRAY

Para obtener un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza" basta que escriba usted al cable y me envíe su nombre y dirección. ♦♦ Contra Japón. ♦♦ Contra la República de China. ♦♦ Contra la Unión Soviética. ♦♦ Contra la India. ♦♦ Contra la América del Sur. ♦♦ CONTRA LA GUERRA. ♦♦ CONTRA LA MUERTE. ♦♦ CONTRA LA ENFERMEDAD. ♦♦ CONTRA LA VEJEZ. ♦♦ CONTRA LA MISERIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE TRABAJO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE ALIMENTO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE VESTIMENTAS. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CALZADO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE ALOJAMIENTO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE EDUCACION. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CULTURA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE ESPERANZA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE FE. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE AMOR. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE RESPECTO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE JUSTICIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE VERDAD. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE LIBERTAD. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE PAZ. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE JUSTITIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE HONOR. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE DIGNIDAD. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE FUERZA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE VALOR. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CORAJE. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE PERSEVERANCIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CONSTANCIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE PATIENCIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE TOLERANCIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE COMPASION. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE MISERICORDIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CARIDAD. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE AMOR PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE RESPECTO PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE DIGNIDAD PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE HONOR PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE VALOR PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CORAJE PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE PERSEVERANCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CONSTANCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE PATIENCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE TOLERANCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE COMPASION PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE MISERICORDIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CARIDAD PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE AMOR PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE RESPECTO PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE DIGNIDAD PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE HONOR PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE VALOR PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CORAJE PROPIO. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE PERSEVERANCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CONSTANCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE PATIENCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE TOLERANCIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE COMPASION PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE MISERICORDIA PROPIA. ♦♦ CONTRA LA FALTA DE CARIDAD PROPIA.



El director Jorge Tarich

lento y de aspecto vigoroso, rubio, de ojos claros en una cabeza voluntariosa y simpática, venía con varios de sus actores, con dos de sus electricistas y dos de sus operadores.

La comitiva tomó asiento a mi alrededor, como quien sienta a un hombre, más bien que como quien se dispone a una entrevista sincera, que adelanta conceptos admirativos al iniciar las preguntas de práctica.

Antes de contestar a cualquier pregunta, Tarich consulta con sus amigos y, a veces, alguno de ellos se adelanta a la contestación del director. Eso sí, para reflejar exactamente su pensamiento como si se hubieran puesto de acuerdo con anterioridad.

Tarich dice: Yo hago mis intérpretes, no me gusta trabajar con profesionales.

Yo interrumpo de inmediato: Sin embargo, señor Tarich...

—Compañero, por favor... — Simpático tipo y tan bueno que parece.

—Sin embargo, compañero Tarich, en "Iván el Terrible" tiene usted de primer intérprete de magnífico intérprete, al artista de teatro Leonidoff, un actor maestro creando el personaje tan vigoroso del zar Iván.

—Si — interrumpe el maestro —, pero Leonidoff no era un actor de la pantalla, de manera que queda en pie mi afirmación de que no trabajo con actores profesionales, digo que no trabajo con profesionales del cinematógrafo.

—Si, muy bien, pero pasada la primera película el profesional queda hecho y usted sigue trabajando con él.

—Queda hecho — vuelve a interrumpir Tarich —, queda hecho a mi manera, a mi estilo, que es lo que me interesaba decirle, queda hecho a mi estilo, es decir, instrumento de mi voluntad, única forma de que el director pueda confiar y manejar plenamente a su intérprete. Los directores norteamericanos y aun muchos de los grandes directores alemanes, suelen fallar en sutilezas que al cabo conciben por ser detalles de gran importancia en la obra de conjunto, todo porque deben someterse en la mayoría de los casos a las modalidades de sus actrices y actores en el lugar de ser ellos los sometidos. No puede menos de

suceder tal cosa en un país que, como los Estados Unidos, en lo que al cinematógrafo concierne, ha exaltado la personalidad de sus estrellas en detrimento muchas veces de la de sus directores, que son quienes en realidad pesan en la producción.

La película "Iván el Terrible" fué "filmada" en lo que casi podríamos llamar el propio lugar de los hechos, ya que en ella aparecen escenas tomadas en la Plaza Roja de Moscú, frente al Kremlin, residencia del Zar, y también aparece en ella la rotonda de las torturas que todavía existe, hasta con las cadenas, ya enmohecidas por los años, con que se sujetaba a los condenados al suplicio. A poca distancia de esta rotonda se alza la iglesia de San Basilio, la más pura y hermosa de las maravillas arquitectónicas ruso-bizantinas, una gloria de armonía y de color con varias torres diversas, diversas en el color y en la forma. Santuario divino de las devociones del Zar y sus amigos, quedó Iván maravillado de la obra de su arquitecto, que así le ofrecía el más hermoso de los templos rusos para su enfermo misticismo, y en su bárbara admiración por la obra, resolvió impedir que el mismo arquitecto pudiera realizar otro igual. Y como premio de tanta belleza y de tan puro y glorioso esfuerzo artístico, sacó los ojos al artista.

Esta figura trágica en la historia de la autocracia rusa, ha sido magistralmente evocada por el director Tarich en su película "Iván el Terrible" y magistralmente interpreta a por el actor Leonidoff. Y para mayor curiosidad del trabajo, es del caso agregar que esta gran película que ha bastado para consagrar un nombre en Rusia y en el extranjero, fué la primera película realizada por Jorge Tarich.

Los acompañantes del maestro se regocijan oyéndole contar esta hazaña y se regocijan también cuando les transmito impresiones directas de los grandes realizadores norteamericanos sobre la producción citada.

A los pocos momentos somos todos amigos y me invitan a concurrir al "set" donde se comenzará una película que tendrá por asunto principal la explotación petrolífera soviética en los yacimientos de Baku. Tarich se propone hacer eso

su nueva obra una producción de arte y de enseñanza sobre las vastas perspectivas y panoramas naturales que puedan prestarle los campos de explotación y la faena industrial. Por las explicaciones que agrega, deduzco que la orientación de su película estará dentro de los cánones colectivistas y de la línea política del partido gobernante.

Un frío de mil demonios hacia afuera, cuando salimos para dirigirnos al estudio de la Sovkino, donde se comenzaban escenas de gran espectáculo en una nueva producción del director Vassilief. En el automóvil, el delegado oficial de la Vokss, me pone al corriente de la parte que corresponde al cinematógrafo, en el vasto plan de construcción de la Unión Soviética a realizarse en cinco años. "Los principales elementos concernientes a la industria cinematográfica en el plan mencionado tienden a la propagación y extensión de la cadena de teatros, construcción de nuevos locales, producción de nuevos "films" y formación del personal. Y se harán todos los esfuerzos posibles para propagar el cinematógrafo entre los obreros y campesinos. La propagación del cinematógrafo entre los obreros y campesinos constituye una garantía para su desenvolvimiento ulterior sobre una sólida base financiera en la Unión Soviética. Esto permitirá interesar en el cinematógrafo a millares de personas y hacer de él un instrumento de educación y de cultura. El plan prevé aumentar el número de salas de exhibición de seis mil setenta y cuatro que existían en 1928, a veinticuatro mil en 1932/33. No se comprenden en este número los cinematógrafos existentes en las escuelas y los que pertenecen al Ejército Rojo. El plan comprende, en este sentido, la creación de diez y ocho mil cinematógrafos escolares en el plazo de cinco años. De suerte que para esa fecha la Unión Soviética poseerá cuarenta y tres mil salas, con posibilidades de llegar a sesenta mil. Con este número de teatros la Unión Soviética no tendrá rival en el mundo y conquistará la independencia de su industria, que tendrá entonces en el propio país, su necesario mercado de consumo. Los teatros cinematográficos rusos se dividen en tres categorías: salas comerciales, salas de los clubs obreros y salas de la campaña. Y para la realización de estos proyectos el Gobierno ha asignado la suma de ciento setenta millones de rublos, es decir, una cantidad un poco mayor en nuestra moneda".

La joven actriz Milly Tantkorsó tuvo a bien conceder una entrevista y para el caso, como de costumbre entre los suyos, apareció con media docena de compañeros. Todos se despacharon a su sabor contra el director Tarich, diciendo, ante todo, que la tan celebrada película "Iván el Terrible" no era una obra personal, sino una obra colectiva. Tanto insistieron sobre el asunto que al fin, según ellos, el maestro Jorge Tarich sólo había prestado su nombre en la realización.

Milly Tantkorsó decía que en la obra cinematográfica no debían existir las estrellas, es decir, que ningún personaje debía primar sobre los demás, sino constituir una obra de conjunto donde los valores surgieran del esfuerzo colectivo. Milly Tantkorsó es una muchacha ágil y bella, aunque no tenga mayores características físicas que absorban de manera visible alguna parte preponderante de su encanto. Había sido compañera de academia en Moscú, de María Gonta, y se refirió a ella con francos elogios. La entrevista resultaba interesante, tanto por la simpatía de los jóvenes entrevistados, como por los cambios de ideas en voz baja que la actriz tenía con sus amigos antes de contestar la más simple de las preguntas, como pudo ser, por ejemplo, la de cuál era la estrella norteamericana que más les gustaba. Previa conferencia, para nombrar a Bancroft, primero, y luego otra conferencia para citar a Corinne Griffith. Y se retiraron en bandada.

LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE

El Ejército Rojo había enviado uno de sus batallones para que actuara en la película del joven director Serge Vassilief, cuyas escenas principales iban a tomarse esa noche. La escena simulaba un gran teatro durante la guerra civil, es decir, durante la revolución. El teatro, que estaba en poder de los campesinos, sería asaltado por las fuerzas rojas y en el momento de producirse el choque iba a salir una joven revolucionaria a detener el fuego gritando a unos y a otros, que ambos eran hermanos y que luchaban por la misma causa. Con lo que la batalla terminaría en fiesta de camaradería.

En el proscenio estaba el numeroso grupo de campesinos, hombres y mujeres, y todos los palcos y la platea eran invadidos por los soldados con fusiles, ametralladoras y cañones.

No era tarea fácil manejar tanta gente, y el director Vassilief, con cuatro ayudantes, se desgañaban, bocina en mano, para ordenar a los actores.

La compañera Miasnikowa, una graciosa muchacha, del-

gada, vestida de campesina harapienta, era la primera actriz de los hechos. Costó gran trabajo encontrar a la estrella entre la multitud de campesinos, muchos de ellos legítimos, que la rodeaban. Y nunca he visto una estrella más modesta que la compañera Miasnikowa, que se arreglaba el maquillaje sentada en un cajón con un pedazo de espejo puesto sobre las rodillas.

El director, Serge Vassilief, alto y de barbita rubia, me explica el argumento de la obra, la intención de la obra, que puede contarse por interesante.

Serge Vassilief pertenece a la generación de los jóvenes directores rusos, empeñados en arrasar con lo que llaman viejo.

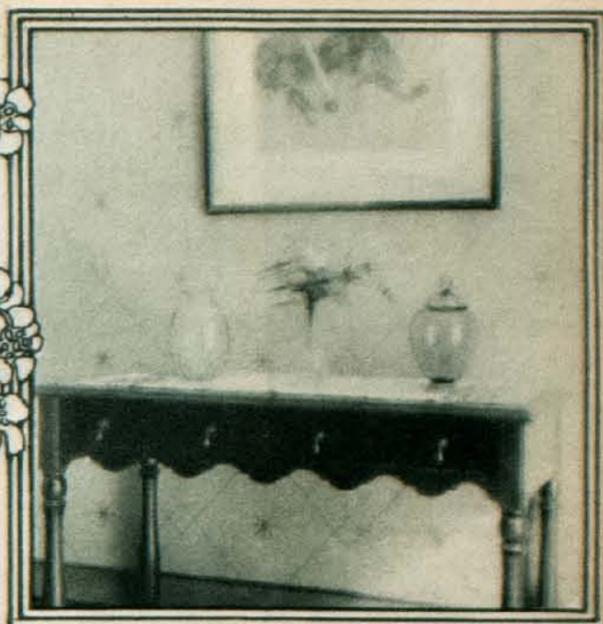
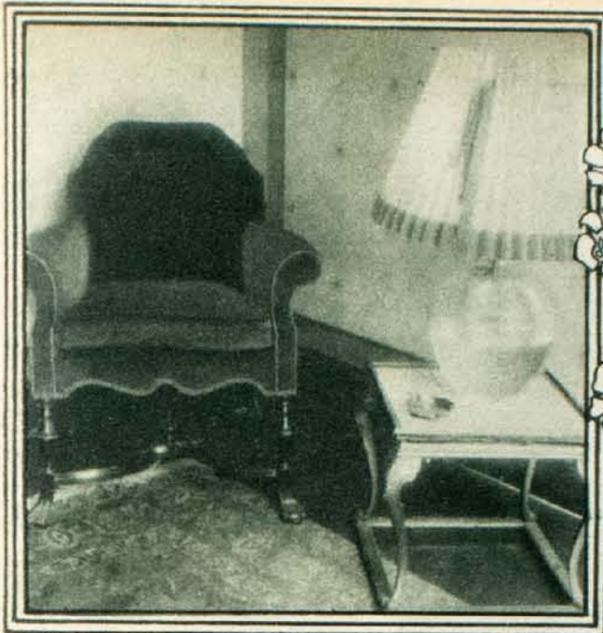
Esta película, que lleva por título "La bella durmiente del bosque", sustenta la tesis de que el arte debe evolucionar con los acontecimientos y de acuerdo con los cambios del espíritu. Un arte que se estanca en sus formas y manifestaciones es un arte sin vida, y la idea de la película va contra el arte estancado.

Los hechos comienzan en un teatro, momentos antes de declararse la guerra europea, en un teatro donde se representa el "ballet" de "La bella durmiente del bosque". Apenas terminada la representación llega la noticia de que la guerra ha estallado. Pasa el tiempo, suceden en Rusia los hechos notorios de la revolución y de la caída del Imperio. En plena guerra civil un regimiento rojo se enfrenta con un grupo de campesinos dispuestos a dar batalla. Ambos cuerpos en lucha se encuentran en un teatro donde se exhibe en ese momento el "ballet" de "La bella durmiente del bosque". Sucede que los paisanos se reconcilian con los rojos y hacer causa común. Termina la guerra civil y ya establecida la paz, los hechos de la obra llegan a un teatro donde se está exhibiendo el "ballet" de "La bella durmiente del bosque". Es decir, que han sucedido acontecimientos que han transformado al mundo, primero, con la guerra, y luego otros acontecimientos que han transformado un país. Los sentimientos, los conceptos, la época, el espíritu han cambiado, todo ha cambiado en el mundo y, sin embargo, en el teatro sigue siempre representándose el "ballet" de "La bella durmiente del bosque".

El batallón de soldados rojos obedecía las órdenes del director Vassilief con una precisión ejemplar. El ejército rojo, a fuerza de actuar en películas, concluirá por convertirse en un ejército de estrellas.

Rincón de Lenin en una escuela de Leningrado





ENTRE las industrias artísticas de la antigüedad, que han conservado en el tiempo sus características originarias, las vidrierías de Venecia pueden contarse como el ejemplo más afirmativo y evidente. Toda Europa es tributaria del arte veneciano en esta especialización, y los más primitivos ejemplares de vidrios germánicos, bretones, flamencos y de otras regiones de florecimiento medieval, como Cataluña y el centro hispano-árabe de las Alpujarras, revelan marcadas influencias del ya remoto espíritu bizantino, cuyas formas habían invadido el gusto de los condotieri.

Los viajeros que visitan hoy la pintoresca ciudad de los canales, gastan una parte de su curiosidad en el análisis de los vidrios y cristales artísticos que prodigan la belleza de sus colores y formas decorativas en los locales del comercio. Hasta las piezas más comunes tienen un atractivo que las valoriza. Y es que los sistemas industriales modernos han respetado la belleza y el sentido estético de otras culturas que sobreviven por la fuerza de sus creaciones. Los artifices venecianos han mantenido en todo tiempo la actualidad de la industria del vidrio, a base de modelos arrancados a la antigüedad de Grecia y Roma, empleando los procedimientos comunes a esas épocas y afirmando en todo el Occidente la teoría de que la belleza no envejece cuando descansa sobre los más puros fundamentos del arte.

A los egipcios, progenitores o antecesores del arte latino, se les atribuye la invención del vidrio, siendo además los primeros que lo emplearon en la fabricación de vasos y utensilios. Esta hipótesis se basa en la interpretación de jeroglíficos con figuras de artesanos vidrieros; tales pinturas y relieves tienen seis milenios de antigüedad, y

Lámpara de mesa formada con un bote de Murano, lleno de agua coloreada

se duda por consiguiente que otros pueblos asiáticos puedan adjudicarse la primacía de tan notable invento. Sin embargo, no es absoluta la realidad de esta creencia, puesto que una remota leyenda de los chinos expresa que el vidrio, cuyas manipulaciones y utilización práctica concian, es el aliento solidificado del dragón mitológico.

Las excavaciones de Pompeya y otros lugares, han revelado la existencia de preciosos objetos de vidrio, con iridaciones producidas por la acción del tiempo, pero que afirman a pesar de todo, la perfección alcanzada por los romanos en esta actividad artística. Recordemos que al ser conquistado Egipto por los Césares, el pueblo vencido pagó una parte considerable de los tributos en objetos de cristalería. Y fué tal el entusiasmo de Roma por los frágiles objetos de vidrio, que no bastando el tributo para satisfacer la demanda, lleváronse algunos artifices de Tebas para implantar manufacturas. Desde esta lejana época empezó a generalizarse en la vieja Roma el uso de las vidrierías. Las damas adoptaban los pequeños frascos transparentes para guardar pomadas y perfumes de tocador. Los tradicionales vasos de plata y oro que se utilizaban en la mesa, fueron substituidos por ánforas y jarrones de vidrio. Los que perdían una persona querida, recogían sus lágrimas en largos y pequeños recipientes de esbeltas formas y preciosos colores, llamados lacrimatorios, que colocaban en las tumbas. El vino y la leche que se derramaba sobre los túmulos funerarios, en ceremonias rituales, estaban contenidos en preciosas y artísticas vasijas.

Durante las terribles incursiones de Atila, Italia quedó devastada, sus ciudades maltrechas, rota la cadena de su esplendor por el barbarismo de los invasores crueles. Muchos ciudadanos habíanse refugiado en Venecia, no faltando entre ellos quienes conservaban la experiencia del antiguo arte; y amparados en el poderío de la ciudad adriática, fundaron en ella lo que había de ser con el tiempo el más importante centro productor de vidrierías artísticas de la Edad Media.

El siglo XII marca un nuevo ritmo en el desarrollo de la industria. La famosa Iglesia de San Marcos enriquece sus muros con los maravillosos mosaicos multicolores que todavía causan el estupor de propios y extraños; y la toma de Cons-

Objetos de adorno en vidrio esmaltado, con iridaciones metálicas

tantinopla por los turcos, acontecimiento que destruye las tradiciones de Bizancio, su esplendor y su poderío. Muchos

forma prodigiosa, se mezclan nuevos colores a los ya conocidos, y el modelado del vidrio adquiere prestancia de joya digna de los museos. Las reproducciones se visten de un sensualismo suntuoso. Las flores parecen sacadas de los fondos marinos, y hay frutas de un realismo perfecto, y peces con sus colores naturales, y caracoles de un nácar artificioso y engañoso, y pájaros multicolores y otra multitud de figuras y representaciones de la naturaleza que sirven para decorar

el fausto dorado y pomposo de las viviendas señoriales.

Toda esta gloriosa tradición subsiste hoy en las manufacturas de Venecia. Y aunque los modelos antiguos se siguen reproduciendo con éxito y eficacia decorativa, los maestros del vidrio han hecho algo más que mantener en el tiempo los prestigios de su industria famosa; la han puesto al nivel de los gustos y necesidades contemporáneas. Actualmente puede decirse que las manufacturas de Murano han llegado al límite máximo de posibilidades. Arañas y lámparas, espejos de todas clases y tamaños, preciosas vajillas, vasos y búcaros, peceras y centros decorativos, figuras y floreros, flores y frutas variadas; en síntesis, todo lo que puede servir de utilidad y adorno en el alhajamiento de interiores modernos. La originalidad de estos ejemplares estriba en la suavidad y elegancia de las superficies, coloreadas en tonos claros, lisos y brillantes.

ARTES INDUSTRIALES DE ITALIA LOS VIDRIOS DE VENECIA POR LEONARDO DE ROCHE

artifices griegos huyen hacia Venecia llevando los secretos del vidrio bizantino a la ciudad de las lagunas. En 1270, la abundancia de especialistas vidrieros y su actuación preponderante dentro de la vida comunal, los induce a formar una corporación o sindicato equivalente al de las modernas agrupaciones socialistas de gremios y oficios.

El espíritu supersticioso de la época atribuyó a la industria poderes sobrenaturales y cierto carácter misterioso a los que practicaban en la manufactura. Según estas supersticiones, los vasos y copas de determinados colores afinaban el gusto y acentuaban el aroma del vino, neutralizando los efectos de la embriaguez por arte de magia. También era creencia que las vasijas y recipientes sopladados en determinadas fases de la luna, y en ciertas posiciones con los planetas, se rompían al momento de depositar en ellos bebidas venenosas o adulteradas.

El peligro de los incendios determinó por ordenanza de 1291 que todos los fabricantes de vidrio se trasladaran a Murano, localidad situada en las proximidades de Venecia. El origen de los espejos se remonta a los primeros años del siglo XIV, cuando se empezaron a cubrir las láminas de cristal con una composición rudimentaria de estaño y mercurio. Desde entonces los espejos venecianos figuraron en todas las grandes mansiones europeas y su adquisición constituía un timbre de orgullo para los poseedores. De esta época data el privilegio concedido por los Dux a los artifices vidrieros, consistente en poder entroncar con mujeres de la nobleza y que sus hijos adquirieran automáticamente las prerrogativas de los nobles.

El florecimiento de las vidrierías venecianas llega a un máximo esplendor en la época del Renacimiento. Las formas geométricas de los antiguos ejemplares, se hacen más suntuosas y decorativas. Los artifices encuentran siempre un Mecenas que secunda su genio. Los modelos se multiplican en

LUPE VELEZ

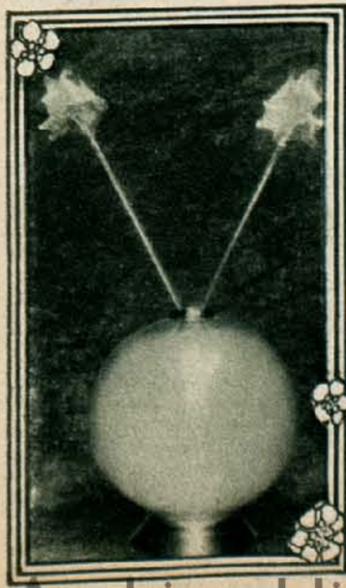
NO hay nada mejor que la Crema Hinds para conservar el cutis blanco, aterciopelado, juvenil. Desde los principios de mi carrera artística he venido usando la Crema Hinds para proteger mi cutis contra los rigores del clima frío de la ciudad de México y para conservarlo blanco bajo los ardientes rayos del sol de tierra caliente. No he encontrado otra crema que supere, ni siquiera que iguale, para ello, a la Crema Hinds.

... Lupe Velez.

Es bien sabido que las inclemencias del tiempo aviejan el cutis despiadadamente. Medio siglo de uso ha comprobado la eficacia de la Crema Hinds para protegerlo contra el aire y el frío, el polvo y el sol, y para conservarlo deliciosamente blanco, fresco y juvenil. Un ensayo bastará para convencerla.



Pídala donde vendan artículos de tocador

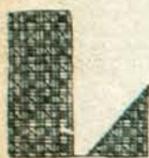


Florero esmerado de un color verde turquesa, con lirios de vidrio trabajado

www.hindscosmetics.com.ar
CREMA HINDS



Rembrandt: "El hombre del casco de oro"



OS museos de Berlín conmemoran este año el centenario de su creación. Con este motivo, se realiza una gran exposición

de obras de Rembrandt en uno de los sitios más hermosos de la capital alemana, la Plaza de París, en el noble y agradable edificio de la Academia Berlinesa de Artes Plásticas.

Se han reunido veinticinco cuadros de Rembrandt, que provienen de las colecciones del Estado prusiano, de algunas galerías particulares berlinesas y del Museo de Pintura de Brunswick. En torno de los cuadros que constituyen el núcleo de la exposición han sido agrupadas las obras gráficas del maestro holandés. Figuran todas las aguafuertes de Rembrandt, por orden cronológico y generalmente en varios ejemplares correspondientes a los diversos "estados". Es muy agradable ver reunidas y reveladas las aguafuertes en esta forma, y se asombra al visitante al ver que el Gabinete de Grabados de Berlín posee un número tan considerable de obras de Rembrandt. Muchas salas de la Academia están, además, llenas de dibujos de Rembrandt, que provienen en parte de la colección Koenigs de Haarlem. Puede afirmarse que en ningún momento y en ninguna parte se han reunido tantos dibujos originales del maestro, lo que bastaría para incitar a un largo viaje a todos sus admiradores. A esto se agrega que algunas de las obras expuestas son de las más hermosas de Rembrandt: por ejemplo, la "Bendición de Jacob", de la Galería de Kassel; el célebre "Retrato de familia", de Brunswick (de la última y mejor época de la vida y de la obra de Rembrandt: una verdadera maravilla pictórica); el espléndido retrato de la amante del maestro, Hendrickje Stoffels, perteneciente al Museo del Emperador Federico en Berlín; el retrato del hermano



Rembrandt: "Retrato de familia"

de Rembrandt, Adriaen van Rijn, con el casco de oro; el paisaje con unas ruinas del Museo de Kassel; la "Visión del profeta Daniel", la "Susana" y la "Mujer de Putifar" (dos de los más hermosos trozos existentes en el Museo de Berlín), etc. También figura en la exposición el doble retrato de los esposos Anso, una de las obras más célebres de Rembrandt. Al conjunto ofrecido en la Academia le faltan algunos trozos pequeños, pero particularmente hermosos, que han quedado en el Museo del Emperador Federico y que pueden verse allí.

Pero sin duda carece de sentido detallar a larga distancia las obras expuestas, y me parece más conveniente aprovechar esta oportunidad para examinar en su conjunto la figura de Rembrandt. Así, pues, no informaré al lector sobre los detalles de la exposición de Berlín, sino sobre la vida y la obra de Rembrandt, que se reflejan tan intensa y completamente en dicho conjunto.

Todos los que han visto retratos pintados por Rembrandt, aunque sea reproducidos, han experimentado una impresión singular. Estos cuadros tienen, en efecto, una "actualidad" particular: una vida casi incomparable, un poder sugestivo extraordinariamente impresionante. Y si buscamos la palabra capaz de expresar esa condición especial, diremos: "Rembrandt nos conmueve tan singularmente porque sentimos que con su arte comienza el modo de ver y la misma vida "moderna".

¿En qué se reconoce parti-

REMBRANDT EN BERLIN POR WILHELM HAUSENSTEIN

(Para LA NACION)

MUNICH, mayo de 1930

cularmente esa modernidad? En la marcada libertad de la factura pictórica, en un modo de pintar que es preciso calificar, recalando la palabra, de factura "pictórica". La pintura rembranesca es audaz, amplia, libre y singularmente difícil. Es—si se evita de dar a la palabra el sentido patológico—una pintura "nerviosa", una pintura producida por la excitación de los "nervios". Más aun, es una pintura "subjetiva", la pintura nacida de la singularidad de una vida sumamente personal. Pero, ¿cómo es esto? ¿No ha pintado acaso siempre la humanidad en esta forma? No. Recuerdese la factura de los pintores de la Edad Media. No es ni muy personal, ni nerviosa, ni pictórica: ha nacido de un espíritu colectivo, del espíritu religioso y manual; ha nacido de la tranquilidad; la pintura medieval no es "abierto" como la de Rembrandt, sino "cerrada".

Las singularidades de la pintura, del dibujo y del grabado rembranescos podrían expresarse igualmente así: esa obra es un producto de la genialidad. ¿Pero cómo? ¿Es el genio un concepto moderno? ¿Podemos confundir sencillamente la "modernidad" de Rembrandt con su "genialidad"? Creo que podemos hacerlo, por lo menos hasta cierto punto. El tipo del maestro medieval, que utilizaremos una vez más como término de comparación, no es un fenómeno de genialidad. Es un fenómeno de serena plenitud que no cuadra con el concepto de la genialidad, con ese concepto apremiante, torturador, excéntrico si se quiere. En realidad, el "genio" es un fenómeno moderno. Si aparece antes que Rembrandt, aparece con Miguel Ángel. Pero es solamente este nombre bajo la pluma. Nos ofrece un nuevo argumento. En efecto, ¿qué es lo

que tienen obviamente en común Miguel Ángel y Rembrandt? La "soledad". Más claramente: la soledad como cualidad e hipoteca de la genialidad. El genio es solitario. Miguel Ángel y Rembrandt eran solitarios.

Con esta comprobación llegamos al terreno de la biografía, que es precisamente tan importante para la comprensión de la figura de Rembrandt.

Lo que constituye el centro de la vida, de la historia, del destino de Rembrandt es la soledad, esa soledad en medio de la cual se desarrollan las particularidades de una persona, su "individualidad", la libertad y la angustia de la personalidad, la valentía y el genial albedrío de la persona y la ominosa línea de su vida. Veámoslo:

Nacido en 1606 (el 15 de julio), hijo de un molinero de Leyde, destinado por su origen a ser un pequeño burgués, hizo primero Rembrandt una tentativa razonada de progresar en la sociedad como un miembro cualquiera de la misma. Estudió en la Universidad de Leyde las "artes liberales", es decir, la literatura clásica, antigua. Luego se dedicó a la pintura. Pronto triunfó como retratista, principalmente después de haber pintado el grupo de los médicos de Amsterdam, rodeando al Dr. Tulp; la célebre "Lección de Anatomía" que se encuentra actualmente en La Haya. Además, Rembrandt, el pequeño burgués, se casó con una joven patricia, Saskia van Uylenburgh, la hija de un burgomaestre y jurista de clásica formación. Rembrandt, convertido en personalidad de la buena sociedad de Amsterdam, retratista oficial y pintor a la moda, parecía tener por delante un destino completamente seguro de gran burgués. En efecto, adquirió una hermosa casa, cubrió de joyas a su esposa. En cierto momento, cuando contaba unos treinta años de edad, o sea en su época de abundancia, figuró Rembrandt como "mercader", título que en la mercantil Holanda sonaba mejor, naturalmente, que el de "pintor"... Y entonces, entonces se produjo el dramático contraste.

En 1642 terminó Rembrandt un importante grupo de retratos, célebre más tarde bajo el título de "La ronda nocturna", en que figuraban los miembros de la Sociedad de Arcabuceros de Amsterdam. Era un conjunto de retratos de distinguidos burgueses, miembros de una sociedad de tiro. Rembrandt estaba dedicado a esa tarea cuando lo asaltó esa fuerza poderosa que hoy se llama "genialidad". Poseído por una fiebre espiritual casi divina, Rem-



Rembrandt: "Sansón"

brandt se abandonó a su fantasía pictórica en la realización del gran cuadro que sus clientes concebían tan sólo como un grupo de retratos sencillos y fieles. La obra fue un gran fracaso, es decir, un fracaso ante la sociedad. Consciente o inconscientemente, fué considerada como una especie de declaración de guerra del genio, de la personalidad independizada, contra las normas sentadas por la sociedad... El mismo año falleció Saskia, la distinguida esposa de Rembrandt. En esta forma se produjo doblemente la liquidación del Rembrandt "social".

Junto con la reputación oficial del maestro, se desvaneció su fortuna. Rembrandt no estaba en condiciones de pagar sus crecientes deudas. En 1656 se produjo la bancarrota; en 1657 se procedió a la venta judicial de todo lo que poseía. Rembrandt fué pobre durante todo el resto de su existencia, que se extinguió el 4 de octubre de 1669.

Pero en medio de la pobreza exterior surgió entonces en toda libertad el genio del pintor, y es un hecho indiscutible que sólo una vez desaparecida su reputación oficial realizó Rembrandt las obras más bellas de su poético genio de pintor. La segunda mitad de su vida, la época solitaria, libremente genial, pictóricamente audaz, completamente sin trabas, es, desde el punto de vista histórico, de la creación artística su época más grande y poderosa. Sólo entonces es Rembrandt absolutamente "el mismo": el Rembrandt que tratamos de definir al principio. Porque así es realmente: sólo en la soledad se desarrolla el genio moderno, mientras que el espíritu artístico de los hombres de la Edad Media se revelaba mejor en la comunidad. En eso difieren Rembrandt, el moderno, y Juan Van Eyck, el medieval.

Una vez pintó Rembrandt, joven aun, a Sansón con su suegro. Con ingenua rudeza alza Sansón la mano sobre el anciano. Podemos descubrir en ese cuadro una alusión autobiográfica. Por más que en la época del enlace de Rembrandt con Saskia había muerto ya el suegro del artista, en el Sansón reconocemos ya los rasgos de un Rembrandt que choca por primera vez con la "sociedad". Y precisamente en este cuadro se advierte el primer golpe de alas que anuncia el vuelo hacia la libertad pictórica del genio.

Esta libertad la ha conquistado totalmente en el retrato de su hermano. Este era un desventurado que servía de modelo al artista. Se siente que el cuadro ha surgido completamente fuera del mundo oficial, en la soledad de dos hombres que habían apenas entre sí. Uno está sentado tristemente, el otro pinta y ambos callan alrededor de ellos reina una melancólica penumbra. De esta penumbra surge el casco de oro con la sonoridad de un poema que brota de la soledad. ¡El casco de oro!... ¡ah!, debe de haber sido en realidad de un metal tan precioso como el del "Yelmo de Mambrino" de la leyenda. ¡Ah!, sólo el genio errante y solitario de un Don Quijote pudo transformarlo en oro.

RIO de JANEIRO

CIUDAD DEL SOL Y DE NATURALEZA MARAVILLOSA,
CON UN INVIERNO DE AGRADABLE PRIMAVERA.

Río de Janeiro ofrece al turista: Una hermosa ciudad moderna, clima incomparable, amplios y lujosos hoteles recientemente construídos, excursiones a sitios de admirable belleza, fiestas sociales, distracciones deportivas y todo cuanto pueda hacer más agradable la permanencia del viajero.

TRES GRANDIOSOS HOTELES PALACE:

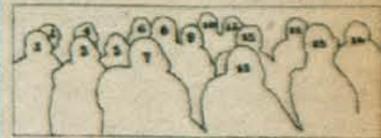
**COPACABANA,
GLORIA y
PALACE**

Para cualquier información relativa a viajes a Río de Janeiro y reserva de alojamiento en los Hoteles Palace, dirigirse a:

Agencia SALVATIERRA
FLORIDA 524-1.º piso
U. T. 31 - 0936 (Retiro) — BUENOS AIRES

FILM SOCIAL

Antes de efectuarse la distribución de los premios a la virtud, las damas de la Sociedad de Beneficencia de la Capital celebraron asamblea para escuchar el informe de la comisión visitadora de los hogares. Dicha reunión fue presidida por doña Elena Napp de Green, con asistencia de las señoras Guillermina Bunge de Moreno y Adelia María Harillaos de Olmos, secretaria y tesorera, respectivamente de la institución, y de los siguientes miembros: 1, Julia Zamorán de Olmedo; 2, Fernanda Quiroga Costa de Magnanini; 3, Sara Sabores de Frederking; 4, Elvira Salvatierra de Padilla; 5, Alicia F. de Elias; 6, Celia Gallo de Gallo; 7, Cora Elina Zemborán de del Carril; 8, María Unzué de Alvear; 9, Rosa Villate de Landívar; 10, Elvira de la Riestra de Láinez; 11, Celina Bustamante de Belaustegui; 12, Ernestina Quesada Pacheco de Guerrero; 13, Adela Lanarica de Lavalle Cobo; 14, Florencia Leizaola de Tomkinson; 15, Micaela Costa Paz de Sánchez Sorando; 16, Sara Unzué de Madero.



La señorita María Fidela Cazón practicando el golf, su "sport" predilecto.



La señorita Elvira Isabel Sojo.



Frente al litigio promovido entre sus nietos, Raúl y Enriqueta Klappenbach Zavalia, apropiado de sus derechos sobre una caja de golosinas, Doña Florencia Lagos Leizaola de Zavalia impone diplomáticamente su oportuno arbitraje.



El enlace de la señorita Lucila D'Alkaine con el señor Lister Hartley, realizado recientemente en Londres, congregó a un grupo de familias de la aristocracia británica y de la colectividad argentina en aquella Capital. Los novios y sus "bridesmaids" entrando en St. Margaret, Westminster, en la que se consagró la boda.

UNA CACERIA EN EL SUDAN



La marquesa del Mérito después de haber muerto una gacela acompañada del duque de Fernán-Núñez.

El marqués y la marquesa del Mérito, el duque y la duquesa de Algeciras, el duque de Fernán-Núñez, el conde de Elba y el capitán George Wood con uno de los elefantes muertos en la expedición.



La marquesa del Mérito y la duquesa de Algeciras con una de las más importantes piezas cobradas en la cacería.



Lola Menzeli, bailarina española.



Uno de los números interesantes del tradicional rodeo que se celebra anualmente en Los Angeles, California.



AL TACTO PARECE COSTOSO!
PERO CUÁN ECONÓMICO ES!!



Solo es preciso tocar el Jabón "LUX" de Tocador para comprender lo fino que es. Contra su mejilla, la pastilla blanca parece más suave que la seda. Es una verdadera perla entre jabones.
Y cuando usted lo emplea su espuma tiene la misma exquisita suavidad. Su cutis sentirá rápidamente esta diferencia. Este es un jabón sumamente suave y de calidad refinada. Y le cuesta tan poco que usted lo puede emplear diariamente sin incurrir en una extravagancia.

50 centavos la pastilla

LUX JABÓN DE TOCADOR

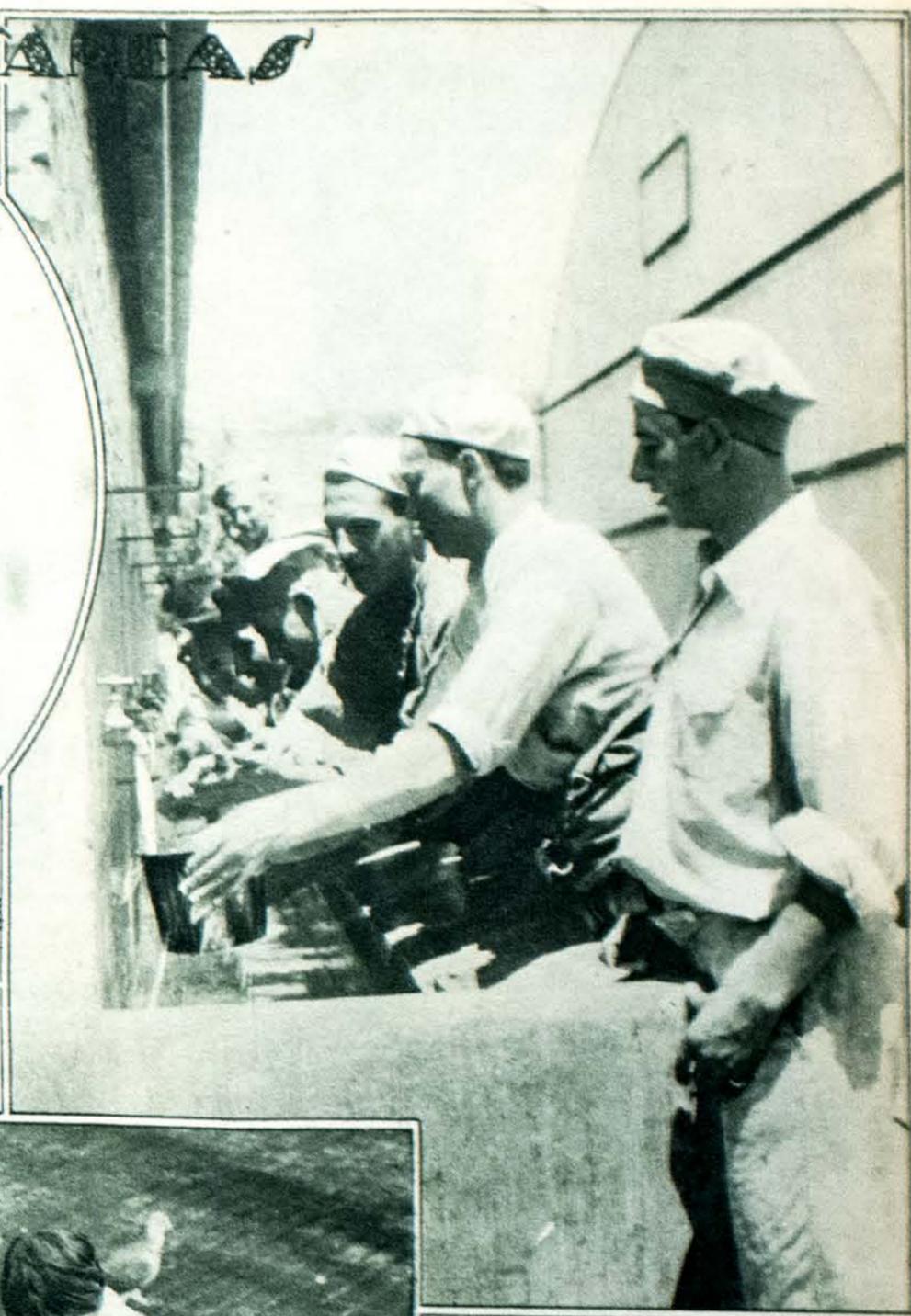
INSTANTANEA



Listo para salir.



Una escena de la conscripción.



En varios paseos porteños la familiaridad de las palomas con los pequeños concurrentes a los mismos nos permite evocar las escenas ya clásicas de la plaza de San Marcos, divulgadas por la fotografía y por el relato de los turistas.



¡Hasta la vuelta!



La tarea del repartidor de periódicos es una labor muy pesada, pero, sin embargo, importante.

La naturaleza y la
fotografía artística



No sale de su asombro el ratoncito Pérez al ver en la puerta de su casa, como un arreador implacable, al monumental sapo-toto.

La "planta cadáver", cuyo nombre suele cambiarse por el de "pipa india", semeja un fantasma en la oscuridad de los bosques.



"Príncipe" y "Sultán" habían oído hablar muy mal de la vida en cautividad y nunca sospecharon que la esclavitud tenía también sus atractivos.



COLORANTE ALSINA
Para las CANAS
 Tonsos perfectos y garantidos.
 Preparación científica.
 Dosificada prácticamente, constituye una garantía sin igual.
 Para evitar falsificaciones, entile la caja cerrada.
 Caja \$ 7.- Interior \$ 7.50
 Aplicaciones y Venta
MAIPO 848
 U. T. 31, Retiro, 0374



Galletitas "Express"

"El triunfo de una bandeja"...

Las "EXPRESS" son tan tentadoras a la vista como deliciosas al paladar. Así se explica que siempre se las vea llegar con verdadero placer.

En la primera oportunidad, en una comida o a la hora del té, etc., haga presentar una bandeja con las "EXPRESS" en sandwiches. El triunfo de esa bandeja, será un triunfo de usted que lo verá, primero, en los ojos de todos sus obsequiados, y luego, en la deliciosa unanimidad con que los paladares sabrán saborear las exquisitas "EXPRESS".



MODOS DE SERVIR LAS "EXPRESS":

En sandwiches: de caviar, fiambres en general, pâté-foie gras, queso o pasta de jamón, de anchoas, etc.

Para el desayuno o el té: solas o con mermelada y dulces en general.

Para el aperitivo: solas o con queso.

En la mesa: con caldo, solas o con queso, entre plato y plato.

Pídalas a su proveedor.

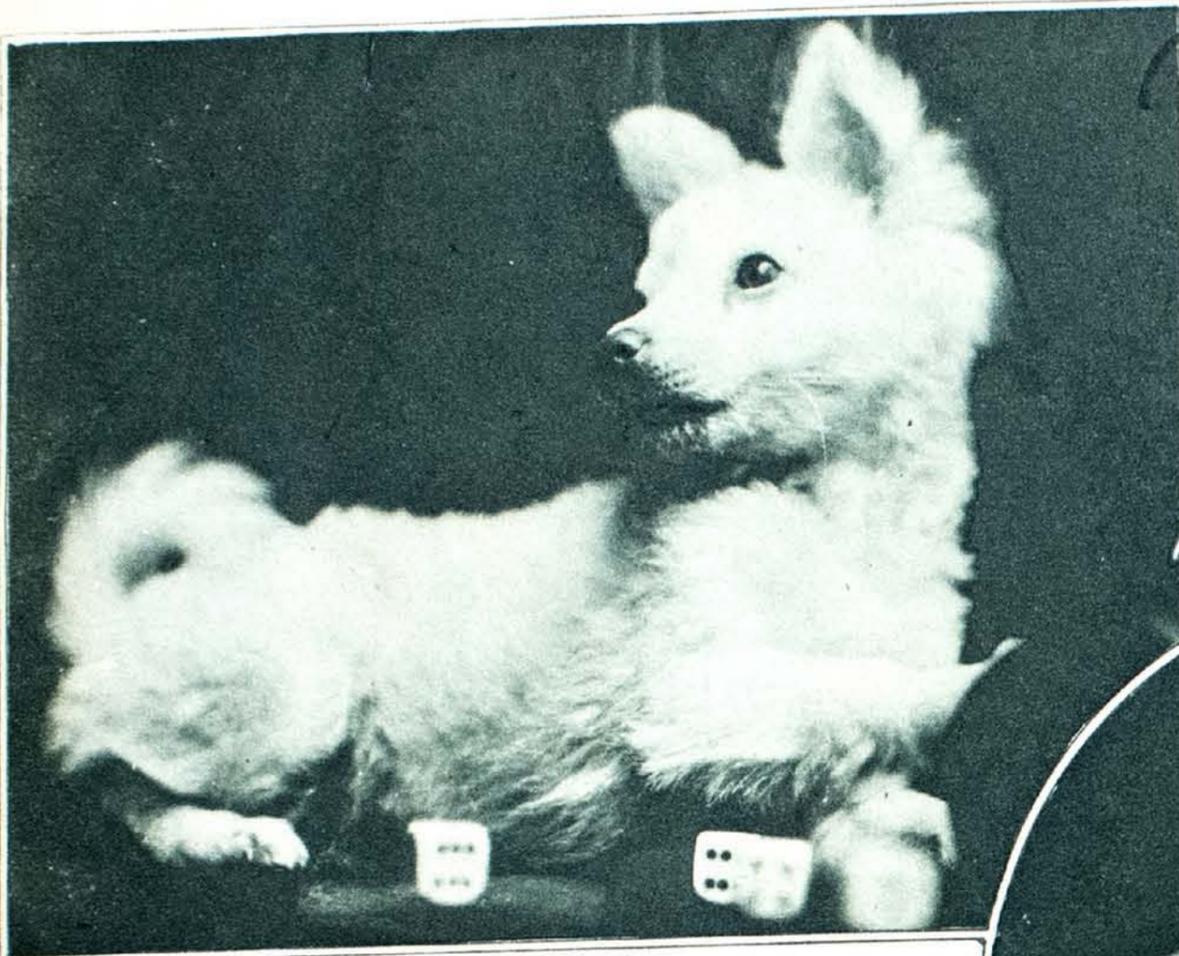
Se venden en todo el país en envases de 1/4, 1 y 2 kilogramos.

No diga: galletitas para sandwiches.

Diga y exija: "EXPRESS" de TERRABUSI que son algo más.

**S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**

Variedades gráficas

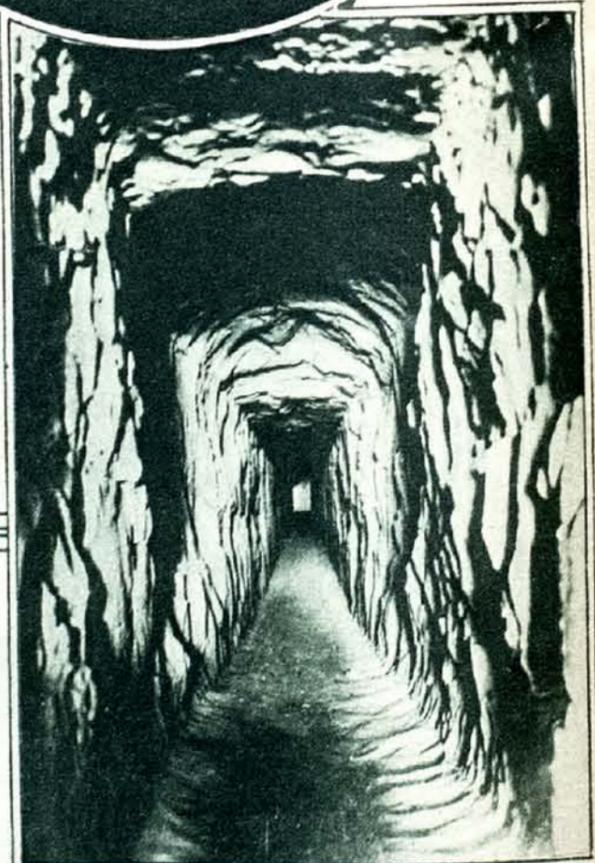


"Chichi" juega a los dados con la habilidad de un maestro consumado.

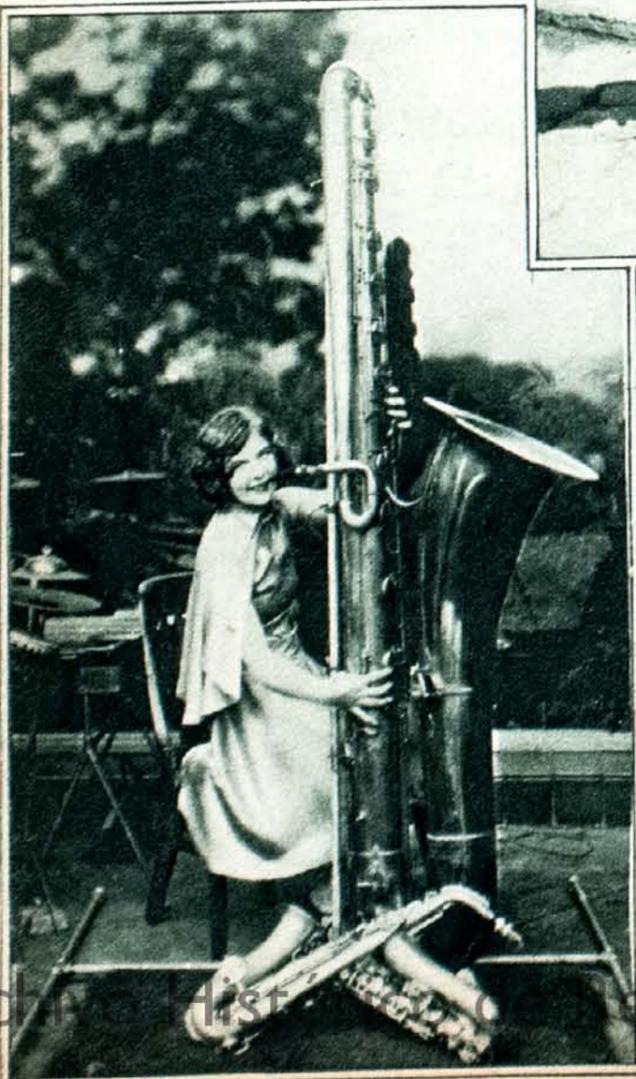


Alfarero de Guatemala llevando en hombros su frágil mercancía.

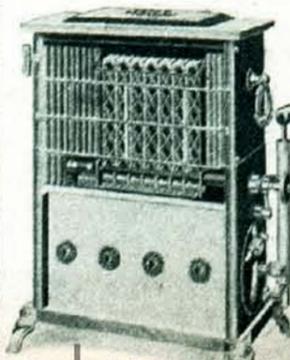
También suele tener momentos de solemnidad al adquirir el aire de importancia que le dan los anteojos.



Galería de acceso al interior de la pirámide egipcia de Meydun, en la que está realizando exploraciones una comisión científica norteamericana.



El saxofón más grande del mundo, que "actúa" en una orquesta de jazz de Oakland, California.



LAS NUEVAS ESTUFAS "KRONDIAMANT"

a base de kerosene o nafta y presión de aire, son las mejores del mundo.

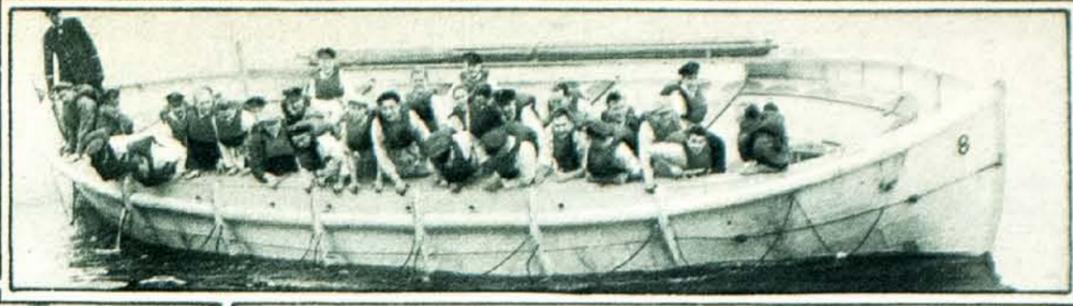
SIN MECHA y por lo tanto absolutamente sin olor, con un consumo muy reducido.

LAS MARAVILLOSAS ESTUFAS "KRONDIAMANT"

son las estufas del futuro. Precio: \$ 85.—

Pida prospectos a su único introductor: JUAN SCHMALLAND Chacabuco 390 Buenos Aires

Las señoritas Amanda y Sara Belloni y María Elena Delfino, de Buenos Aires, a bordo del "Resolute", que efectúa un crucero alrededor del mundo. Las señoritas de Belloni viajan en compañía de sus padres, Dr. Ricardo Belloni y señora, y de su hermano. La señorita Delfino lo hace con sus padres, señor Antonio Delfino y señora, y sus hermanos Antonio y Juan Manuel.



El "Burmester", nuevo bote salvavidas, insubmersible, durante las pruebas oficiales realizadas en Nueva York.



Ud. puede reirse de las dificultades económicas

si sigue este sencillo plan financiero

Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible mientras viva—con las menores dificultades y contratiempos.

Vd. no desea pagar alquiler toda su vida—espera que algún día tendrá su casa propia. Y piensa, por otra parte, que alguna vez se librará del horario de las obligaciones que hoy tiene, pues sería muy triste duraran toda la vida.

Vd. desea llegar a tener un descanso. Y para tenerlo es necesario haberlo ganado. Vd. desea saber que su esposa e hijos tuvieran protección, aunque a Vd. le ocurriera cualquier cosa.

Vd. puede llegar a obtener cada una de estas cosas—tan sólo con seguir este sencillo plan financiero.



Cómo proceder

Este sencillo sistema de inversión más protección, fué hallado por expertos en cuestiones financieras. Es necesario tan sólo el depósito de algunos pesos mensuales—el monto total depende de su edad y las cosas que Vd. desea alcanzar.

En el instante mismo que Vd. hace su pequeño depósito crea de inmediato el capital deseado. Este dinero vuelve a sus manos cuando Vd. llega a los 50, 55, 60 ó 65 años. Si Vd. no alcanzara hasta esta edad, sería entregado a su familia.

Algunas de las muchas cosas que le puede proporcionar este plan son: dinero para enviar a sus hijos a la Universidad, dinero para emergencias, dinero para poder subsistir en caso de incapacitarse, dinero para levantar su hipoteca, una renta asegurada para su familia en el caso de que a Vd. le ocurriera cualquier cosa.

¿No desea Vd. estas cosas? Está en sus manos obtenerlas.

El cupón al pie nos permitirá al mismo tiempo que enviarle un obsequio útil, hacerle llegar un plan adecuado para Vd., sin ningún compromiso de su parte.

Enviándolo, da Vd. el primer paso hacia su verdadera independencia, se protege Vd. y su familia, no obstante lo que pueda ocurrirle—una educación para sus hijos—comodidad y despreocupación en sus últimos años.

Esto no lo obliga a nada. Recorte y llene este cupón en seguida.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

AQUÍ están algunas de las cosas que este plan hará para usted:

- 1—RENTA a los 50, 55, 60 años.
- 2—LEVANTAR su hipoteca.
- 3—ENVIAR a sus hijos a la Universidad.
- 4—FORMAR un capital.
- 5—DISPONER de una renta si quedara incapacitado.

DEJAR un capital a su familia.

Señor Jefe de Consultas:

Envíe este cupón, llenado, por correo, sin ninguna obligación para usted, y recibirá un obsequio útil.

Nombre

Dirección

Ciudad

Provincia

Fecha de pago

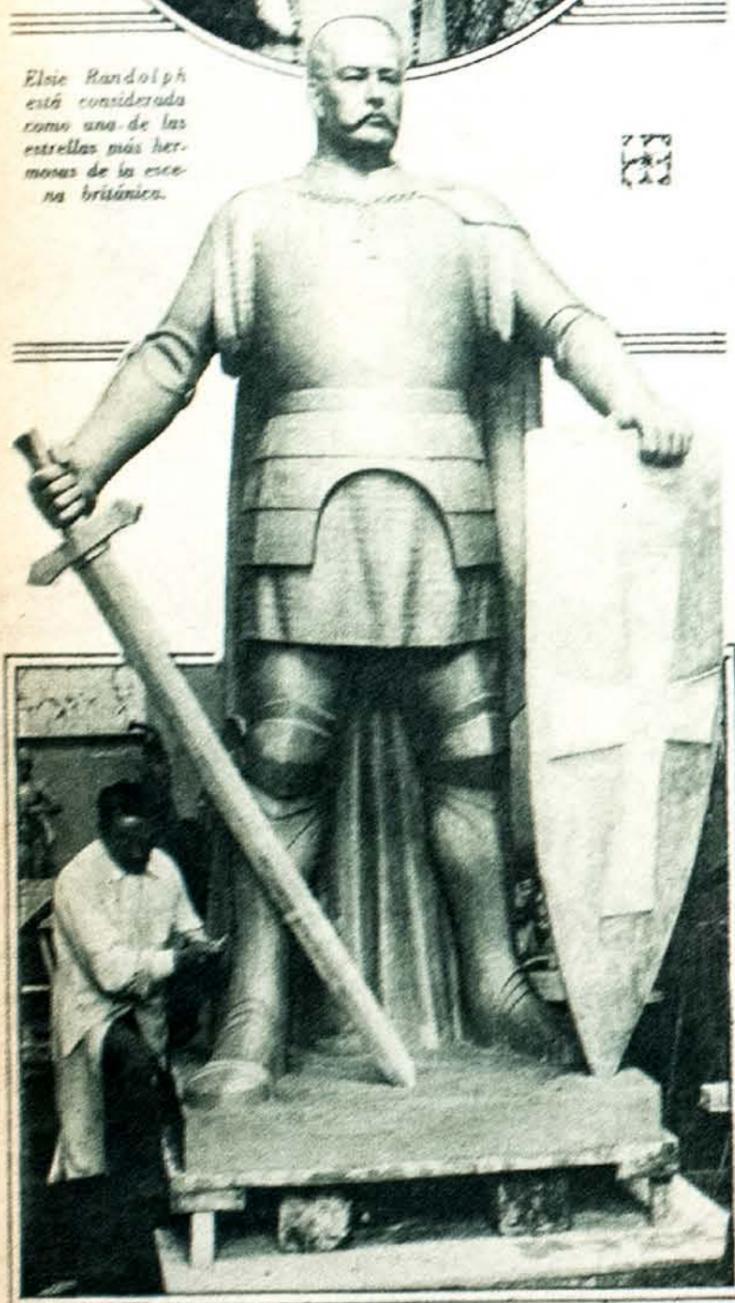
Don lindas japonesitas asistentes a la fiesta de la floración de los cerezos, celebrada todos los años en Beaumont, California, por la colectividad nipona de la región.



El conjunto de baile de Paul Eaton que aparece en la opereta cinematográfica "Liziani", ensayando en las playas del Pacifico.



Elsie Randolph está considerada como una de las estrellas más hermosas de la escena británica.



El profesor V. H. Seifert trabajando en la gigantesca estatua del presidente Hindenburg, que se erigirá en Bad Reinerz, Silesia.

Cuerpo esbelto

— se obtiene por medio de baños

El tratamiento contra la obesidad, por medio del baño, causa sensación.

Los famosos Polvos para Baño "Sarowal" y el tratamiento con ellos, se han convertido en un acontecimiento sensacional. Le brindan a usted el agradable tratamiento para reducir su peso que ya ha probado sus resultados ampliamente satisfactorios en los países europeos.

Médicos alemanes e ingleses se pronunciaron favorablemente.

Antes de que los Polvos para Baño "Sarowal" fueran ofrecidos en venta, centenares de paquetes fueron distribuidos a médicos prominentes. En seguida de que los doctores declararon la eficacia de ese producto y de que era inofensivo, se propagó rápidamente su uso.

Famosas fuentes termales.

Las señoras cuidadosas de su juventud, los hombres que desean conservar su esbeltez, concurren por miles a fuentes termales europeas. Ahora, el baño caliente que usted tome en su hogar puede poseer las mismas cualidades que aquellas fuentes distantes. Los Polvos para Baño "Sarowal" le comunicarán el baño de usted idénticas virtudes. Su uso es muy sencillo. En una bañera de agua caliente disuelve usted el contenido de uno de los paquetitos de polvos contenido en cada caja de "Polvo para Baño Sarowal". Sumérjase usted en el agua caliente y déjese en ella. En seguida se iniciará un proceso físico-fisiológico. Las grasas y los tejidos adiposos se disuelven, siendo expulsados a través de los poros o reabsorbidos por el organismo.

Un kilo o más perderá usted en cada baño.

Tomar usted dos baños "Sarowal" por semana. Péase usted inmediatamente antes y después de cada baño. La balanza le probará que ha perdido uno o dos kilogramos. Con este tratamiento podrá comer lo que guste y no son necesarios ejercicios violentos.

Constituye un saludable baño de belleza.

Los principios cosméticos aplicados en este encantador tratamiento constituyen una legítima fuente de belleza. La transpiración causada ayuda a purgar el organismo de las impurezas tóxicas. Estimula la circulación, tonifica y refuerza la epidermis. Al mismo tiempo que se disuelve la grasa, la superficie de la piel adquiere firmeza y suavidad. Las arrugas, donde las haya, se alisan completamente. El cuerpo adquiere mayor vigor y vitalidad y parece más flexible.

Experimente usted mismo los Baños "Sarowal". Empiece hoy y observe cómo la balanza y la mayor sensación de bienestar físico le probarán los beneficios obtenidos.

Para la papada y los tobillos gruesos.

Para eliminar rápidamente la papada, para conferir formas esculturales a los tobillos gruesos y a los brazos, o reducir las caderas solamente, o disolver el tejido adiposo del vientre, el Instituto Sarowal elabora también la científica "Pomada Reductora Sarowal".



Es esta una crema que penetra rápidamente por la epidermis mediante suaves masajes.

Porque la piel de cualquier impureza. Destruye los tejidos adiposos, obligando su reabsorción por el organismo.

Con ella fácilmente puede usted adelgazar las partes del cuerpo que desee. Una señora rebajó la suya por dos centímetros y medio en diez días. Otra, aplicando la "Pomada Reductora Sarowal" en las caderas, pudo reducir el tamaño de su ropa por cuatro números.

Su eficacia es un hecho comprobado. El uso es fácil y agradable. Desde luego, la "Pomada Sarowal" no afecta el canchales de las bañaderas o la ropa. También pueden usarse en forma combinada.

- "Pomada Reductora" y "Polvos para Baño Sarowal" se venden en las buenas casas:
- | | | | | |
|---------------------|----------------------|----------------------|--------------------------|--------------------------|
| Franco-inglesa | Farmacia Chialvo | Farmacia Nelson | En Mendoza: | Farmacia Santa Ana |
| Sarmiento y Florida | Serm. y Talcahuano | Suipacha, 471 | Cobon y Trastznerwsky | Rivadavia, 3202 |
| Farmacia Scannapico | En Montevideo: | Farmacia Inglesa | Lima, 34 | Casa Argent. Scherr |
| Esmeralda, 599 | Andes, 1338, piso 2º | Av. de Mayo, 900 | Laboratorios Vindobona | Suipacha, 167 |
| Farmacia Del Pueblo | En Rosario: | La Piedad | Florida N° 8, piso 1º | Farmacia González |
| Rivadavia, 729 | J. R. Coll | San. Mitre y Cerrito | Cath & Chaves | Rivadavia y Costeñera |
| Farmacia L'Algon | San Luis, 960 | Farmacia Gibson | Casa Centr. y Suroccales | En La Plata: |
| Callao, 198 | Perfumería Wislowna | Alvino y Delena | Perfumería Oasis | Calle 7 esq. 47 |
| Farmacia Scazzo | Cabildo, 1589 | En Mar del Plata: | Av. San Martín, 1717 | En San Juan: |
| Rivadavia 6912 | | Av. San Martín, 3458 | y Cangallo, 1199 | Casa Zérate, Laprida 619 |

POLVOS PARA BAÑOS Y POMADA REDUCTORA

SAROWAL

"Es un primor ver como esta científica crema alisa las arrugas y aclara la tez"

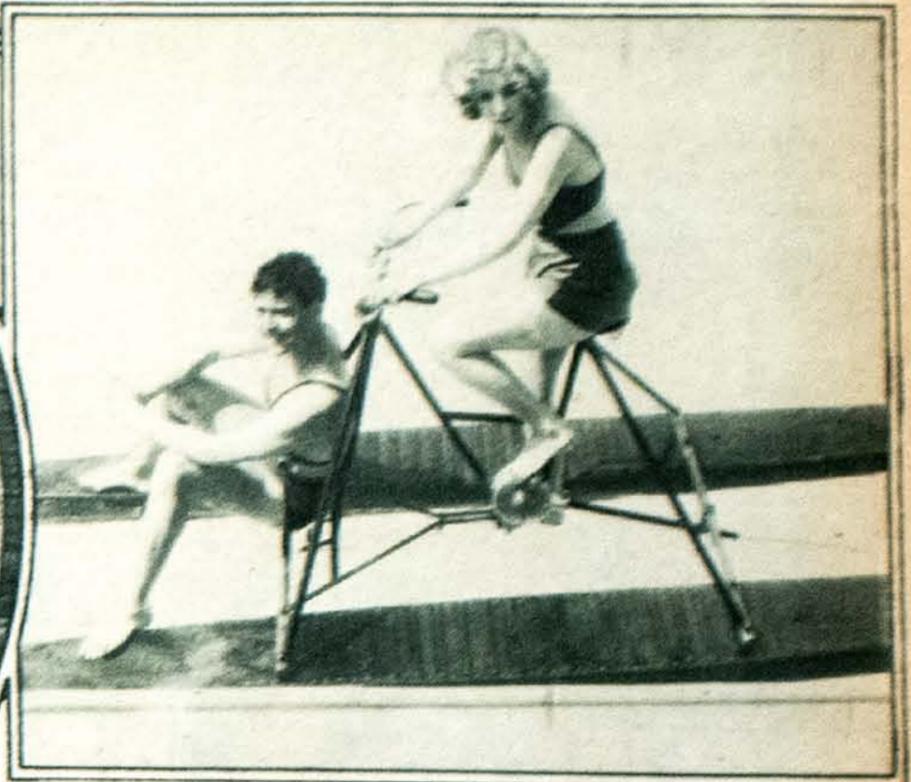
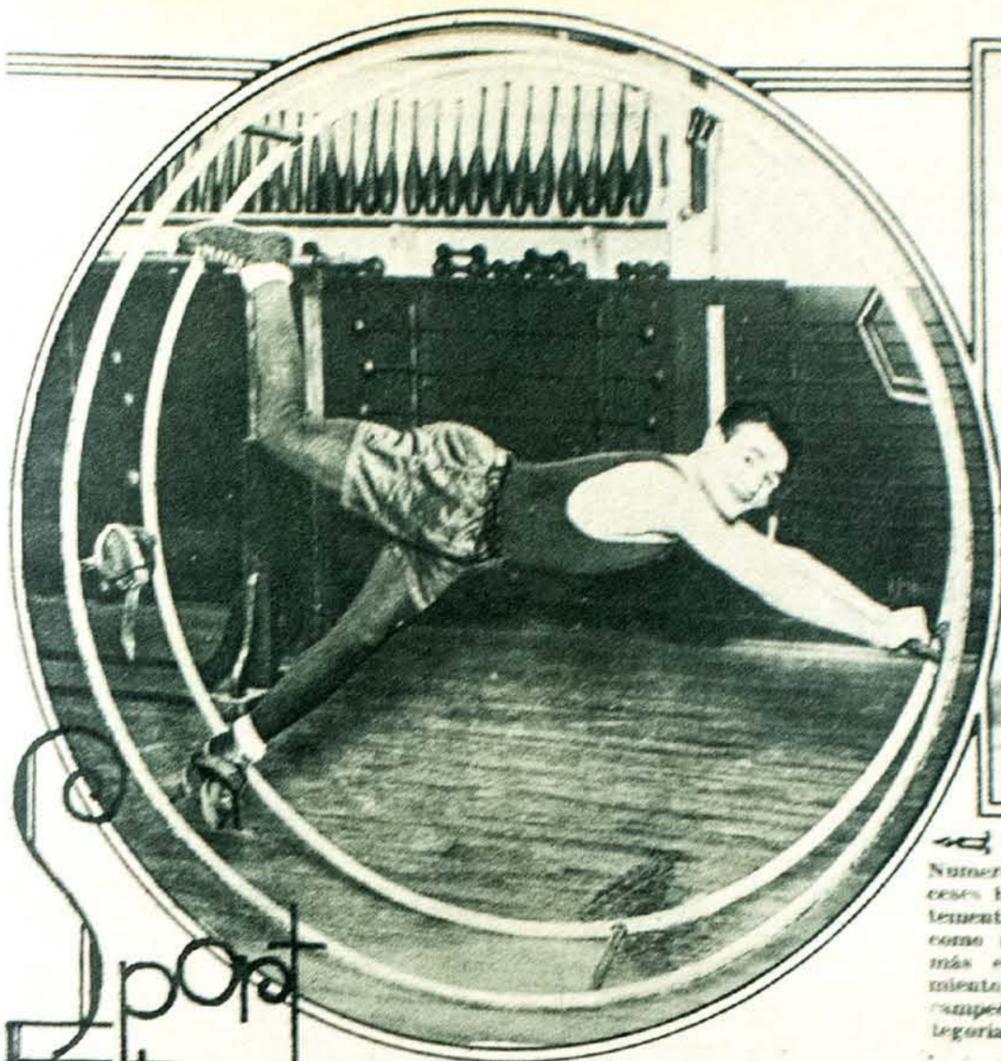
La señorita Paulina Singerman, celebrada actriz de nuestros escenarios, es quien lo dice. Dedicó los tres últimos minutos del día a hacer aplicaciones de Crema de Oriente Vindobona. Nos escribió sobre esas aplicaciones lo siguiente: "... hechas en el rostro, en el cuello, brazos y manos, mejoran considerablemente la piel. Es un primor ver cómo esa científica crema alisa las arrugas y aclara la tez. "Cualquier manchita desaparece en seguida. La piel pronto ostenta una mayor flaccidez y los poros se contraen. Tanto me acostumbré con Crema de Oriente Vindobona, que ya no podría pasarme sin ella."

Paulina Singerman

Crema de Oriente Vindobona no es simplemente una crema más. Sus resultados superan a todo lo que usted pueda haber ensayado, porque es la única crema de tocador que posee propiedades de vaso constructor. Puede formar una piel nueva.

Haga usted penetrar esta crema mediante ligeros masajes. Sus ingredientes evitarán que en las nuevas células se repitan los defectos, las pecas, puñales y manchitas cutáneas. Contrae los poros. Aclara la tez y le confiere frescura y lozanía. Las arrugas se alisan porque tonifica los tejidos. Adquiera un pote hoy. Se vende en las buenas casas del ramo y en la Sucursal Argentina de los





Numerosos sportsmen franceses han adoptado recientemente la "rueda aérea" como uno de los métodos más eficaces de entrenamiento. André Routis, ex campeón mundial de la categoría semipesada, ejercitándose.



Este nuevo modelo de deshidratador sobre el agua ha sido presentado en la última exposición náutica de Los Angeles. En ella aparece la Srta. Kay Miller, que conduce al antiguo campeón irlandés de natación, Harry Fevlin.

Deportes
Xtrano
jerno



Miss Nevada Talheim, alumna de la Universidad de Kansas, Estados Unidos, con uno de los trofeos ganados en el concurso nacional escolar de tiro de rifle realizado recientemente en la Union.

Cómo limpia Colgate las hendiduras donde comienza la Caries

Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "acción superficial" sólo logran penetrar en el sitio donde comienza generalmente la caries.

Este diagrama demuestra cómo la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate con "acción superficial" logra penetrar en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

¡ADVERTENCIA! No se engañe. Ud. creyendo que un dentífrico puede curar piores, acidez bucal o fortalecer las encías; ésta es misión de su dentista. La única función de un dentífrico es limpiar la dentadura. Cualquier otra afirmación es falsa y engañosa, según lo afirman las altas autoridades en odontología.

Porqué la espuma penetrante de Colgate limpia doblemente

COLGATE limpia la dentadura de dos maneras: pulé y esmalta la superficie con un fino polvillo, que es el material empleado por todos los dentistas... Pero muchos otros dentífricos pueden hacer lo mismo. Sólo en un dentífrico como Colgate se consigue, además, una limpieza completa debido a la acción higiénica de su penetrante espuma que invade las diminutas hendiduras e intersticios entre dientes. Esta notable espuma desaloja las partículas que producen las caries de esos lugares tan difíciles de alcanzar con una simple cepillada. De ahí que Colgate dé a usted una protección extraordinaria. Los más eminentes dentistas afirman que cepillarse superficialmente es sólo limpiarse a medias. Para limpiar completamente la dentadura se requiere la doble acción de la penetrante espuma de Colgate.

Colgate se fabrica también en polvo para quienes lo prefieran así. Pida el Polvo Dentífrico Colgate. Colgate Palmolive Peet Ltd., S. A. Ind., B. Aires.



\$1.20

EL TUBO GRANDE EN LA CAPITAL

CREMA DENTIFRICA COLGATE

LA
ELEGANCIA
FEMENINA



LA NUEVA COLECCION DE VIONNET

Por EVA A. TINGEY

MUY interesante, como son siempre los hábiles modelos de Madeleine Vionnet, resulta su nueva colección, que ha exhibido a la prensa y a algunas clientas especiales de la gran casa.

Las líneas del talle caen ligeramente hacia atrás; los cuerpos ablusan; las faldas son en forma y se ven ruedos desiguales para la noche.

Muchos vestidos tienen vuelo adelante y godets tableados en forma de abanico.

Las líneas de cuello son redondas o al bias; algunas con efecto cruzado y la parte superior llega desde el hombro hasta debajo del brazo opuesto.

Una característica de casi todos los vestidos, son largos echarpes enrocados. Caen a un lado y una punta llega casi hasta el ruedo.

Algunos cuerpos tienen efectos de bolero, mientras que otros terminan en una "basque" o volados peplum. Los cinturones son angostos; a menudo en cuero. Las alforzas hechas al bias cruzando el cuerpo se vuelven en el talle, casi perpendiculares sobre las caderas, de donde cae la tela de la falda, en godets flexibles.

Hay muchos respuntes como adorno, e incrustaciones. La línea es muy flexible, aunque no ajustada.

Conjunto de tarde en taffetas azul marino, falda con godets, bolero suelto, blusa en lencería blanca. Conjunto en lana cuadrículada en tonos rojos.

Los tapados en tweed, tweed jersey o paño, son en forma "redingote" o ligeramente con mangas raglan; cuellos chal "drapé" o franjas angostas y chatas en piel o en la tela doblada para afuera en las orillas.

Para la noche se llevan capas largas en terciopelo o satén con dos volados. Otros tapados tienen mangas tres cuartos y cuellos grandes, flexibles, enrocados en terciopelo marrón o azul marino con gran volado en chiffon.

Los trajes estilo sastre tienen sacos cortos con cinturones en cuero, faldas en forma y blusas en crêpe de Chine con borde en tweed. Algunos cuerpos en crêpe de Chine se incrustan en la falda en punta, con el tweed de la falda siguiendo hasta la línea del cuello, donde termina en punta. Otras blusas son tejidas en lana gruesa y se usan sobre la falda, mientras que las de vestir son en satén blanco.

Los vestidos para usar de

Chaleco en piqué a rayas sin mangas. Blusa en crêpe de Chine con el lado derecho plegado y el izquierdo formando echarpe

diario son en jersey fino adornados con alforzas, o en chiffon liso o imprimé, para vestir.

Los vestidos en marocain negro tienen el echarpe de que hablamos en colores vivos. Tiene muchos modelos en georgette beige; la falda plegada consiste en varias franjas horizontales, tres casi siempre, unidas con vainillas bordadas, siendo la franja del ruedo en un tono más obscuro. Sobre éstas se lleva un saco corto con cinturón, sin cuello, cruzado doble, abierto a los lados debajo del cinturón. Este saco es en pana marrón. Un cuello echarpe que envuelve el cuello, abrochado a un lado con una pieza en punta que se pone debajo del cinturón; es en piel chata para usar con el saco de pana.

LAS JOYAS EN LA MODA

CON cada nueva colección de trajes, las casas de la alta costura en París ofrecen nuevas joyas.

Los grandes costureros trabajan de consuno con los grandes joyeros y el resultado es una perfecta unidad de ideas que consiguen efectos artísticos de mucho vuelo.

Esta es una faz de tanta importancia en la moda nueva, que las imprentas que he recogido a vuelo de pájaro en algunas grandes casas, bien valen por su novedad una reproducción inmediata.

Empezaremos por Schiaparelli, que está tan a la moda para todo lo que se refiere a traje de mañana y de sport. Para usar con los trajes de tweed nos ofrece un collar largo con cuentas transparentes; cada cuenta es de un tono distinto y está cortada en forma de secciones de tubo o caño, bastante largas, midiendo más de dos centímetros cada una, y aunque su color es intenso, no es fuerte. He visto también un collar original de cuentas en la misma forma de tubo, de dos centímetros y medio y un centímetro, cada una de diferente color, enhebradas en un alambre fino. Este alambre está doblado entre cada cuenta, dando al collar un efecto de zigzag.

Las pulseras de Schiaparelli son encantadoras; una compuesta de grandes cuadrados de cristal en tres hileras que aumentan en tamaño hasta la hilera superior, tiene la forma de un puño mosquetero y se usa sobre la manga del tapado; otra, para ponerse con vestidos sin mangas, tiene grandes cuadrados de cristal pasados por una cinta en satén rosa, que se ata con un moño.

Redfern tiene collares muy originales hechos con almendras, avellanas, porotos, etc., dorados o teñidos en colores vivos, engarzados en hileras para usar con los trajes tweed en colores mezclados.

Chanel tiene preciosos collares, estilo cordeles enrocados, con cuentas puntiagudas que parecen erizos. También tiene grandes cuentas en cristal, alternadas con turquesas grandes.

Boulanger tiene la misma forma enrocada en cuentas redondas, de un tono verde opaco.

Talbot compone cinturones para sus vestidos en chiffon "imprimé", en forma de brazletes, con cuadrados en cristal; tiene pulseras haciendo juego.

Jenny ha creado para sus modelos negros, guantes largos en piel de Suecia que se atan con presillas en el lado de afuera del brazo; cada cordoncillo termina con un botón de strass.



Tapado en lana beige en Madeleine, adornado con ratondin. Conjunto de noche, vestido en encaje y georgette beige; tapado en pana beige sin cuello con dos zorros en el ruedo

O'Rossen coloca en las solapas de sus trajes estilo sastre, una boutonniere que parece un disco de oro con las iniciales caídas en el metal.

Entre las joyas para los vestidos de noche encontramos "chez" Maggy Rouff, cadenas de precioso efecto, estando cada eslabón recubierto de strass; éstos son bastante grandes y suelen terminar con un pendentif finamente trabajado con strass.

Lelong tiene un collar ajustado para usar con vestidos en tul, compuesto de motivos en strass con una turquesa redonda entre cada motivo.

Hay también cadenas retorcidas como cordel, en brillantes alternados con cuentas grandes, que suelen ser de color zafiro. Un collar muy curioso y de bonito efecto con los vestidos en chiffon o en tul, tiene la forma de dos colmillos chatos con las puntas más largas adelante. El lado izquierdo es ónice negro; el derecho de strass cruza

Blusa en seda chemisier blanca. Blusa en satén blanco con cuello en puntas, formando capa sobre las mangas

adelante sobre el negro. Este fué ideado por Irete Dana, que pone también como hebillas en los cinturones angostos de sus vestidos negros de noche, marfil incrustado con strass.

Worth exhibe encantadoras hebillas de cinturón en strass, y en la parte de atrás de sus escotes, coloca una gran hebilla de strass, con que cierra sus corpiños; también tiene un broche de strass para prender el vestido en la parte del escote, a la combinación para que ésta no se vea. Worth tiene aros largos muy elegantes; consisten en grandes oblongos de jade, tallados muy finamente.

Volviendo a Chanel, encontramos otro collar muy a la moda, que se compone de muchas hileras de cuentas negras minúsculas, sujetas a un lado con tres grandes motivos en turquesa. La turquesa, como ya se verá por la frecuencia con que se menciona, está muy a la moda y hay collares también en esas piedras solamente.

Chanel tiene otro collar que simula flores grandes; las más grandes son adelante y van disminuyendo gradualmente; están formadas con piedras en muchos colores engarzadas en oro a la manera rusa.

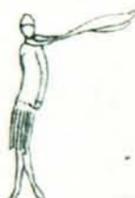
Lenief tiene un vestido en georgette para "debutante", en plissé-abanico, estilo griego, con cinturón inflexible en oro, con pulsera haciendo juego, prendidos ambos con un motivo en oro que ha llamado la atención por su distinguida y sencilla belleza.



Evidentemente **Victorio Campolo** tiene más suerte con los ases en los naipes que en el ring. Véase si no cómo se los ha acaparado en esta especie de poker que juega con **Ghezzi** y **Daval**, en el cual, a lo que se infiere, se usan solamente cuatro cartas



Los abrazos previos en el field como en el ring no tienen nada que ver con lo que pasa después. Por eso el referee **Galli** se sonríe mefistofélicamente al ver la efusión desbordante con que recibe en sus brazos a **Manuel Ferreyra** el capitán del equipo uruguayo. **Lorenzo Fernández**, cuyo comportamiento posterior justificó la sonrisa escéptica del referee



En la cancha del Club del Progreso, en **Ranelagh**, un grupo de competidoras que por la tarde ha de participar en un concurso para socias, se pasea por las inmediaciones del edificio social, ratificando el concepto de que las jornadas del golf son un hermoso pretexto para reuniones sociales a pleno sol



MOSAICO SPORTIVO



LA JUVENTUD DE SUS DIENTES depende de su esmalte.

Esmalte intacto, dentadura joven. El dentífrico de confianza es

Limpis con suavidad de esponja, sin rayar el esmalte.
PERFUMERIA GAL. Madrid-Buenos Aires.

DENS

Tubo \$1.25 m.



Tomás Simari, del Fénix, en su caracterización de uno de los personajes cómicos del sainete "La culpa la tiene el gallego de enfrente"



Berta Singermann y Amelia Senisterra, en una escena del segundo acto de "Nieve", de E. Pizyhyszewski, traducido por Alberto Gerchunoff, que se está representando en el Argentino



Rosario Serrano, del Boedo, en "Tierra baja"



Enrique De Rosas, caracterizado de Juan Manuel de Rosas, en la misma obra

KODAK
TEATRAL



Matilde Rivera, Maruja Gil Quesada, Pilar Gómez, Enrique De Rosas y Carlos Belluci, en una escena del primer acto de "24 horas dictador", obra de Enrique García Velloso que se representa en el Teatro San Martín

MI VIDA

POR

LEON TROTZKI

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

CAPITULO X



El mandato ante la Conferencia del partido provenía de la Unión Siberiana. Nominalmente, la segunda conferencia era, en realidad, la primera asamblea organizadora, pues la primera conferencia, celebrada en 1898 en Minsk, no produjo resultado alguno en punto a organización: el total desastre ruso aniquiló por tiempo considerable la central del partido. La conferencia provocada para el verano de 1903 debía consolidar la victoria del grupo de la "Iskra" y reconstruir la maquinaria central del partido.

En compañía del delegado por Tula, doctor Oulyanov (hermano menor de Lenin), me dirigí a esa conferencia, no desde Ginebra, sino, para dificultar la persecución de mis sabuesos, desde Nyon, la pequeña estación siguiente, donde el tren sólo paraba medio minuto. Como buenos provincianos rusos que éramos, esperamos el convoy del lado opuesto al andén, y al llegar aquél, corrimos a colgarnos de los topes; pero antes de que alcanzáramos el balconcillo de entrada, el tren se puso en movimiento. Viendo a dos pasajeros colgando de los topes, el jefe de estación tocó el silbato de alarma e hizo parar el tren. Y no bien nos metieron en el coche, el guarda nos dijo que era la primera vez en su vida que había visto pasajeros tan estúpidos y que habíamos incurrido en una multa de cincuenta francos por hacer parar un tren. A nuestra vez, nosotros le dimos a entender que no sabíamos palabra de francés, lo cual no era exactamente la verdad, pero sí un recurso para salir del aprieto. Luego de rezongarnos indignado por breves minutos más, el inflexible guarda suizo nos dejó en paz, procediendo así muy cuerdamente, ya que no llevábamos encima los cincuenta francos de la multa. Pero luego, al pedirnos los boletos, hizo algunas observaciones muy poco halagüeñas a nuestros compañero con respecto a los dos viajeros que había sido preciso sacar de los topes. El pobre hombre ignoraba que estábamos en camino para crear el partido.

La conferencia se inició en la Casa del Pueblo, de Bruselas, sobre las bases de la Unión Cooperativa de Trabajadores. Los sótanos, puestos a nuestra disposición, lejos de la curiosidad de los no iniciados, encerraban fardos de algodón y estábamos a merced de los ataques de los innumeros bichos que aguardaban las horas de sesión para prodigarnos sus torturas.

Cosa más grave fué el descubrimiento que en los primeros días de la Conferencia hicieron los delegados, de que eran vigilados. Yo tenía el pasaporte de un búlgaro a quien no conocía personalmente. Durante la segunda semana de la Conferencia, salía de un pequeño restaurante, El Faisán de Oro, a altas horas de la noche, acompañado por la señora Zaslitch, cuando Z., el delegado por Odessa, se cruzó en nuestro camino y, sin mirarnos, nos susurró con voz ronca: "Les siguen; sepárense; el espía seguirá al hombre". Z. era un gran especialista en materia de espías y tenía ojo de línea al respecto. Se alojaba



en el último piso de la casa contigua al Faisán de Oro y su ventana era un puesto de observación.

Inmediatamente me separé de la señora Zaslitch y seguí en línea recta. Llevaba en el bolsillo mi pasaporte búlgaro y cinco francos. El espía, un flamenco larguirucho con nariz de pato, me siguió. Era media noche pasada y la calle estaba absolutamente desierta. De pronto me encaré con él y le dije: "Señor, ¿cómo se llama esta calle?" El polizonte flamenco fué tomado de sorpresa y se paró de espaldas a la pared: "No sé", respondió. Evidentemente, esperaba recibir un tiro. Proseguí directamente, bordeando un bulevar. Un campanario dió la una. Llegado que hube a la esquina de una calleja, doblé inmediatamente por ella y eché a correr desenfadadamente. El flamenco se lanzó en mi seguimiento. Así, los dos extranjeros nos dimos caza mutua por las calles de Bruselas. Yo sentía cerca de mí las zancadas de mi perseguidor. Habiendo doblado por dos veces a la derecha, volví, seguido por mi flamenco, al bulevar. Los dos estábamos cansados y furiosos; pero seguíamos, obstinadamente. En la calle había dos o tres coches; pero de nada habría servido tomar uno, porque el espía habría de seguro tomado el otro. Así es que seguíamos. Al cabo, el bulevar interminable pareció llegar a su término y nos fuimos acercando a los arrabales de la ciudad. Cerca de una pequeña posada nocturna esperaba un coche solitario. "Vamos ¡pronto! A prisa, que tengo apuro". "¿Adónde vamos oí?" Mi perseguidor era todo ojos. Di el nombre de un parque que estaba a cinco minutos de camino de mi casa. "Le costará un dólar". "Vamos". El cochero empuñó las riendas. El polizonte entró en el bar y salió acompañado por el mozo, a quien me mostró.

Media hora después me hallaba en mi cuarto. Al encender la vela, vi una carta en la mesa, dirigida a mí con mi nombre búlgaro, la cual resultó una invitación al Sr. Samokovilev para que compareciera a la mañana siguiente

"...y al llegar el tren corrimos a colgarnos de los topes..."

a las diez, en la comisaría, llevando su pasaporte. Era evidente que la policía me había localizado ya el día anterior y que la cacería de media noche no fué sino un torneo perfectamente inútil.

Aquella noche los demás miembros de la conferencia recibieron una invitación análoga, y a los que se presentaron a la policía se les notificó la orden de salir de Bélgica dentro de las 24 horas. Yo no me presenté, sino que me embarqué directamente para Londres, donde la conferencia debía reanudarse.

Harting, que a la sazón era encargado del servicio policial ruso en el extranjero, informó al departamento ruso de policía que "la policía de Bruselas estaba asombrada ante el influjo considerable de los extranjeros y sospechaba de conspiración anarquista a diez hombres". En realidad, el que "asombraba" a esa policía era el propio Harting, cuyo verdadero nombre era Heckelman, "provocador" y dinamitero, que había sido condenado en contumacia a trabajos forzados por un tribunal francés y que luego ganó el grado de general al servicio de la "Okhrana" (policía política) rusa. Con nombre supuesto fué condecorado por el gobierno francés con la Legión de Honor. A su vez, Harting había sido prevenido por otro "agente provocador", el doctor Zhitomirski, que tomaba parte activa en la organización de la conferencia, desde Berlín; pero estas cosas no se supieron hasta hace pocos años.

En el curso de esta conferencia se manifestaron diferencias fundamentales entre los miembros principales de la "Iskra", quienes se dividieron en "duros" y "blandos". Detrás del escenario de la conferencia se libraba un combate en torno de cada uno de sus miembros. Lenin hacía todos los esfuerzos posibles para ganarme a su lado. El y K. dieron un largo paseo conmigo, en el curso del cual trataron de persuadirme de que la orientación de Martov no me convenía, ya que Martov era un "blando". Su carácter que K.

atribuía al grupo editorial de la "Iskra" resultaba tan poco ceremonioso que arrancaba a Lenin muecas, en tanto que yo me sentía profundamente herido. El resultado de esa larga conversación fué más bien de repulsión que de atracción. Por entonces las divergencias de opinión eran todavía un tanto vagas; cada cual buscaba su camino a tientas en la obscuridad y especulaba con imponderables. Se decidió convocar una conferencia privada de la "Iskra", a fin de llegar a conclusiones claras; pero la elección del presidente de esa reunión era ya materia de dificultades.

"Propongo que se coloque en la cátedra a nuestro Benjamín", dijo Deutsch para zanjar la dificultad. Así me tocó desempeñar la presidencia de la conferencia de la "Iskra", donde por vez primera se manifestó la futura división de bolcheviques y mencheviques. La nerviosidad de todos nosotros llegaba a su colmo. Lenin abandonó la conferencia y salió dando un portazo. Fué la única vez que yo sepa, en que perdió la ecuanimidad y el autodomínio en una crisis interna del partido. La situación se tornó aún más crítica. Las divergencias se manifestaron en la misma conferencia del partido. Lenin hizo una nueva tentativa para atraerme al bando de los "duros", valiéndose del delegado Z. y de Dimitri, su hermano menor, quienes conversaron conmigo en un parque durante varias horas. No querían dejarme marchar. "Tenemos órdenes de llevarnoslo a toda costa", me dijeron; pero, al cabo, me negué definitivamente a ir con ellos, lo cual me alejó de Lenin por varios años.

Al meditar sobre el pasado a la luz de los acontecimientos posteriores, no deploro la ruptura. Yo fui hacia Lenin más tarde que otros; pero fui por mi propio camino, experimentando en mí mismo y pensando la revolución, la contrarrevolución y la guerra imperialista. Llegué así a él con más firmeza y seriedad que aquellos "discípulos" suyos que en vida del maestro repitieron siempre, no siempre a propósito, las palabras y los gestos de

LA CONFERENCIA
DEL PARTIDO Y
LA DISGREGACION

aquél, y que una vez muerto se erigieron en irremediables "epígonos".

Pero ¿por qué me plegué en la conferencia a los "blandos"? De los miembros del comité editorial de la "Iskra" estaba en las mejores relaciones con Martov, Zaslitch y Axelrod, quienes ejercieron influencia sobre mí, sin duda alguna. Antes de la conferencia hubo en las reuniones del referido comité vagas divergencias, pero no discusiones formales. Prueba de ello son, no solamente mi testimonio, sino también multitud de documentos escritos de aquellos días. Lenin fué el primero en proponer que se me incorporase como séptimo miembro de aquel comité en momentos en que otros no se atrevían a pensar en tal cosa. Apenas contaba yo veintitrés años y me sentía políticamente un provinciano, y sobre todo estaba deseoso de aprender. La oficina editorial era a mis ojos una entidad de gran importancia. Cada número del periódico suponía para mí un acontecimiento. Estaba enamorado de él, de ese órgano en donde el análisis marxista se mezclaba al verdadero fervor revolucionario. El pensamiento de discusiones en el comité editorial me parecía sacrilego. Estas no eran consideraciones políticas, pero, con todo, se hacían muy reales.

Había también razones más profundas para mi disenso de entonces con Lenin (1903). Una de ellas se refería a los estatutos de la organización. Yo me consideraba centralista; pero es indudable que a la sazón no tenía idea clara de la intensidad y agudeza de la centralización que requeriría el partido revolucionario para llevar a millones de hombres a luchar contra la sociedad existente. He referido ya que mi primera juventud transcurrió en la atmósfera crepuscular de la reacción, que en Odessa había durado cinco años demasiado largos. La de Lenin se remontaba a los días de la "Voluntad Popular". Los menores que yo en pocos años se criaron en el ambiente de un nuevo movimiento político progresista. En los días de la conferencia de Londres de 1903, la revolución se me presentaba mayormente a la luz de una abstracción teórica. El centralismo de Lenin no tenía aún, según lo que se me alcanzaba, el fundamento de una idea revolucionaria clara e independientemente concebida.

En la conferencia, Lenin triunfó sobre Plekhanov; pero este triunfo resultó imprudente. En cambio, perdió a Martov, y para siempre. En esta segunda conferencia, al parecer, Plekhanov tuvo una intuición, pues dijo a Axelrod refiriéndose a Lenin: "De esta tela se hacen los Robespierres". Plekhanov estaba ya en los comienzos de su decadencia. Sólo una vez me cupo verle y

(Continúa en la pág. 86)

VESTIDOS A \$ 0.80

lo mismo de seda que de lana, etc., usted puede obtener un vestido nuevo por \$ 0.80, teniendo con SUNSET.

Este valioso colorante no sólo da el más hermoso color de moda, sino también la apariencia de nuevo. Es el único que lava y tinte a la vez.

Tañer con SUNSET es muy fácil, seguro y agradable.



El poeta de "Agua del tiempo"

FERNAN SILVA VALDES es, sin duda alguna, el más definido de los cultores del nativismo. El

mejor perfilado. En la columna de poetas que cultivan el género, el autor de "Agua del Tiempo" es una voz de tonos propios. Su cuerda es personal.

Para justipreciar los contornos de su posición literaria ha de juzgarse su obra atendiendo al propósito que la inspira, al medio que la circunda y a la época en que se desarrolla. Frente a estos tres elementos de juicio, la silueta de quien ha dado un ritmo preciso a la poesía nativista rioplatense logra adquirir líneas definidas, rasgos inconfundibles.

Fernán Silva Valdés tiene mucho de gaucho. Lo une a la tradición no sólo el recuerdo de sus antepasados, sino un acentuado respeto por el patrimonio histórico de la raza. Pero más vinculado aun se encuentra con el porvenir. Lo saluda en sus versos. Le canta jubilosamente. Lo anuncia a las multitudes absortas y confusas. Es un gaucho en quien la realidad ha dictado un poema jocundo de energía y dinamismo.

En torno a la modalidad amodorrada y somnolienta del ambiente, su voz es la de la hormiga hacendosa y fecunda. Mientras las cigarras del nacionalismo y del criollismo cierran sus ojos a la realidad social, Silva Valdés las despierta con sus cantos de fe y sus himnos de alegría frente a las alusiones de inmigrantes, espigas rubias, que vienen a mezclarse en los moldes nativos para construir el tipo de una raza nueva.

Fisonomía del gaucho

Silva Valdés vive alejado de la ciudad, en un retirado barrio de Montevideo. De tarde en tarde se asoma al bazar Cantú. Allí lo encontramos. Nos habían anunciado su desaliño, su abandono gaucho por la barba y el cabello y nos saluda un rostro rasurado, muniendo de un recortado bigote.

Mientras vamos en busca de un refugio grato, propicio a una plática cordial, Silva Valdés inicia el desfile de sus paisajes verbales. El poeta se prodiga elocuentemente. Habla con prodigalidad de gran señor del verbo. En su boca, una boca ancha, grande, las palabras hacen cabriolas, saltan, brincan y juegan con atrayentes imágenes.

—¿Es su refugio obligado el bazar Cantú?

—En cierto modo, sí. En los días del bazar tengo una

UN GAUCHO PERDIDO EN LA CIUDAD FERNAN SILVA VALDES

pequeña peña. Solemos reunirnos un grupo de amigos de las más variadas especialidades aun cuando afines en las inquietudes del espíritu. Allí Martínez Cuitiño puso fin al segundo acto de "Café con leche". Frugoni suele venir de tarde en tarde, cuando logra escapar del asedio de sus preocupaciones políticas y parlamentarias. También llega el doctor Mérola, un estudioso hombre de ciencia, con el cual suelo enfrascarme en arduas polémicas de carácter científico.

—¿Domina usted la materia?

—¿Qué esperanza! ¡Pero si viera con cuánto entusiasmo discutimos acerca del método más moderno para efectuar una trepanación craneana!

Un deseo frustrado

—Yo hubiera querido ser un gaucho y no un hombre de la ciudad—nos dice Silva Valdés, mientras se le nubla la vista ante un panorama de su infancia quebrado en la adolescencia—. Tengo en mis venas, prosigue, sangre criolla.

—¿Legítima?

—Pura. Soy autóctono puro. En mi tronco familiar se cruzan y enlazan españoles y portugueses. Mis abuelos, de una y otra rama, fueron criollos y gauchos. Antuña, mi bisabuelo, fué cabildante de Montevideo en 1822. Valdés, mi abuelo materno, guerrillero de Oribe. Silva, mi otro abuelo, actuó en Sarandí. ¿Se requiere, acaso, mayor patrimonio de heredad nativa?

—¿Están distante de su memoria los recuerdos de su infancia?

—Frescos y renovados, los tengo siempre cerca de mi emoción. A los nueve años ya recitaba un trozo del "Fausto". "Martín Fierro" y el "Fausto" fueron los primeros libros que leí. Los llevaba en el recado o en el cinto si es que montaba en pelo. A los catorce años escribía versos. Versos o lo que fueran. En alguna forma hay que llamarlos. Luego, ya hombre, concurría a las estancias atraído por el espectáculo de los trabajos de campo. Allí me sentía, por influjo atávico, en mi medio. Las tareas campearas, yerra, doma, parar rodeo, separar hacienda, me entusiasmaron. Todo aquello me llenaba de una extraña alegría; me infundía admiración, me atraía. Le repito que hubiera deseado ser un gaucho auténtico y no un hombre de la ciudad. Se ha malogrado mi anhelo más íntimo.

Hombre de la ciudad y poeta

—Hablemos de su poesía, Silva Valdés; de sus libros, de su arte nativo.

—¿Cese el fuego! Levantaré sus acusaciones... Malos mis dos primeros libros. "Anforas de barro" y "Humo de incienso" están repletos de vicios que atentan contra su existencia.

—Lo confieso y lo reconozco a fuer de padre a quien no llega

el cariño de sus hijos. Son libros de discípulo. En ellos se refleja el espíritu de la época. La influencia de los parnasianos se perfila desde el título al colofón. Asómese usted a ellos y verá desfilar la figura de Darío, Lugones y Herrera y Reissig a la par de Banville, Baudelaire y Poe. "Humo de incienso", especialmente, es un libro dandy, elegante, exquisito y, en cierto modo, audaz frente a las normas establecidas. Después de esto sucedió un largo silencio, un paréntesis

mura, la presencia de un poeta, de voz clara y recia, que efectuara el desagravio lírico exigido por las cosas humanas que escoltaban a la diaria naturaleza. No podía pasar inadvertido para la lira de un poeta noble el pasado robusto en sugerencias y el porvenir henchido de esperanzas.

Un día, una calle de Montevideo escuchó un diálogo preciso entre un hombre alto, rubio, de planta gallarda, al que le saliera al paso un joven de mirada inquieta, avizora de horizontes.

—¿Es usted Alberto Zum Felde?

—El mismo.

—Yo soy Fernán Silva Val-



Retrato de dama

Faz de añiadas curvas y agraciado respingo, y boca buena, y reposada contemplación, que un fuego apasionado enciende como lámpara sagrada.

A tu gran palidez lo negro ha dado pavor de intensa dicha no alcanzada. Negros son pelo y ojos que han dejado mi leve adoración como hechizada.

Pero esa luz de lámpara de un voto que aunque habla tanto de su altar remoto da a tu mirada tan potente vida...

Luz que bendice y que también implora, maravillada y maravilladora, ¡la enciende en tu alma una secreta herida!

Edmundo Montagne

Dibujo de Héctor Basaldúa

sis afiebrado, un buscarse afanoso, un buceo interior. Un anhelo de descubrir la veta propia, el ritmo personal. En esta inquietud me sorprenden los años que van de 1919 a 1921.

La respuesta de un llamado

Corrían horas de fuegos artificiales para las letras. Los resabios de faunos, princesas, garzas, cisnes y marquesas llenaban la inspiración poética de los aedas del Plata. Fué entonces que Alberto Zum Felde arremetiera en su crítica a fondo contra la modalidad enfermiza de la época. Señalaba el mal endémico y reclamaba, con pre-

dés, el poeta nativista que usted reclama.

La obra realizada afianza la veracidad del augurio. Fué, en verdad, un anuncio certero y feliz.

Nativismo y criollismo

—Así surgió—continúa diciéndonos Silva Valdés—"Agua del Tiempo". Los 30 años empalmaron con los 20 y el campo apareció de nuevo. Un campo entrevisto con una nueva sensibilidad, una nueva cultura, una técnica distinta, traducido todo a grandes imágenes.

Luego llegaron los "Poemas Nativos". En ellos se dilatan los recursos creadores y se acentúan los conceptos de su género.

Cuando apuntamos algunas observaciones acerca de la confusión generalizada de arte nativo y arte criollo, Silva Valdés nos expresa:

—Hay que elevar el concepto usual del nativismo. Hay que distinguir lo nativo de lo criollo o, lo que es mejor, el nativismo del criollismo. Los criollistas están cerrando los ojos al porvenir, le han vuelto grupas, están de espaldas, incapaces de avalorar el inmenso caudal que nos reportan los barcos cargados de inmigrantes, que al llegarse y mezclarse con nuestros núcleos criollos, nos están ayudando a construir la patria de nuevo. El criollo ha despreciado siempre al gringo desdiciendo la civilización que éste nos trae. De aquí que el viejo Pancho, intérprete del criollismo, proteste por el avance de las corrientes inmigratorias.

—¿Qué es para usted entonces el nativismo?

—Si me escucha, se lo diré con una poesía mía.

Y Silva Valdés nos recita:

AMERICA

América no es sólo un poncho
[de colores
ni un indio, ni un cacharro
ni un gaucho, ni un rodeo.

La América presente, la América futura
[rica futura
es todo eso, cierto, pero eso es
[la mitad:
la otra mitad es el gringo.

El gringo: palabra chica que encierra un hecho enorme.
América: taller donde se está
[plasmando
con modelos indígenas, y criollos
[los y gringos
la nueva flor racial para el pe-
[cho del mundo.

—¿Y acerca del arte tiene usted algún concepto determinante?

—Por supuesto, y he de decirlo sin el espacio de las fórmulas. Soy enemigo del arte por el arte. Reclamo al arte junto a la vida. Hay que sentirlo y vivirlo y amarlo en las inquietudes cotidianas.

—¿Qué nos dirán sus obras futuras?

—Mi verbo nativo con mayor unción. Preparo "Poemas de la intemperie", en donde canto a los gringos, al criollo y al inmigrante que se amalgaman para la futura obra social: hombres rubios, fuertes extranjeros, espigas de trigo, trilladoras... La raza de América en el cuadro del porvenir.

Silva Valdés nos ha prodigado una larga charla salpicada de color y amenidad. El gaucho que encierra, enfermo del límite estrecho de la ciudad, se ha volcado, a rienda suelta, en la abierta expansión de una tarde pampeana.

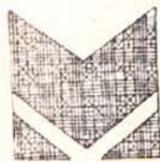
Vamos caminando al azar. De pronto, el mojón de una calle nos separa. Nos tiende la mano y se aleja. Lo vemos marcharse, lento el paso, ligeramente inclinado de espaldas.

El gaucho vuelve a su rancho; la guitarra bajo el brazo.

"MASCARA BLANCA"

Por
EDGAR WALLACE

CAPITULO XV



MASON encontró el conmutador general y encendió todas las luces de la casa del Dr. Marford. Bray, que observaba las

huellas del patio, regresó a informar del resultado de sus investigaciones.

—Hay sangre a raudales—dijo—. ¡Vean eso!—Señaló una mancha negruzca y desigual cerca de la puerta—. Se lo llevaron por ahí.

—¿No puede haberse llevado por otro lado?—inquirió Mason.

Las puertas del patio que daba al pasaje estaban abiertas de par en par, y lo mismo sucedía con las del vacío "garage". El taxímetro de Gregorio Wick había desaparecido.

Cuando salieron a la calle abierta, oyeron el sordo y fugitivo ruido del vehículo, que se alejaba, veloz, hacia el Oeste.

—Se lo han llevado en el automóvil—expresó Bray con incoherencia—. Los secuestradores deben haber sido dos o tres...

—¿Por qué no cuatro o cinco?...—refunfuñó Mason—. ¿O seis o siete?

—Quiero decir únicamente—explicó el pobre inspector—que un hombre solo no pudo imponerse al médico y arrastrarlo. Yo hubiera procedido mejor solicitando auxilio.

Tenía ya casi en la boca el silbato policial y Mason se lo quitó bruscamente de la mano.

—¿Y qué ocurría con el teléfono?—preguntó atropelladamente el inspector general—. Necesito saber quién está despierto en este barrio, ¡y no admitiré cualquier disculpa para su insomnio! Ponga en movimiento a todos los hombres de que pueda disponer. A las reservas las dejaremos en paz por ahora.

Se fué Bray y el inspector general inició una rápida investigación por el patio. Se detuvo junto a un hoyo rodeado por un cerco bajo. Encendió un fósforo, sacó de un bolsillo su lámpara eléctrica y proyectó sus rayos sobre el agujero. A mucha distancia de la superficie vio relucir el agua. Un pozo. ¿Sería muy profundo? Se divisaba también allá en el fondo, algo que semejaba una bolsa.

Y en esos instantes escuchó una voz a su espalda:

—¿Halló usted el pozo?

Miró a su alrededor. Era Elk, con su tipo de ánima en pena, con una mano cubierta de vendas blancas.

—¿Sabía usted que aquí existía un pozo?

—Sí; el gúinche está encima de su cabeza, empotrado en el muro.

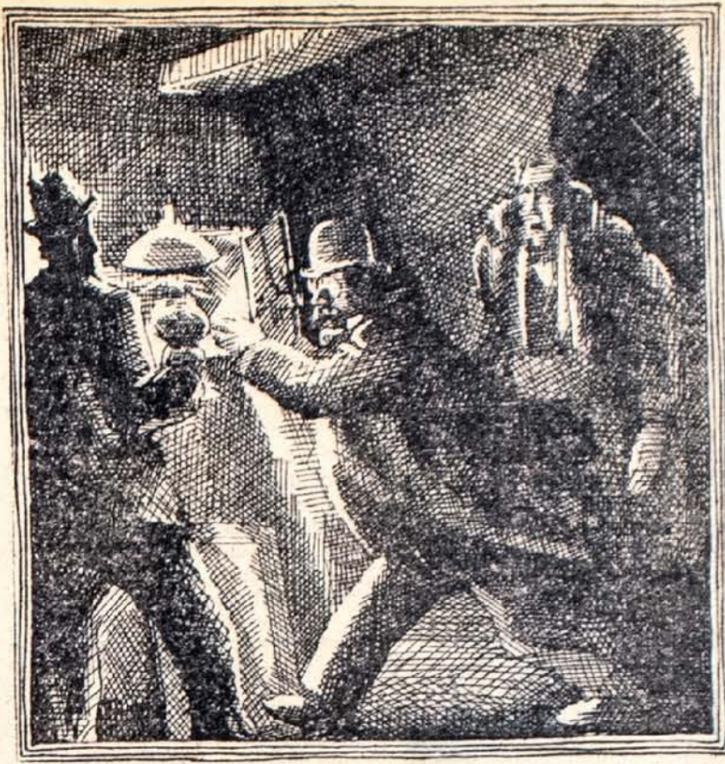
Mason miró hacia arriba y advirtió un garfio de hierro.

—¿Hay algo ahí abajo?—interrogó Elk, atisbando con curiosidad—. El coche de Gregorio ha desaparecido, por supuesto. Me imaginé que pasaba algo raro por estos lugares y me aproximé a dar una vuelta.

Los dos hombres se encaminaron al "garage" vacío y se entregaron a la tarea de registrar. No había nada digno de atención, excepto unas herramientas, una llanta suplementaria y una docena de latas de petróleo.

Tornaron a encontrar las huellas de sangre en el "garage". Mason contempló las manchas repugnantes y movió escéptico, la cabeza.

—No entiendo ni jota...—dijo, desesperado.



—Mi entendimiento está consagrado por entero a trabajar por el bien de la humanidad—manifestó Elk—. ¿No lo hago acaso al procurar identificar a "Máscara Blanca"? Y si ha secuestrado al doctor, ¿qué audacia la de ese sujeto!

Oyeron los pasos de Michael y se dieron vuelta.

—¡Bueno!, ¿va usted a interrogar a Gregorio?—preguntó el recién venido.

—¿Gregorio?... Presumo que se habrá ido con su automóvil.

—Averigüémoslo—propuso Michael.

La puerta que conducía al Gallows Court estaba trabada por una cerradura de muelle y no costó dificultad franquearla. Elk examinó la puerta minuciosamente y lanzó un gruñido.

Se adentraron en el pasaje y se detuvieron en el umbral del No. 9. Todavía roncaba allí el individuo; aun conservaba en las rodillas el jarro.

Mason golpeó con fuerza en la puerta, pero no obtuvo contestación. Dejó pasar un rato y golpeó de nuevo; tampoco le contestaron.

—Debe haberse ido—habló.

Michael contradijo con un rotundo movimiento de cabeza la opinión del inspector general.

—¿Cómo pudo salir si ese hombre echado frente a la puerta le obstruía el paso? Lo habrá movido, en ese caso.

Se despertaba el dormiente; al ponerse en pie, refunfuñando, rodó estrepitosamente al suelo el jarro de hoja de lata que sostenía en sus rodillas. Bray lo reconoció: era un bebedor famoso en el barrio. Explicó el tipo que se encontraba en aquel lugar desde... No recordaba con fijeza la hora, aunque creía que se había tirado a dormir media hora después de cerradas las tabernas. No tenía memoria de que hubiese pasado nadie, entrando o saliendo.

Mason golpeó nuevamente en la puerta.

Gallows Court recobrava su vida en la calma matinal: poblado de sombras que brotaban de las paredes penumbrosas, cosas silenciosas que se limitaban a mirar y no daban indicios de su humanidad. Noctámbulos curiosos, que deseaban ver a alguien, enterarse de algún suceso. De haber charlado entre ellos, Michael se habría enterado de su presencia, pero permanecían terriblemente silenciosos, avanzando más y más.

De pronto se abrió, rechinante, la ventana superior del número 9.

—¿Quién llama?

Era la voz estridente de Gregorio Wick, inconfundible.

—Necesito verle, Gregorio.

—¿Quién habla?

—El inspector general, Mason.

—No se acuerda usted de mí?

El anciano reflexionó.

—No conozco a ningún inspector general Mason. Hace

unos cuantos años, andaba por ahí un fulano llamado sargento Mason.

—Hace algunos años ya, Gregorio—dijo Mason, con una risa ahogada—. Yo soy ese sargento Mason. Baje y permítanos entrar.

—¿Qué quiere usted?—preguntó, cauteloso, el anciano.

—Quiero conversar con usted.

Gregorio vaciló; pero, tras un instante de incertidumbre, cerró la ventana y Mason le oyó arrastrar los pies al descender las escaleras. La puerta se abrió ruidosamente.

—Entren a mi habitación—expresó el antiguo cochero.

No había luz en la casa, ni siquiera en el pequeño gabinete de recibo, y fué muy útil la que traía la policía.

—Entren y siéntense. Aquí hay una silla, sargento... inspector general, ¿eh? ¿Pasa el tiempo, eh?

—¿No tiene usted una lámpara?

La pregunta pareció embarazar al anciano.

—¿Lámpara? Bueno, sí; tengo una lámpara en algún rincón. En la cocina, señor, la encontrará. Ustedes son tres, ¿no? Mis ojos ya no se portan tan bien como antes, pero he creído distinguir tres pares de pies subiendo, a mis espaldas, los escalones.

Michael bajó las escaleras y halló la lámpara, medio llena de petróleo. La encendió, fijó la chimenea de cristal y la condujo con cuidado hasta el cuarto en que conversaban los tres hombres. Y en seguida, ante la sorpresa de Mason, dijo:

—No pude encontrar su lámpara en ningún lado, Mr. Wicks.

Decía esto teniendo en sus manos la lámpara, de luz brillante, fuerte. El anciano sonrió.

—¿Cómo llama usted, entonces, a eso que ha traído aquí?

—habló—. Póngalo encima de la mesa, joven, y no se tome libertades conmigo.

La mueca de pesar que se reflejó en el rostro de Michael alegró, sin saber por qué, al inspector general.

—¡Bueno! Ahora, siéntense todos. ¿Qué querían saber?

—¿Ha estado usted fuera de casa esta noche, Gregorio?

—preguntó Mason.

Gregorio se llevó la diestra a la enmarañada barba.

—Un ratito—dijo con cautela—. Yo siempre enfilo hacia el West End. ¿Por qué?

—Además de usted, ¿no conduce nadie su coche?

—Lo alquilo desde hace algún tiempo—expresó Gregorio.

—Ya no soy joven, y un conductor y propietario de un taxímetro tiene que vivir, y solamente puede vivir si su coche trabaja en forma ininterrumpida.

—¿Quién sale con el coche?

El anciano no respondió, y Mason repitió la pregunta.

—¡Bueno!... Mi inquilino sale con el "taxi".

EL HUESPED DE GREGORIO WICKS

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

Se abrió, rechinante, la tapa de la caja y el inspector general se apresuró a observar qué era lo que allí se conservaba.

—El hombre que vive en el piso bajo.

—Eso es, sargento; es decir, inspector general. ¡Las cosas que se ven! ¡Usted, un inspector general!... Me acuerdo de la oportunidad en que usted conquistó su primer galón.

Amistosamente, Mason lo golpeó con suavidad en las rodillas.

—Claro que se acuerda usted! Y yo recuerdo que le denuncié por lenguaje abusivo y que el magistrado no hizo lugar a la acusación.

Gregorio rompió a reír ante el recuerdo.

—Yo siempre fui un poco duro...—expuso afectadamente.

—¿En dónde está su inquilino en estos momentos?

Vaciló nuevamente el anciano.

—Fuera, supongo. Acostumbra a salir por la noche. Parece más bien un joven encantador. Muy tranquilo. Cuenta treinta y cinco años y ha luchado con muchas dificultades: eso es todo lo que sé acerca de él.

Y luego, alarmado súbitamente, exclamó:

—¿No habrá tropezado con otra dificultad?

—¡Oh! ¿Se refiere usted a esta clase de dificultades?...—habló Mason—. ¿En dónde está su placa de conductor, Gregorio?

La placa de un conductor de taxímetro es un objeto casi sagrado. Significa para un "chauffeur" lo que los proyectos matrimoniales significan para una mujer. El efecto de esta pregunta en el anciano fué extraordinario. Se revolvió en su silla y acarició, nervioso, la barba.

—La he puesto en cualquier parte—repuso evasivamente.

—¿En dónde está su placa, Gregorio? Si usted ha salido esta noche, ha tenido que ostentarla, forzosamente—añadió Mason—. Lo indudable es que usted no ha salido esta noche; que no sale usted por la noche desde hace meses. Usted no lo ignora, viejito.

—Volví a palmeaar, afectuoso, las rodillas del anciano. Su sentimiento de simpatía era legítimo.

—Usted no ignora por qué no ha salido. Y el doctor lo sabe...

—¿No lo ha contado?—dijo Gregorio con rapidez.

—No. Yo me lo he contado a mí mismo. Usted se dió cuenta de que Michael trajo una lámpara porque notó el olor a petróleo, pero usted no pudo verla, Gregorio. Solamente ve cosas turbias usted... ¿No es verdad?

El anciano rehusó la respuesta.

—He sido un conductor de taxímetro legalmente autorizado durante cincuenta y cinco años, señor Mason—gimió casi.

—Lo sé. Espero que será también un conductor de taxímetro legalmente autorizado durante todos los días de su vida. ¡Sólo que usted no puede conducir vehículos, Gregorio... cuando está ciego!

Observó que el anciano se estremecía y se arrepintió de la brutalidad de sus palabras.

—No estoy ciego, precisamente, pero no puedo ver muy bien.

El ufano Gregorio Wicks se había convertido de pronto en una figura triste y lamentable.

—Mis ojos no son lo que eran, Mr. Mason, y no me gusta aceptarlo. He poseído licencia para conducir durante muchísimos años y, naturalmente, no me agradaba deshacerme de ella. Por eso, cuando este joven inquilino, que ha andado metido en líos y no lograba sacar

el permiso correspondiente, me expuso que saldría, gustoso, con mi coche, yo... bueno... yo le cedí mi placa. Eso constituye un delito, lo sé, pero...

—¿Nunca vió usted, entonces, a su inquilino?

—No; no le vi. Le oí. Viene por aquí algunas veces. Le oigo moverse a mi alrededor; y me paga con regularidad.

—¿Cómo sabe usted que tiene treinta y cinco años de edad y es un joven encantador?

—Me lo dijeron... un amigo mío me lo dijo.

Abandonaron al anciano, que se quejaba por la pérdida de la cosa cuya posesión le era más preciosa que ninguna otra: la licencia para guiar que año tras año se le venía concediendo. Esa licencia llenaba los cincuenta y cinco años de su vida activa y acaso no se le volviese a conceder. Mason bajó las escaleras y se encaminó a la puerta de la habitación del piso inferior. No ofreció dificultades la tarea de violentar la cerradura. De haberlo sabido, no hubiesen precisado tal trabajo, porque la llave del cuarto superior servía para ambas puertas. Al cabo de cinco minutos, la puerta cedió y Mason penetró en la pieza, seguido por Bray, que conducía la lámpara de petróleo.

En uno de los ángulos de la habitación había una cama, que, evidentemente, no se utilizaba hacia tiempo. Los cobertores estaban doblados, la almohada sin funda. Sobre el suelo, un retazo grande de alfombra en el centro, y eso, además de una mesa, una silla y un espejo cuadrado colocado sobre el hogar, era, a simple vista, todo lo que el cuarto contenía, hasta que Elk empezó a manosear el espejo y descubrió que detrás del mismo, en la pared, se ocultaba un agujero lo suficientemente grande para guardar una pesada caja de acero.

—Esto nos explicará algo—opinó Mason.

Se abrió, rechinante, la tapa de la caja y el inspector general se apresuró a observar qué era lo que allí se conservaba.

Era un cuchillo corto y firme, la hoja empañada por una substancia roja. Lo extrajo cuidadosamente y, cuidadosamente también, lo depositó sobre la mesa.

—He aquí el cuchillo con que se dió muerte a Donald Bate-

man—señaló Mason.

(Continuad.)

LA NOVELA ESTADOUNIDENSE ACTUAL

(Continuación de la pág. 10)

ta americano. Emmanuel Carnevali, George Hemmingway, John Hermann, Robert McAl-

mon le dedican sus esfuerzos y la estigmatizan como arrastrado por el "maelstrom" del dinamismo moderno. En "Mis primeros treinta años", miss Gertrude Beasley hace gala de un realismo, de una crudeza inauditos y juzga reciamente a su patria.

En "Lo que ocurre", J. Hermann presenta un cuadro siniestro de las costumbres escolares.

De todo ello se deduce una nueva orientación de la conciencia artística de los EE. UU. Ella va a la búsqueda de un nuevo ideal, alejado del inexorable "self-control" y del renunciament puritano. Ese ideal no olvida que el hombre es obra de carne, y asimismo recuerda con Emerson que el valor de este mundo no descansa "sobre madejas de algodón".

Se vislumbra, impulsada por el arte, una concepción más renacentista, más feliz, más humana de la vida en el continente norteamericano.

FEDERICO III EL EMPERADOR MUDO



El príncipe Bismarck

Yo era todavía un niño cuando murió Guillermo I, rey de Prusia, y cuando su hijo Federico III heredó el trono.

Recuerdo lo que en aquel tiempo se decía en Francia por medio de las conversaciones de los personajes que habían presenciado la guerra de 1870, Sedán, y el tratado de Francfort, durante una época en la cual no pasaba día sin que se hiciera en la mesa familiar una alusión a estos grandes y crueles acontecimientos. El reinado harto breve y la muerte de Federico III ha quedado para mí como una de las impresiones más fuertes de la infancia, cuando la mente descubre el mundo.

Lo que ante todo llamaba mi atención era este emperador a quien una enfermedad horrible impedía hablar. ¡El emperador mudo! Cuento fantástico para un Maeterlinck que se iniciaba apenas. Y lo que sentí luego fué la inmensa esperanza que parecía recorrer la tierra, frágil esperanza relacionada con la laringe de este príncipe prusiano, con el éxito de una operación, con la ciencia de los médicos. ¡Federico el Noble! ¡Federico el Pacífico! ¡Que Dios le conserve!

Todo eso ha quedado grabado en mi memoria con una claridad que me sorprende y he vuelto a hallarlo al abrir el

"Diario de Guerra" de Federico III, que el teniente Duriau acaba de traducir íntegramente al francés. Ha sido como si oyera pronunciar todavía el nombre del Dr. Mackensie, el médico británico que atendía al Emperador, y de cuyas manos parecía depender la suerte de los pueblos.

Locarno y Thory jamás provocaron un sentimiento de esperanza semejante a este acontecimiento. Y cuando Federico III falleció, después de haber reinado noventa y nueve días, se produjo un duelo al lado del cual la desaparición de Gustavo Stresemann no fué nada. En 1888, pese a Bismarck, y pese a todo, quedaba en Francia un fondo, tal vez más sólido que el actual, de confianza en Alemania, en esa antigua Alemania idealista preferida a la Alemania conquistadora y guerrera.

★

¿Qué hubiera hecho Federico III si hubiera tenido tiempo de reinar? Casado con una princesa británica, era reputado como príncipe liberal y humanitario. El odio que le profesaba el Canciller de hierro era famoso y le hacía simpático. Aparecía como una especie de anti-Bismarck. Si hubiera vivido, la paz estaría asegurada. No habría obstáculo alguno para el acercamiento de Francia y Alemania y hasta tal vez un día, Alsacia y Lorena, condición y sello de una amistad sincera, veríase libertada y devuelta voluntariamente por el generoso vencedor.

Federico III se ha llevado su secreto a la tumba, lo mismo que Gustavo Stresemann se llevó el suyo. Jamás llegaremos a saber. "Ignorabimus", como de-

cia Dubois-Reymond, este sabio alemán, lumbrera de la Universidad de Berlín, que tenía el nombre francés de un refugiado del Edicto de Nantes. Lo mismo que la ciencia, la política tiene sus secretos.

Con todo, ¿Federico III hubiera sido lo que se esperaba? Existe a este respecto una carta de Bismarck, poseedora de una ironía velada pero feroz. El 13 de julio de 1879, el canciller escribía a Guillermo I: "En cuanto a la posición de Su Alteza Imperial el Kronprinz, no sé si llegado el caso de que Su Alteza sea llamado por Dios a reinar, conseguiría hacerlo en

tá llamada a surgir, durará muy poco".

Si el destino hubiera hecho la carrera de Guillermo II tan breve como la de su padre, quién sabe si a su vez este otro Marcelo no hubiera sido llorado. El también había comenzado bien. Quebrantó el poder de Bismarck, le envió a su tierra de Varzin, y uno de sus primeros actos fué convocar en Berlín una conferencia, para mejorar la suerte de los trabajadores, a la que fueron invitadas notabilidades francesas. A ella asistió Jules Simón, y el joven emperador trató con deferencias particulares al autor de este

libro austero titulado "El Deber". Como padre de sus ideas, honró al patriarca del espiritualismo liberal.

★

Esta era la doctrina en la cual Federico III educó a su hijo, añadiéndole además un pequeño acento germánico. Tal vez al final, este acento lo haya dominado todo. Ciertamente que Guillermo II, y él se vanagloria de ello, durante veinticinco años no desenvainó su espada. Pero se echó a perder al vigésimo sexto año de reinado. El emperador de la paz se convirtió en señor de la guerra.

¿A pesar suyo? Es posible. Pero no es una excusa; al contrario, eso mismo es lo que le hunde. "Y yo, dice el poeta, condeno sobre todo al que obra contra su voluntad". Para el porvenir, la hipótesis increíble según la cual Guillermo II cedió a la corriente belicosa, al ambiente guerrero — los demócratas-sociales cedieron con él — resulta poco tranquilizadora. Y aunque los nacionalistas alemanes han conseguido



Federico III

forma sistemáticamente liberal. Nada sé, y en cuanto a mí, tengo mis dudas. En todo caso, supongo que si tal tendencia es-

JACQUES
BAINVILLE

(Para LA NACION)

PARIS, mayo de 1930

EL SOMBRERO DE MI ANTEPASADO HOLANDES

(Continuación de la pág. 13)

tremecí de pies a cabeza, como cuando iba a las representaciones de "Hamlet", al antiguo Teatro Nacional Norte, estilizado por el finado Bataglia.

El hombre de La Aurora Roja se aproximó a mi mesa de trabajo, preguntándome:

—¿Qué?

Nunca he oído voz más cavernosa.

—Ya está — volví a repetirle, con menos voz y más sosiego.

Durante la exposición de su figura mi ojo celeste, el gran ojo de mi antepasado, descubrió que Antonio el sombrero era gordo, y en seguida se me ocurrió la frase, digna por lo menos de Víctor Hugo o de Paul de Saint-Victor, y escribí: "Mi alma es más grande que mi cuerpo". Esa era la frase que luego leí a Antonio y que le pareció abundantemente sublime y no solamente sublime, sino también exacta expresión de los altísimos sentimientos que le inspiraba Herminia, la maestra de Cañuelas.

No bien le he leído la carta que tan fielmente expresaba su pasión por Herminia, el sombrero confesó:

—Me has comprendido. No eres como los otros.

—¿Qué es eso de los otros? —le pregunté.

Los otros, según me refirió, eran cinco o seis sujetos que le habían servido como yo de intérpretes de su anchuroso amor, pero tan faltos de agudeza y comprensión, que casi le echan a perder el asunto. Los "otros" eran compañeros de la sociedad futura, y para portarse consecuentemente con sus ideales, pretendieron nutrir a Herminia de doctrina social por correspondencia y en tal malhadada prosa, que en poco estuvo que el sombrero cortara sus relaciones con la maestra.

En fin, mi primera frase fué mi primer sombrero. (Hans, antepasado mío: baila de contentamiento en el paraíso de Calvino, y, desde allí, con el soplo de tu espíritu, haz mover las ruedas de todos los molinos de Holanda; de Holanda, país de teólogos y de sábanas finísimas e ilustres, como cumple a un país de teólogos).

Llegaron los buenos tiempos. Carta iba y sombrero venía. Palabras, palabras, palabras. Sombreros, sombreros, sombreros. Antonio Palomares fué dichoso, y yo también, y nada les digo de los huéspedes de la "Olla de la comuna", que así se llamaba la olla que paraba con el sudor de su frente entre olor de nafta y humos de vapor el sombrero enamorado.

Pero también llegó la hora amarga, para mal de mis peña-

dos. Con la última carta que escribí a su adorada Herminia se dió forma al compromiso y se señaló la fecha de la celebración de las bodas, y Antonio dió forma a mi último sombrero de medida. (Oh, Hans, venerable antepasado mío, ¿por qué no vienes en mi ayuda?)

La noticia decepcionó a los huéspedes rojos.

—¡Miren que traicionar a la anarquía, a los principios básicos de la anarquía! ¡Miren que casarse por el Registro Civil! ¡Entregarse atado al Estado de pies y manos! ¡Abandonar el campo de batalla! — decían más o menos los huéspedes rojos, quienes por común e instantáneo acuerdo decidieron no considerarlo más como compañero, sino traidor y burgués. ¡Adiós pucheros, sabrosos pucheros a la española! ¡Los soldados de la sociedad futura que había socorrido el taller quedaban ahora expuestos a la intemperie, a la sed y al hambre.

Sin embargo, decidieron aceptar la invitación al casamiento, fiesta a realizarse en Cañuelas en la casa de la novia, y precedida por magnífica cena. En resumidas cuentas, no se remediaría nada con no aceptar la invitación, y aceptaron.

Varias horas antes de la celebración de las bodas, yo y los huéspedes rojos íbamos camino de Cañuelas. Durante el trayecto no cambiamos ni una sola

palabra. Era visible nuestro malestar. Todos pensamos en nuestro destino: los compañeros pensaban en la "Olla de la comuna", y yo en "Mi sombrero".

Llegamos a Cañuelas. En la estación nos esperaba Antonio Palomares. Parecía haber envejecido. Estaba pálido y serio. Su alma, más grande que su cuerpo, entristecida. ¡Dios mío, cómo cambian el mundo y las cosas! Sobre todo en ese momento, lo que había desaparecido para siempre era el porvenir de mi cabeza. No tendría, desde ese instante, quién sabe por cuánto tiempo, sombreros de rico paño y ajustados a mi medida.

Desde la estación de Cañuelas hasta la casa de Herminia, distancia que ganamos en un cuarto de hora en la volanta tirada por dos jamelgos muy espiritualizados, tampoco se cambió palabra. Se explicaba por sí misma la situación de tirantez. La olla comunal, el sombrero...

—¡Dios mío, qué distinto es el destino de las criaturas!

Llegamos a la casa de Herminia, alumbrada extensamente. Descendimos. Unos chicos del barrio nos recibieron con una salva de gritos:

—¡Padrino, padrino!

Antonio Palomares esperó que los huéspedes rojos entraran a la casa, y luego arrojó a los niños monedas de diez y veinte centavos.



Jules Simon

reunir apenas los cuatro millones de votos necesarios al plebiscito contra el plan Young, nada garantiza que un día esta minoría, este "partido de la locura", no arrastre todavía a Alemania.

Hojead el diario de Federico III en 1870-71. Está lleno de sentimientos nobles y generosos. A veces, parece que leyéramos "Sin novedad en el frente". El príncipe real de Prusia detesta la guerra. Se cubre los ojos ante el horror de los campos de batalla. La máxima: "La fuerza prima sobre el derecho" le indigna. Escribe de forma neta que Bismarck, este "Junker", deshonra a Alemania, imprimiendo al nombre alemán una mancha que será muy difícil de borrar. Pero, cuando llega el momento de anexar la Alsacia-Lorena, el sensible príncipe escribe también que es "totalmente imposible renunciar a ella". Hasta añade algo más grave: "Todo el mundo en Alemania, con razón o sin ella, reclama la anexión, y desde el punto de vista militar me veo obligado a manifestar que es una necesidad".

Caso semejante al de aquella emperatriz de Austria que en la repartición de Polonia "lloraba pero aceptaba siempre". Tal Guillermo II cuando decía: "No he querido aquello". Tal, por fin, el canciller Bethmann-Hollweg, el canciller-filósofo, que invocaba también la necesidad para explicar la invasión de Bélgica.

Compareció la novia, que era el vivo retrato de su madre, aunque (se explica) ésta había cambiado mucho, engordado y envejecido; pero su frente, su cara dulcemente ovalada, no me arrancaban de mí ensimismamiento. ¡El sombrero!

Fuimos a la mesa. Se comió, se bebió y se brindó cordialmente. El escribiente de policía de la localidad improvisó un discurso que se comentó durante tres meses. ¡Ah! Finalizada la cena, se anunció la llegada del jefe del Registro Civil, quien apareció de levita y adornado con la banda de los colores patrios. A los pocos minutos de su llegada, el jefe, la novia, el novio, padres, madres, amigos y enemigos nos colocamos alrededor de una mesa. Iba a efectuarse el casamiento, y el jefe los casó en nombre de la ley, mientras la madre se desmayaba, desmayo que, por otra parte, hacía tiempo que esperaba la mayoría de los invitados.

Cuando el jefe (un mulato de esos que andan sueltos desde la declaración de la "libertad de vientres") dijo solemnemente "Están casados en nombre de la ley", comprendí que en ese momento me libraba definitivamente de mi antepasado Hans.

Desde entonces no he vuelto a mandarme hacer sombreros de medida.

REVISION DE LA ACTUALIDAD TEATRAL



PIERRE BRISSON

DESDE hace bastantes meses tengo que sufrir periódicamente reconvencciones, tan justificadas como cortes, del representante de LA NACION.

"¿Olvida usted — se me dice — que debe facilitarme un artículo mensual, a lo cual se comprometió, y se da usted cuenta de que, en vez de ello, nos remite aproximadamente un artículo por año?"

No tengo nada que responder a esto, excepto que soy un pésimo periodista, un perezoso; que si estuviese en el lugar de esos señores me mostraría menos indulgente respecto a los colaboradores vacilantes y que, en fin de cuentas, lo que me asombra en mi caso es que se apresten a abrirme sus columnas cada vez que vuelvo a ellas, arrepentido pero incorregible.

Lo confieso: no tengo aptitudes para seguir la actualidad. Apenas aparece cuando ya está marchita. Eso es lo que determina su encanto. Y yo tengo un espíritu demasiado lento para atraparla. Las "últimas noticias" no son mi especialidad. Me convengo difícilmente de que valgan la pena de ser tomadas en cuenta. Gustoso repetiría lo que aquel mensajero de "Macbeth": "La que tiene una hora es ya tan vieja, que se silba al que la anuncia; cada minuto engendra una diferente..."

¿Les interesa a ustedes mucho saber — y sin duda no lo ignoran ya — que M. Sacha Guitry, en su última revista "Et vive le théâtre", trata muy ásperamente a los críticos y particularmente a M. Pierre Brisson, de "Le Temps"? Le representa con los rasgos de un vejete ridículo, concupiscente, envidioso y estúpido. Pero M. Pierre Brisson, que es hombre joven y de buen aspecto, además de ser un escritor muy juicioso y honrado en su profesión, no acepta sin reticencias los ataques del escritor-comediante, y le advierte públicamente, en el curso de un folletón, que su talento declina y que le pierde el orgullo. Pero ¡vayan ustedes a hablar de esa forma a un autor sahumado por el éxito desde hace cuince años, que por añadidura es autor, y que está celosamente enamorado de

EPISODIOS DE LA GUERRA EN CHINA

(Continuación de la pág. 9)

puertas de la ciudad, el espectáculo que tuvimos ante nuestros ojos fué lo bastante impresionante como para dejar una herida en el recuerdo del hombre más insensible. Comenzaron a salir las mujeres y los niños; las primeras lo hacían tapadas para evitar el espionaje, y yo me preguntaba si alguna de ellas tendría el deseo de regresar a esa ciudad miserable a morir de hambre.

Agotadas, rendidas, caminando con suma dificultad las mu-

una mujer hermosa! El mismo Molière no se dejaría arañar fácilmente. Hoy encontramos sublimes sus réplicas a la "cable". Y todos saben que M. Sacha Guitry tiene cierta inclinación a creerse Molière.

Ignoro si esta disputa halla en París mucho eco en las salas de redacción, en los pasillos teatrales y en los salones de moda. Vista desde mi colina borgoñona, tal controversia se me aparece un poco mezquina, sin gran importancia histórica y, mirándola desde el punto de vista dramático, no podría extraer de ella consecuencias suficientes para nutrir el tema de un artículo. No. Me limitaré a decir, sencilla y filosóficamente, que M. Sacha Guitry es un autor zahumado por el éxito resulta condición rara, y que M. Pierre Brisson es un crítico sincero que merece ser escuchado.

Parece ser que Sacha— así es como se le llama en ambos hemisferios, y tras esto, ¿de qué puede quejarse?—, impulsado por su humor polémico, la emprende también con los teatros de vanguardia y les asesta varios sarcasmos desdeñosos. ¡Pobres teatros de vanguardia! Cuando entraron en liza, hace cerca de veinte años, no podía hacerseles mayor honor que el de atacarlos. Pero la gente se contentaba con no hablar de ellos, o se alzaba de hombros, compadeciendo a las personas que les tomaban en consideración. Más tarde, hacia 1921 y 1922, cuando comenzaron a promover algunos rumores, muchos artistas notorios no desdijeron ir a sentarse en las modestas salas de tales teatros, acordándose su aplauso, que nosotros apreciábamos en lo debido. Sacha era muy joven entonces. Pero como ya trabajaba todas las noches, encadenado a la escena por sus propios triunfos, me permito dudar que haya asistido a muchas de nuestras representaciones. Debe ignorar casi en absoluto lo que hoy ataca. Me acuerdo cómo su padre, quien adoraba el teatro y no solamente el representado por él, Lucien Guitry, pagaba su localización en la boletería del Vieux-Colombier, y que frecuentemente volvía a ver la misma obra. Se instalaba siempre en primera fila, y como a causa de su avantajada estatura rebasaba las candilejas del pequeño proscenio, hubiérase dicho que estaba en escena, cosa que nos intimidaba grandemente. No abandonaba nunca su asiento antes de que los actores hubiesen saludado por última vez. Esa es una cortesía que el público apenas practica. Su aplauso, con las manos alzadas, nos parecía una bendición. Así aplaude León Daudet, quien al mismo tiempo grita.

En aquel tiempo la gloria naciente no nos hacía ricos y seguíamos siempre aislados. Podíamos acertar sin inquietar a nadie. Se nos ensalzaba sin terneros. Teatro "al margen", se decía. Expresión desdeñosa y tranquilizadora.

Pero he aquí que de un solo teatro pequeño, con trescientas butacas, el cual luchaba día a día, produciendo por sí solo tanto como las demás escenas reunidas, he aquí que de ese arca de Noé del arte dramático han salido especies nuevas, jóvenes y ardientes. Estas, a su vez, se han reproducido tan felizmente, que París en la hora actual cuenta con cinco o seis de esos teatros "à côté"—que han dejado, por otra parte, de estar "al margen"—, que invaden la palestra y hacen recaudaciones muy saneadas, y que van consiguiendo poco a poco gran éxito y dinero sin más que representar—¡oh, escándalo!— obras de calidad. Desde entonces es natural que el teatro comercial, sus proveedores y sus empresarios, tomen en serio a los recién llegados, y



JEAN COCTEAU

advertían, para atacarlos, la existencia de esos importunos. M. Clement Vautel, a quien, sin embargo, no envidiamos nada, a quien no vamos a despojar del dinero que le produjo "Mon curé chez les riches", se revuelve frenético, impugna el snobismo, ridiculiza el desinterés y la cultura, confunde la poesía con la excentricidad, la distinción con la grosería, lo que no es vulgar con lo que es incomprensible y mezcla en el mismo caos su odio hacia Baudelaire, hacia Stendhal, hacia Claudel y hacia Shakespeare, esos autores de "vanguardia"...

Por tanto, el malhumor, la flagrante injusticia de algunos respecto a lo que se llama "teatro de arte", su hostilidad, en suma, revela que éste obtiene un triunfo conseguido con gran lucha. Pero este mismo éxito, esta adhesión que cada día logra mayor número de público, ¿no revelan a su vez síntomas de una disminución y de un riesgo de decadencia experi-

JACQUES COPEAU

(Para LA NACION)

PERNAND, mayo de 1930.

manas atrás. Esto provocó incidentes y escenas de locura. No se convencían al principio de la verdad; ¡para ellos era un milagro ver sopa caliente, carne y pan!

Una madre se me acercó y me ofreció regalarme su niñita de un año de edad. Su actitud era formal y me explicó que lo hacía en vista de lo poco que le quedaba de vida. Yo le contesté que mi propia existencia era precaria y casi tan insegura como la suya.

Aquella tarde el bombardeo de Chochow arreció con violencia. Durante mis andanzas en procura de motivos para remar, al atravesar las líneas de

mentado ya por el teatro de arte?

M. Jean Cocteau parece creerlo así, pues en un prefacio reciente a su obra "La voix humaine" no ha vacilado en escribir que habiendo el "boulevard" acogido al cinematógrafo, "los escenarios llamados de vanguardia han tomado poco a poco el carácter de los del "boulevard". Y agrega: "El público del nuevo "boulevard" está dispuesto a todo; se muestra ávido de sensaciones y no respeta nada." Y al ponerse en guardia contra los prejuicios de la "actualidad" que deforma las obras, contra "el peor de los prejuicios: el del teatro joven frente a las escenas oficiales", Jean Cocteau denuncia "ese teatro de remedos teatrales que, venenosa y astutamente, ha substituído al verdadero teatro, a las álgebras vivas de Sófocles, de Racine y de Molière".

Por muy en guardia que se esté respecto a lo que hay de habilidad en la inteligencia de Cocteau y de inquietante ligereza en sus menores alardes, preciso es reconocer que ciertas verdades adquieren en su boca un acento nuevo, vivificador, y que los rasgos fulgurantes de su ingenio pueden aclarar hasta los caminos del buen sentido. Hay días en que nos sentiríamos plenamente satisfechos de estar acordes con él si no temiésemos que se nos escapara al día siguiente. Por hoy le daremos las gracias, sin el pensamiento oculto de poner en moda esas "álgebras vivas de Sófocles, de Racine y de Molière", a las cuales, desde hace veinte años, suplicamos que vuelvan las nuevas generaciones.

Adviértase la secreta ilación de las cosas. Cuando dejamos París, hace seis años, se nos reprochaba corrientemente que no nos atreviésemos a incursiones más audaces, que nos supeditáramos demasiado estrechamente a las lecciones del pasado y, sobre todo, que nos mantuviésemos austeramente ajenos a los prestigios del espectáculo, como son los engendrados por la maquinaria moderna... Y, ¿qué es lo que vemos hoy, transcurridos seis años? Vemos a los teatros jóvenes, poco favorecidos por la producción contemporánea, buscar su repertorio y encontrar sus éxitos entre las obras del pasado. Vemos que los "metteurs en scène", idólatras de la maquinaria, aquellos que tienden a subordinar el texto literario a las distracciones pueriles del espectáculo, fracasan brutalmente, como acaba de sucederle a M. Gastón Baty. Vemos que el teatro más moderno del mundo, según se dice, el teatro Pigalle, que acaba de construir con grandes gastos el barón Henri de Rothschild, queda sin empleo y como desacreditado, unos meses después de su inauguración. bajo el enorme peso de su maquinaria, materia sin destino que el espíritu no llegó a visitar. Vemos, al contrario, que en las pequeñas



SACHA GUITRY

escenas rudimentarias reaparecen con frescura, y a veces triunfan las obras más tradicionales y simples, pero también las más fuertes y las más desprendidas de materia.

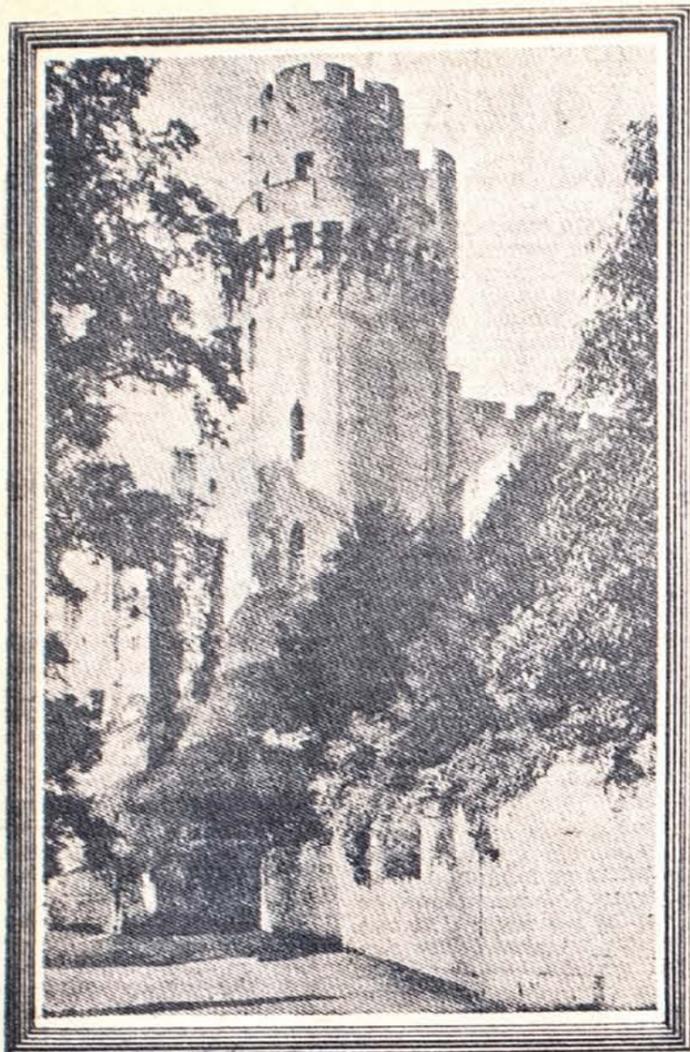
En el Teatro Albert I, la "Mandrágora", de Maquiavelo, aunque no alcanzó una carrera dilatada, despertó al menos el entusiasmo unánime de los entendidos. ¡Hubiérase dicho que era un descubrimiento! En el Teatro de L'Oeuvre, bajo la nueva dirección de Mme. Paulette Max, obtiene una acogida calurosa "La comedia de los errores", de Shakespeare. En el Teatro Antoine, sala que combinaciones infelices habían desprestigiado algo desde que fué abandonada por su fundador, M. René Rocher ha tenido el valor de presentar, con un reparto selecto, autores como Molière, Marivaux y Shakespeare, triunfando más de lo que esperaba. En el Teatro de L'Avenue, Mlle. Falconetti, a la que hace temeraria su flexible talento, interpreta sucesivamente la "Fedra", de Racine, y los "Caprichos de Mariana", de Musset. Ya es notorio el triunfo obtenido por Dullin en el Atelier con el "Volpone", de Ben Jonson. Después de varios fracasos, motivados por piezas de jóvenes, Dullin acaba de encontrar fortuna para largo tiempo con la "Estratagema de los engañados", de Forguhar, adaptada por M. Constantin-Weyer y agradablemente presentada.

Cierto es que tantos esfuerzos ganarian si estuviesen más maduros y concertados. Pero no dejan de ser meritorios y significativos. Señalan un alejamiento de los excesos en moda y revelan el gusto del público por las obras substanciales dirigidas al espíritu tanto como a la sensibilidad. Indican, finalmente, que la Comédie Française, abandonando a los teatros jóvenes tantas iniciativas felices, renuncia a llenar su cometido, que es, por esencia, el del primer teatro de Francia... Pero éste es otro asunto...

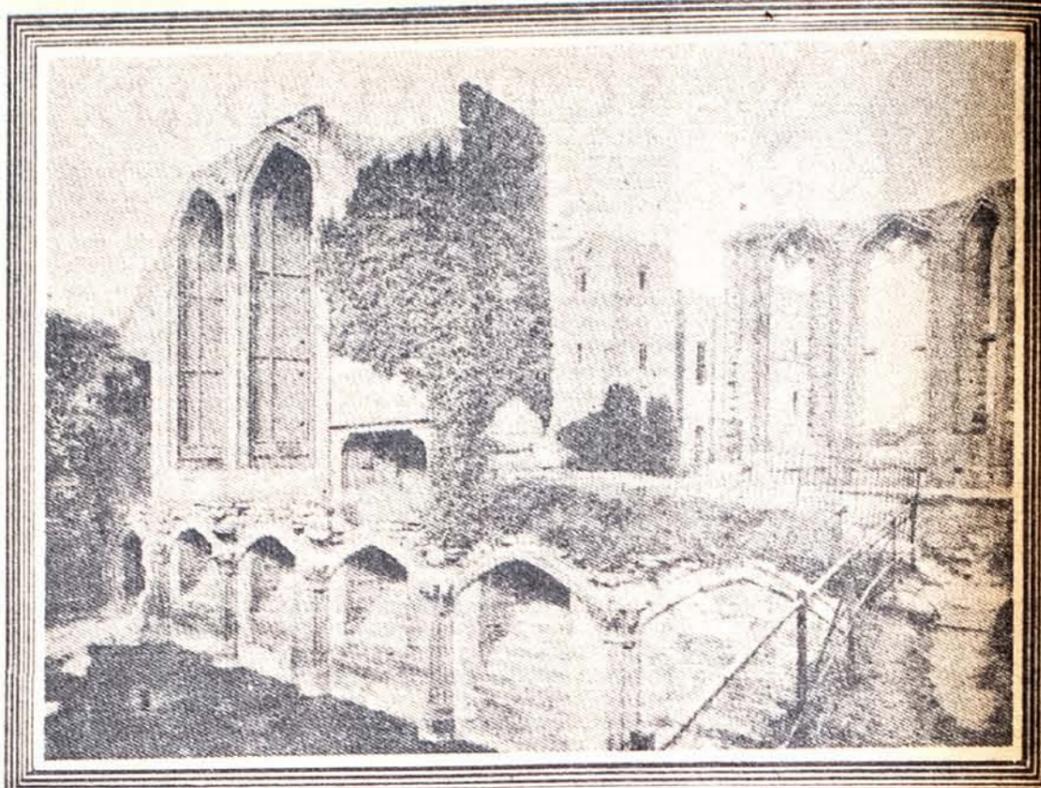
Una señal más: la reposición, diez años después de su estreno, del "Paquebot Tenacity", de Vildrac, efectuada por el Studio des Champs Elysées con inmenso éxito. Pero reservemos el tema para un artículo próximo. Muy próximo, lo prometo.

oficial, utilizando a Wong como intérprete, y le indiqué que la mujer estaba seriamente enferma y que, contando con que fuera una espía, no sería de utilidad para el enemigo, cosa desde luego imposible, ya que le era prohibido regresar a Chochow debido a la evidente dificultad para penetrar en la ciudad sitiada.

Después de un instante, el oficial, sin decir palabra, ordenó con un gesto que la mujer fuera libertada. Se le cesó inmediatamente y se le abandonó en medio de la calle. Los soldados parecían preocuparse de que sus torturas con-



Aspecto que ofrecen actualmente las ruinas del castillo de Kenilworth



Una vista parcial de las ruinas de Kenilworth

KENILWORTH

UN TIPICO
CASTILLO INGLES

Por JOAN GILLESPIE



El hogar de un inglés es su castillo", tal reza el viejo decir transmitido desde el tiempo en que el castillo era el baluarte privado de un solo propietario y dominaba los campos en millas a la redonda, como expresión visible de pompa y de poder. No es por eso extraño que la moderna Inglaterra sea todavía un país de castillos, muchos de ellos en ruinas, cubiertos de hiedra y románticos, otros propiedad aun de familias cuyos antepasados los construyeron en los días que siguieron a las Cruzadas. Porque el castillo inglés no debe ser confundido con el castillo francés, que no es, por regla general, más que una gran casa habitación en el campo, sin ningún signo de defensas y, generalmente, edificado en el siglo XVII o XVIII. El castillo inglés fué en un principio baluarte, residencia fortificada, propiedad de un señor feudal. Los primeros castillos ingleses fueron construidos por los barones normandos después de la conquista de Bretaña en 1066, y a aquellos días lejanos pertenecen los castillos más bellos que hoy se encuentran en la campiña inglesa. Entre estos castillos uno de los más imponentes, a la vez que de los más románticos es, indudablemente, Kenilworth Castle. Fué, en su tiempo, la más importante de todas las fortalezas lacustres del reino, excediendo las dimensiones del gran lago artificial en el cual se levantaba aún a las de Caerphilly y Leeds. Hasta que se produjo la gran inundación que

cubrió 111 acres del total. La situación de la plaza fuerte de Kenilworth no era especialmente favorable: después de haberse desplazado de sus límites naturales, el lugar resultó casi inabordable.

El castillo original se levantaba en un campo suavemente ondulado, en el fondo de un risco bajo y arenoso, entre dos arroyos, y se supone fué construido alrededor de 1122 por Geoffrey de Clinton, chambelán y tesorero de Enrique I. Hacia el fin del reinado de Enrique II, Kenilworth se convirtió en un castillo real y fué fortificado. Más tarde, en el reinado de Enrique III, lo regaló este Rey, en un momento de buen humor, al favorito de una hora, que más tarde se convertiría en su más grande enemigo, Simón de Monfort. Porque Simón de Monfort encabezó en 1264 la gran oposición de los barones contra el Rey y aprisionó a su hermano Ricardo, conde de Cornwall, en el inexpugnable Kenilworth, que había sido en un tiempo propiedad real. Siguió días agitados para el altivo castillo. Se libraron batallas a su alrededor y reyes y príncipes se lo disputaron, hasta que a fines del siglo XV volvió a ser castillo real y residencia favorita de los Plantagenet, especialmente de John de Gaunt. El duque Juan, gran constructor, demolió gran parte de la arquitectura normanda del patio interior y la substituyó por magníficos halls de estilo Decorated y perpendicular. Su gran obra fué, sin embargo, el hall de los banquetes, hoy, desgraciadamente, sin techo y con las ventanás derruidas, y que es considerado el mejor en su estilo, exceptuando el de Westminster. Detrás de este hall

el Duque construyó los grandes departamentos conocidos por Whitehall y Presence Chamber y también una nueva capilla.

En el reinado de Isabel, Kenilworth fué donado por Su Majestad a Roberto Dudley, Conde de Leicester. El acto fué magnífico y bastante enigmático, llenando a los ministros de la soberana de temor a que fuera preludio del casamiento de ésta con el Conde, buen mozo e incapaz. La Reina no tenía, sin embargo, intenciones de casarse con su súbdito y caballero, ni siquiera cuando murió la bella e infortunada esposa de éste, Amy Robsart. Se contentaba con visitar frecuentemente el castillo, dando lugar sus visitas a grandes fiestas, en las cuales se derrochaba el dinero con la espléndida magnificencia peculiar de la Inglaterra de los Tudors. Una de estas visitas es recordada in extenso en "Los Placeres Principescos de Kenilworth", por Gascoigne. Parece que la Reina permaneció diez y nueve días en el castillo y se dice que sólo el sostenimiento de éste costó a Leicester mil libras diarias. Hubo una serie continua de mascaradas, comedias, justas, juegos atléticos, "morris dancing", ceremonias pomposas y reconstrucciones del pasado. Isabel, ávida de homenajes, tuvo cuanto pudo desear. A su llegada, a lo largo del estrecho camino a través de la represa, fué saludada por la "dama del Lago", que aguardaba rodeada de ninfas en una isla flotante, y Marte, Apolo, Neptuno y Baco le ofrecieron sus dones, acompañados de floridos discursos y fanfarrias de trompetas. En los días siguientes la divertieron con bailes de salvajes, fue-

gos de artefacto, títeres italianos, torneos oratorios en latín, luchas de osos y una comedia acerca del no muy alegre tema de la matanza de los daneses en el día de San Bri-ce, en 1002. En conjunto, se cree que Leicester gastó la increíble suma de cien mil libras en aquellos diez y nueve días de placer y orgía, de ruido y color. Sin embargo, ¡cuán imponente y cuán romántica debió haber sido la escena! Las antorchas ardiendo, las multitudes regocijadas, las sedas y los rasos de la Inglaterra de Isabel contrastando con el sombrío, aunque bello escenario del gran castillo emergiendo del lago... Porque a su estructura original Leicester agregó numerosas mejoras, incluyendo la famosa portería de Leicester y muchas hermosas habitaciones en estilo Tudor. Durante los días del dominio de Leicester surgieron innumerables leyendas acerca del castillo. Muchas de ellas pueden encontrarse en el fantástico pero interesante relato de la vida del Conde en la novela "Kenilworth", de Sir Walter Scott. Gran atención se dedica allí a las fiestas ofrecidas por Leicester a su soberana, en tanto se desarrolla la historia trágica de la vida de Amy Robsart.

Todo lo que hoy queda de este romántico castillo, típico entre muchas fortalezas inglesas, es una imponente mole de ruinas dominando el paisaje, que da al viajero buena idea de lo que esta gran masa debió ser en los días de su esplendor. Su desenvolvimiento, como pequeña fortaleza de una Corte oficial, a través de los agitados días de la rebelión de Monfort hasta el brillo y la extravagancia del reinado de Isabel, cuando se convirtió en propiedad de un cortesano calculador y dispendioso, y su decadencia después de las guerras civiles, refleja todo un período de la historia de Inglaterra.

Sus muros venerables presenciaron guerras, saqueos, las grandes fiestas de los barones y la pompa y refinamiento de la época de Isabel. Ahora es un objeto de curiosidad, un lugar de peregrinación para el estudiante de historia y el arquitecto, mientras que el artista y el romántico encontrarán siempre en la belleza del majestuoso castillo fuente de melancólicas reflexiones acerca de su pasado esplendor, en tanto emerge sereno y hermoso en su ancianidad sobre la extensión de verde césped que ondula suavemente hacia la pálida línea del horizonte de las colinas del Este.

MI VIDA

(Continuación de la pág. 31)

oirle en todo su vigor, y ello ocurrió antes de la reunión de la comisión de programa de la Conferencia. Con un programa definido y científicamente exacto en la mente; seguro de sí mismo, de sus conocimientos, de su fuerza; brillantes los ojos de alegría irónica, tenso el bigote y entrecano el cabello, Plekhanov, desde la presidencia, haciendo gestos ligeramente teatrales, pero expresivos, vertía copiosamente luz e ingenio sobre toda la comisión.

El jefe de los mencheviques, Martov, es una de las figuras más trágicas de toda la revolución. Escritor de talento, político de recursos, inteligencia sutil, era inmensamente superior a la corriente de ideas que encabezaba; pero carecía de empuje, faltábale a su perspicacia voluntad. Lo que podría llamarse una especie de tenacidad no bastaba a reemplazar al valor y a la voluntad. La primera actitud de Martov frente a los acontecimientos era siempre rectamente revolucionaria; pero en seguida su pensamiento, no afir-

tinuaran o no. Yo la acompañé hasta la Swastika; a las claras se veía que no era una espía.

En esos días corrieron rumores que los jefes rivales se proponían negociar en favor de la paz. Los soldados, sin embargo, no demostraban el menor interés en las negociaciones, y aparecían tan flemáticos como de costumbre.

Una mañana el general Pu, que comandaba las fuerzas de

Chochow, señaló hacia el territorio neutral. Ello significaba— así lo comprendimos todos — que se rendía. El fuego amainó; casi puede decirse que quedó interrumpido. Caminando con gran dignidad, el general atravesó el portal de la ciudad envuelto en una vestidura flotante, con amplias mangas bordadas con estrellas y dragones.

El general Tsui lo recibió con gran aparato. Los dos je-

fes mantuvieron una conferencia y en breves horas las tropas de Ankuochon penetraron en Chochow. Lo que vi entonces sobrepasó todo lo esperado. La ciudad estaba en ruinas; ochenta y seis días de un bombardeo continuo no había dejado nada en pie. Los monumentos de más de 800 años aparecían completamente destruidos. Parecía que un temblor de tierra había arrasado la ciudad de Chochow.

mado por el resorte de la voluntad, flaqueaba. Mi estrecha amistad con él no logró resistir el primer embate de la revolución cercana. Mientras la Conferencia todavía sesionaba, todo el sur de Rusia era presa de un formidable movimiento huelguístico. Los disturbios campesinos hacíanse cada vez más frecuentes. Las universidades hervían. La guerra ruso-japonesa contuvo por un tiempo el movimiento; pero la derrota militar del zarismo ayudó en breve grandemente a la revolución. La prensa se tornó más audaz, los atentados terroristas más frecuentes, los liberales se volvieron más activos; la "campaña Abanquet" crecía. Los problemas fundamentales de la revolución planteáronse con intensidad. Las abstracciones de ayer empezaron a convertirse en realidades para mí. Los mencheviques cifraron sus más caras esperanzas en los liberales. A esto se debió mi ruptura decisiva con ellos, hacia 1904, a propósito de cuestiones de principios, si bien siempre se dejaron sentir, fuerte e insistentemente, disensiones sobre puntos fundamentales de la revolución misma.

(Continuará)

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

POR

NATACHA RAMBOVA

II

COMO CONOCI A RODOLFO

A película "Los cuatro jinetes", hecha por Rodolfo Valentino, no se había exhibido todavía, y nadie lo conocía como artista, aunque circulaban rumores de que era un buen actor. Pero la gente asociada a la industria cinematográfica es muy desconfiada, pues sólo cree en las cosas que se le muestra y en los resultados que se obtienen en las boleterías.

En aquella época era yo directora artística de la Metro y tomaba mi trabajo muy en serio. Ahora suelo divertirme recordando los tiempos en que usaba zapatos con taco bajo y vestía trajes sin adornos. Se me conocía por una persona fría e insociable; pero, ¿qué me importaba lo que creyera la gente de mí? No me interesaban las personalidades y mucho menos las de los actores de la pantalla. Para mí no eran más que una cantidad de muñecos destinados a ser colocados donde estuvieran mejor, y no constituían más que un mero detalle en la obra. Y menos que nadie me interesaba el joven agresivo y a veces afable que, con su amigo Paul, un operador servio, siempre se situaba en un lugar destacado, con el propósito de llamar la atención.

Más tarde, Rodolfo me dijo que había hecho con Paul la apuesta de que me obligaría a fijarme en él, y que juraba que con el tiempo seríamos amigos, pues yo dejaría caer mi pañuelo para que él lo levantara, o él me rescataría de algún peligro. Su imaginación romántica le instó a llamar la atención de una persona tan seria y desinteresada como me mostraba yo entonces.

Finalmente, me fué presentado con motivo de que madame Nazimova, de quien era yo directora artística, necesitaba un galán joven para una película. Durante varias semanas había estado buscando en Hollywood a alguien que pudiera desempeñar el papel de Armando para su "Camila". Se habían presentado docenas de aspirantes, pero todos tenían defectos, y ya desesperábamos de encontrar al héroe que buscábamos. Inesperadamente, June Mathis, que había preparado la versión cinematográfica de "Los cuatro jinetes", nos habló del joven italiano que había desempeñado el papel de Julio en esa película y a quien consideraba como un verdadero hallazgo. Propuso que le ofreciéramos una oportunidad, y sin cifrar muchas esperanzas en el resultado convinimos en ponerlo a prueba.

Cierta día, en Hollywood, se abrió la puerta de mi oficina y entró Mme. Nazimova, seguida por una figura voluminosa vestida con pieles de la cabeza a los pies. Alcancé a divisar unos ojos negros y brillantes, entre pestañas y cejas cubiertas con tiras de mica, que es la nieve artificial del mundo cinematográfico. Para completar el cuadro, el sudor corría abundante por su cara y el efecto no era muy impresionante.

—Natacha — me dijo Mme.



Rodolfo Valentino con Doris Kenyon en "Monsieur Beaucaire"

Nazimova —, le presento a Rodolfo Valentino. June Mathis dice que es capaz de actuar.

El oso polar se acercó y nos estrechamos las manos. Por lo menos, el apretón fué fuerte, aunque creo que lo fué demasiado. Luego, con nerviosidad y acento extranjero, pidió disculpas por la forma en que se presentaba. Me explicó que estaba trabajando con Alicia Lake en "Los mares desconocidos", y que tenía que permanecer durante dos horas bajo el sol para que se sacaran algunas escenas del Artico. Agregó que debía regresar inmediatamente para continuar su trabajo, y desapareció después de sonreír y de saludar con una inclinación de cabeza.

¿Y éste era el joven a quien June Mathis consideraba como un verdadero hallazgo? Por lo menos, no lo parecía. Pero había logrado despertar el interés de Mme. Nazimova, quien siempre realizaba sus caprichos.

UN MUCHACHO MOLESTO

El Rodolfo que conocí en aquellos días era un muchacho molesto, que me ponía nerviosa. Era agresivo y acostumbraba referir cuentos chistosos, aunque invariablemente se olvidaba del chiste. Más tarde descubrí que esa forma de conducirse era sólo un escudo para proteger una sensibilidad íntima que sufría, una timidez de solitario y un deseo vehemente de ser tratado con amabilidad. Al trabajar en su compañía descubrí en él rasgos que lo hacían simpático, a saber: una sinceridad casi infantil, una gran afición a la historia y al arte, y una imaginación muy rica para fingirse siempre en una situación romántica. Vivía con Paul en un departamento del bulevar alto de Hollywood, y se me ocurrió invitar a los dos a comidas en mi casita del bulevar Sunset, de la cual me sentía muy orgullosa. Ellos mismos acinaban, y Rodolfo parecía encontrarse en su elemento cuando

preparaba un plato de "spaghetti".

Era muy italiano entonces; más tarde se americanizó algo, pero tenía muchas características de su tierra que jamás perdió. Una de ellas era su anhelo por vivir en un ambiente de hogar propio, y otra, su sentimiento de lealtad a la familia. Cualquiera cosa que hiciera un miembro de su familia estaba bien hecha, a pesar de todas las pruebas en contrario. Tenía sobre todo un sentimiento de adoración por su madre; su amor por ella rayaba en la idolatría. Hablaba de ella cuando estaba afligido y casi le dedicaba sus oraciones. Su madre representaba para él todo lo que una mujer debe ser. Lo primero que nos unió fué ese culto que profesaba al amor materno. Cuando lo trataba con bondad me atribuía todas las virtudes de su "santa madre", aunque durante meses sólo nos unió un sentimiento de camaradería. Es claro que flirteaba un tanto; pero, ¿es acaso posible impedir a un italiano que flirtee?

Era tan poco práctico, que alguien debía cuidar de él, sobre todo en los asuntos relacionados con sus negocios. No tenía la menor noción de finanzas; era imposible hacerle concentrar la atención en ellas. Para él el dinero sólo significaba un medio de adquirir cosas. Si veía algo que le gustara, ya fuera un chaleco nuevo o un castillo antiguo, tenía que comprarlo. No le importaba que le costara diez dólares o diez mil. Mientras tenía un cheque en su libreta, lo firmaba, sin preocuparse por el saldo que quedaría a su favor en el banco.

Si un productor cinematográfico le ofrecía un papel que le entusiasmara, se olvidaba de preguntar qué salario ganaría. Su mente se negaba a funcionar en lo referente a los asuntos prácticos. Las únicas cosas del mundo que le preocupaban eran el automóvil, su caballo, sus perros, el tipo que estaba

representando, con sus costumbres, su armadura, su espada y las narraciones novelescas. De resultados de ello siempre se veía envuelto en pleitos.

Cuando solía decirle yo: "Rudy, si sigues así tendrás que dormir en la plaza", me contestaba: "¡Bah! Ya he dormido antes en la plaza. Además, he hecho cuanto he podido."

Ningún desastre material podía hacer mella en su carácter optimista. Había pasado miserias poco después de llegar a los Estados Unidos; padeció hambre y vivió en cuartuchos miserables, pero nada de eso produjo impresión en su ánimo. Y además, ¿acaso su "santa madre" no había sufrido las consecuencias del sitio de París?

EMPIEZA LA FELICIDAD DE LA PAREJA

Una de las cosas que más nos acercó a Rudy y a mí fué la atracción de lo opuesto. Era yo eminentemente práctica, y él carecía de sentido práctico por completo.

Hay dos clases de gente en el mundo: la que asume responsabilidades y la que no las asume. No era posible comunicar una pena a Rudy, por más intensa que fuera. Sería mucho más fácil aquietar a una ardilla. Por mi parte, tomaba las dificultades en serio; no solamente las mías, sino las de todo el mundo, y, como era natural, asumí las responsabilidades de él.

Era un joven que necesitaba que alguien velara por sus intereses; me encargué de eso, hasta constituirme una verdadera obligación. Lo mejor de nuestras relaciones era su dependencia de mí y la confianza que me tenía.

Rudy y yo fuimos muy felices hasta que Hollywood intervino en nuestros asuntos.

Al principio no sentí mucho entusiasmo por el joven latino elegante a quien Mme. Nazimova quería encargar el papel de Armando en su "Camila". El primer inconveniente que tropezaba para ello era su

cabello completamente lacio y bien peinado. El Armando que buscábamos debía ser un muchacho provinciano francés que nunca había usado pomadas para los cabellos. Valentino hubiera parecido ridículo en el desempeño de ese papel. Rodolfo, Mme. Nazimova y yo nos reunimos en mi oficina del estudio para discutir el problema. Finalmente, madame, que estaba resuelta a ponerlo a prueba, me propuso:

—¿Por qué no le riza el cabello, Natacha?

Lo hice, aunque no comprendo por qué esa tarea se me asignó a mí, que era la directora artística, y no a cualquiera de los peinadores del estudio, aunque quizá fuera porque Valentino se resistía a permitir la operación.

—El pelo enruído no me sienta bien—protestó—. He jurado que nunca haré una película en esa forma.

Mientras seguía protestando, lo envié a lavarse la cabeza para quitar todo el brillo de sus cabellos, y luego lo conduje a la habitación donde se calentaban los hierros para la operación de rizárselos.

—Le ruego que sólo los rize ligeramente—me pidió.

Pero le rizó los cabellos cuanto pude.

—Las pomadas para el cabello no hacen al actor—le advertí, mientras continuaba la operación.

Al terminar, el efecto no fué tan malo. Mme. Nazimova se mostraba encantada, y el mismo Rodolfo no se sintió descontento cuando vió el resultado al pasarse los primeros trozos de la película. No había nada que le gustara tanto como la caracterización; siempre se preparaba cuidadosamente para desempeñar un papel. Finalmente convinimos en que sería nuestro nuevo primer ac-

PERSONALIDAD EN



En la declaración deben ser aplicadas con eficacia las cualidades sobresalientes de un buen jugador. Y cuando sabe usarse de ella con certeza, seguridad y decisión, inspirando confianza plena al compañero y temeroso respeto al adversario, es que se ha llegado a adquirir personalidad en el juego.

No resulta tan difícil conseguirla. La base primordial de la buena declaración es sencillamente la verdad, lisa y llana, sin engaños ni complicaciones inútiles. Ser siempre verdadero es el primer paso, el único seguro y de óptimos resultados.

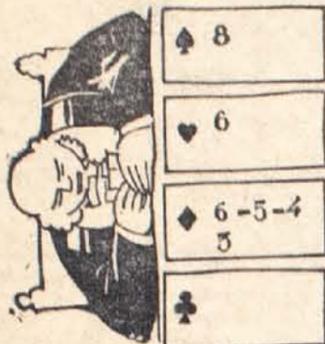
El Auction es un juego de ases y reyes más bien que de fuerza numérica, así que los informes útiles, básicos para una primera declaración, por sí y por deducciones a que pueden dar lugar, son los de tener el timón en un palo cualquiera con su as y rey, o por lo menos rey y dama. Sirva éste de fundamento y pauta para cualquier declaración informativa que haya de hacerse.

Al tener forzosamente que decidirse por una declaración, resultará mejor rematar "un corazón", contando con as y rey y dos blancas, que la misma declaración en un palo por dama, valet y tres o cuatro blancas.

El compañero más peligroso que siempre he imaginado es el que me informa voluntariamente de un palo desprovisto de bazas útiles. Con este compañero no se puede contar en ningún terreno.

En casi todos los remates se presentan circunstancias por las que una variación, una simple palabra pronunciada en determinado momento, puede pro-

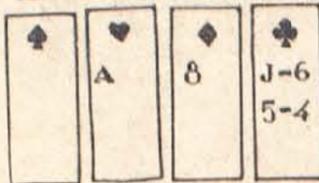
ducir una transformación total en la situación relativa de los dos bandos. A menudo enfrentamos el problema de no saber si aumentar una declaración o doblar la contraria. ¡Cuántas veces en ese dilema tenemos la ganancia o la pérdida de un partido procediendo con habilidad! Y siempre, sin duda alguna, existe una mane-



ra de jugar mejor. Es en estos momentos difíciles en donde hay que demostrar suspicacia, razonando rápidamente y adivinando por instinto. Son resultados éstos que hablan del buen jugador, convenciendo a compañeros y contrarios de su capacidad en el razonamiento y acierto en sus decisiones.

Un doble a tiempo, con alguna probabilidad de éxito, evita en la ocasión pérdidas mayores, aun cuando ese doble no sea del todo perfecto. Son situaciones del remate en que es evidente que conviene impedir por algún medio que el compañero, en tren de defensa de un partido, aumente un contrato que le será imposible de cumplir. Es entonces cuando, en posesión de algunos elementos que sólo pueden prestar servicio útil combatiendo la declaración adversaria, conviene doblar para detener al compañero no muy seguro de sus fuerzas. Puede, tal vez, fallar la operación, pero es probable que se hayan salvado muchas mul-

BRIDGE

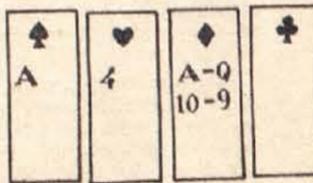


NORTE

Triunfo es corazón. Sur tiene la mano. Norte y Sur hacen cinco de las seis bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste

(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)

SUR



tas y, por consecuencia, perjuicios mayores.

Resultados de otro orden es difícil, porque si el doblador se equivocara respecto de la apreciación del juego del compañero, nada impide que éste, seguro de su mano, siga adelante en el remate, con objeto de ganar el "game".

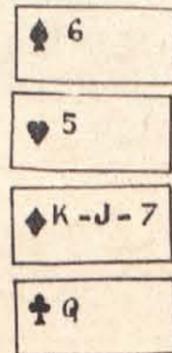
Un jugador prolijo al tomar una resolución de acuerdo con

LEON
CASABAL

LA DECLARACION

sus medios no debe pesar solamente las bazas que pueda hacer con su mano, sino también las que puede no hacer.

Muchos son los optimistas que calculan alegremente, olvidando que tienen dos contrarios que tratarán ingeniosamente de impedir por todos los medios a su alcance que cumpla su contrato. Hay fuerzas



aparentes que no siempre resultan tales, como puede ser una fórmula de K-J-9-7-5 en la mano del declarante sin entradas en el juego del "muerto". Otras que dan la casi seguridad de dos bazas y que después, por rara ubicación de las cartas, se convierten en una: K-Q y 10, por ejemplo, que encuentran en mala ubicación A y J, o A-J y 10 con una izquierda formada por K-Q y una blanca. Y hay fallos y otras tantas formas inesperadas que, en algún caso, pueden verse, pero que la mayoría de las veces sorprenden a quien está acostumbrado a no contar con la adversidad en el juego.

En cambio, las declaraciones adversarias pueden dar cierta pauta valorizando, a los fines de la declaración, un honor desprovisto aparentemente de defensa. Estas son observaciones que es necesario saber utilizar.

De ahí la conveniencia de estar en todas partes para poder tener en cuenta todo lo que puede restar o sumar valor a

una mano y llegar así a declarar sobre bases ciertas.

El egoísmo y la vanidad perjudican el saber de eximios jugadores. Y hablo para aquellos que, conscientes de su habilidad y por desconfianza a la capacidad de su compañero, quieren dirigir el juego en una forma personal y absoluta. No puede jugarse bien con esa prevención y hasta resulta incómodo para quien no puede dejar de observar que no es tenido en cuenta para nada.

Un novicio o un jugador poco hábil son susceptibles de buena administración sin herir su amor propio. Para ello es necesario escucharlos y creerles, dándoles la personalidad y responsabilidad relativa de sus actos en ocasiones en que ellos, con toda razón, la desean. Ese debe ser el proceder que complementa el saber de un buen jugador.

EL PESO DEL CUERPO

Si una persona está destinada a ser gruesa o delgada, es cosa que puede determinarse desde su nacimiento, de acuerdo con las investigaciones de dos fisiólogos alemanes, los profesores W. Fruntal y E. Grafe, de la Universidad de Rostock. Estos hombres de ciencia han llegado a la conclusión de que un botón infinitesimal situado en la base del cerebro, controla probablemente el "metabolismo básico" de las personas, que es en realidad la proporción en que el individuo consume sus energías. Una persona delgada y nerviosa, consume enormes cantidades de energía, quemando su alimento en proporciones increíbles, en tanto que una persona tranquila lo almacena en forma de gordura.

Los hombres de ciencia alemanes, dicen que el minúsculo núcleo cerebral no está sujeto aparentemente al contralor voluntario, y por tanto, si esta hipótesis es verdadera, la posibilidad de regular el peso por el simple ejercicio de la voluntad quedaría descartada.

FIGURAS DE TRANSITO: ARNALDO FRACCAROLI

(Continuación de la pág. 13)

hotel, en la duda de si debía tirarse a un "flord", o más simplemente, traspasar la abierta puerta de comunicación.

•••

—¿Lee mucho?

—¿Libros italianos?

—Empecemos por ellos, si usted prefiere.

—Libros italianos, para ser sincero, no leo nunca, porque como conozco a todos los escritores, ya sé lo que me van a decir.

—¿Y libros extranjeros?

—Algo más. Pero poco. Veo mucho teatro. Todo el que puedo. En todas partes por donde paso. Es preferible ver mucho, viajar siempre, mirar el mundo mientras somos jóvenes. Mirar, mirar a nuestro alrededor que siempre encontraremos una enseñanza.

Y levantando la vista la encontramos, porque en ese momento cruza el restaurant mundano donde estamos comiendo, una dama esbelta, cimbreante, con mirada fija e imperiosa de espía polaca. Y el escritor exclama:

—Ahí está, ahí la tiene.

Y la mira, larga, impertinentemente, con insistencia de adolescente. Pero cambiando el tono, en seguida agrega:

—Magnífica, soberbia. Pero la misma siempre. Esta mujer es la misma que yo he visto en Nueva York y en París, en Cannes y en la India, en San Sebastián y en Ceylán. La misma, la misma en todas partes.

•••

Siendo un escritor ágil, rápida, fuévolamente moderno, Fraccaroli no comulga mucho con el arte espectante-mente avanzado. Su comedia "El problema central", es una ingeniosa sátira del teatro que quiere ser de vanguardia. También en "El paradiso delle fanciulle" hay una pintora de vanguardia que le da ocasión a sonreír, un poco cáusticamente, con esos cuadros que hay que explicarlos, para que todavía sigamos sin entenderlos. Le hablo de eso. El dice:

—Es un absurdo querer ser original para ser grande, ni definirse a sí mismo antes de emprender la obra. Es el mal de los artistas jóvenes. Se proponen catalogarse, no producir. Un muchacho toma los pinceles y se propone ser cubista, un escritor, la pluma, y se decreta unanimista. ¿Y para qué? Yo no he considerado necesario buscarme una clasificación espectante para ser escritor.

Le pregunto:

—¿Nunca ha pertenecido a ningún grupo determinado?

—Nunca. Sólo y libre por el mundo, donde se aprende más que alrededor de una mesa de café.

—¿Ni a ningún cenáculo?

—Tampoco.

—¿Ni ha tenido, al iniciarse, su rueda?

Al momento no comprende bien la pregunta; pero, luego, con su penetración rapidísima, yéndose más allá de la intención, contesta:

—¡Ah! "Cooperativas de elogios", no.

•••

De pronto le digo:

—Aquí, detrás nuestro, está comenzando una cancionista de tangos.

Y Fraccaroli grita como un niño pidiendo un juguete:

—Magnífico, justo. Hagámosla cantar.

No lo hicimos, porque como es presumible no era lógico que en medio de un restaurant, con mil extraños, una muchacha que está comiendo tranquilamente en su mesa, de pronto, se pare y acometa un tango. Pero, después, un poco más tarde en la noche, el huésped oyó tangos. Los oía con la sonrisa cristalizada, más que con entusiasmo, con desconfianza, alargando la nariz husmeante, como para alzar la letra, de la que no comprendía una palabra.

La sorpresa llegó a su grado superlativo cuando oyó, con no disimulada estupefacción, aquellas dos estrofas de "Amigaso":

*y por tan mala jugada
sin compasión lo achuré*

Como ante esta expresión de "achuré" ponía muy mala cara, se le explicó su sentido, acompañando las palabras de un ademán de facón, abriendo, con calabresa saña, el pecho de un cristiano. Entonces Fraccaroli, iluminándosele poco a poco la cara, como el que va haciendo un hallazgo, exclamó satisfecho:

—¡Ah! Comprendo: "L'ha sventrato".

•••

Han llegado las cinco de la mañana. El alba va sonrosando Palermo. Fraccaroli sigue salpicando su ingenio. De pronto, se pone serio, ausente, con la expresión cruzada de reminiscencia y evoca, con voz un poco velada, recuerdos de sitios lejanos en la distancia y en el tiempo. Después, en seguida, vuelve a la rueda, al comentario risueño, a la frase punzante:

Alguien le dice:

—Usted debe estar cansado

—No; por mí no se preocupen; si yo soy muy joven. Sumamente joven. ¿Haber penetrado en el enigma de Fraccaroli?

LAS ZONAS DE GARRAPATA EN EL LITORAL

derico Coverton, Luis Rubbio, Antonio D. Iglesias, etc.

Lo lamentable es que el gobierno federal, por intermedio del Ministerio de Agricultura, deseoso tal vez de dar mayor estabilidad a la cria de ganado, evitando al mismo tiempo una posible despoblación, haya dado un decreto en ese sentido, pero es del caso que por lo inconsulto del mismo, los resultados prácticos hayan provocado precisamente lo contrario, o sea la despoblación que quería evitarse, al declarar como "zona intermedia en preparación" a los departamentos de San Cristóbal y San Justo, provincia de Santa Fe, que son, a no dudarlo, los de mayor capacidad ganadera de estas regiones.

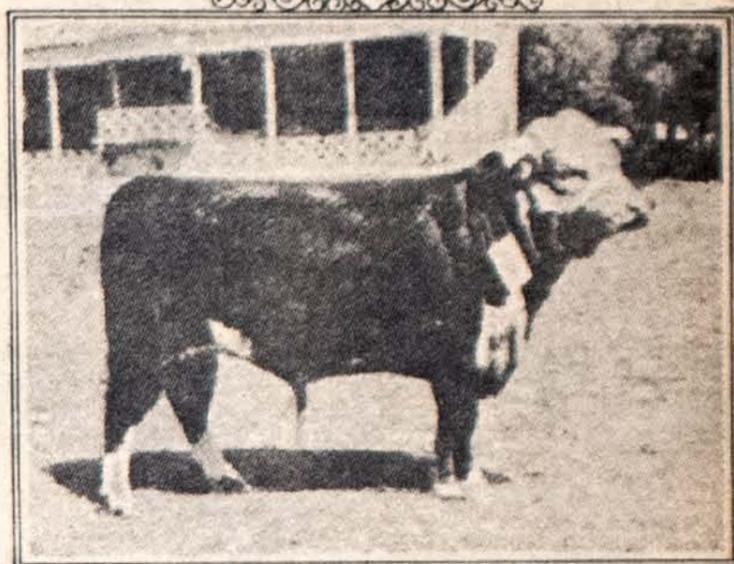
Este decreto ha obligado a varios establecimientos a dedicar sus campos a la agricultura, en salvaguardia de sus intereses. Una sola de esas grandes empresas ha desocupado más de ochenta mil hectáreas, las que en la fecha se encuentran colonizadas, cultivándose el maíz y el lino. Si este decreto no se deroga, no hay duda que el ejemplo ha de cundir y esa zona ganadera será convertida en colonia agrícola.

Como consecuencia del decreto mencionado, todos los ganaderos comprendidos en la zona incorporada quedan obligados a bañar sus haciendas "oficialmente" y bajo control, no menos de cinco veces por año, baños que se dan, no cuando las haciendas lo necesitan, sino en cierta época del año y con intervalos de cuarenta días entre baño y baño, sin reparar en el estado de los animales y aunque las haciendas se encuentren limpias de garrapata, en el momento que les toca el baño.

El expresado es uno de los inconvenientes derivados del decreto; existen otros, además, y no de menor importancia, que obligan a la liquidación de las haciendas, pues si se declara "intermedia" a una zona rodeada de campos infestados, el hacendado se ve reducido a comerciar solamente y en forma directa con los frigoríficos, restándosele la demanda de los compradores de la misma zona o de más al Norte, ya que por ocupar campos sucios no se interesan por animales de zonas limpias, resultando además de inútil este trabajo de limpieza a que debe el vendedor someter a su hacienda, lo que también hace que el precio sea inferior por falta de demanda.

Como mejor información, hemos considerado de interés requerir la opinión de D. Alberto Ramos Mejía, administrador general de la S. A. "La Criolla", situada precisamente en una zona de garrapata de la provincia de Santa Fe, declarada "intermedia". Al preguntarle sobre si la zona de garrapata es tan apta como las que no lo están, para la parición y para la crianza y desarrollo de los terneros, nos contesta: "La considero tan apta como cualquier otra para la hacienda de cria y sólo tenemos en ésta un porcentaje menor de terneros debido a los golpes que

JOSE LUIS DOMINGUEZ



Campeón Hereford en la Exposición Nacional de Santa Fe, expuesto por la sucesión de Antonio Saralegui y criado en zona de garrapata.

sufren las vacas al ser bañadas, golpes que se traducen en abortos, pero esta merma en la parición está compensada con creces por el menor costo de los campos. En cuanto a la crianza y desarrollo de los terneros, estima que dando buen campo a las haciendas, éstos no pueden efectuarse en la mejor forma".

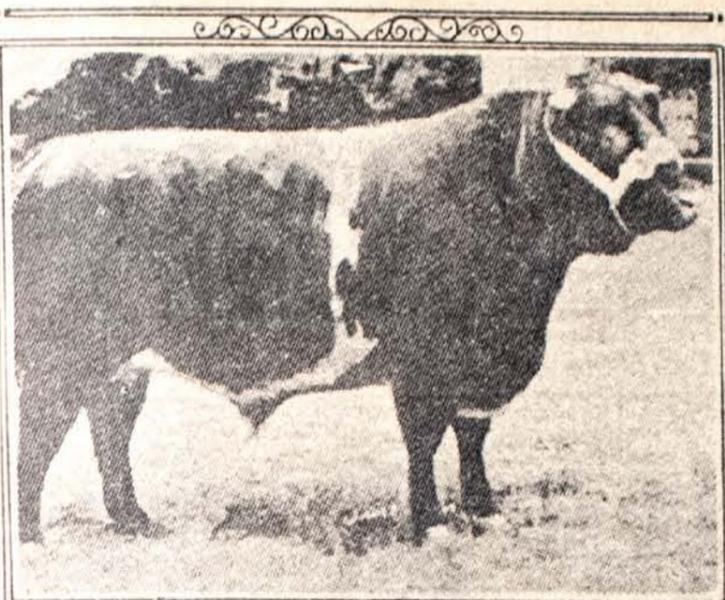
Preguntado si produce algún atraso en el engorde de los novillos, manifiesta que "esos campos nada tienen que envidiar a los de otras zonas y que sólo la falta de potencialidad de los específicos obligan a dar varios baños, los que rebajan a la hacienda en su peso".

Opina el Sr. Ramos Mejía que a los animales introducidos en zonas limpias sin ser vacunados, debe someterse de inmediato a una sobrealimentación y a tratamientos enérgicos de antifebriles en inyecciones endovenosas y tónicas para el corazón, consiguiéndose así salvar de la Tristeza a un porcentaje que puede llegar a un sesenta por ciento".

Como le preguntáramos si los terneros nacidos allí de vacas servidas en zonas limpias nacen inmunes, nos expresó que "nacen inmunes si la madre lo es, pero que, de lo contrario, la cria, por el solo hecho de haber nacido en campos con garrapata, no es inmune, agregando que es también muy común que la primera cria de una vaca inmunizada contraiga la enfermedad, pero que en estos casos responden maravillosamente al tratamiento".

Requerido de cómo debían limpiarse los campos, trató de eludir una contestación, por considerarla, según él, un tanto escabrosa, pero ante nuestra insistencia, agregó: "Si yo a muchos ganaderos les pre-

Campeón Aberdeen Angus en la Exposición Nacional de Santa Fe, criado en la cabaña "La Criolla", S. A., en zona de garrapata.



Sabido que grandes extensiones de campos situadas en la parte norte del país están infestadas por la garrapata.

Ello no es óbice para que existan en dicha zona numerosos rodeos de todas las razas, sin que ello impida que su desarrollo y engorde se produzca en la misma forma que en los campos limpios.

Es un prejuicio equivocado atribuir a los campos sucios inferioridad sobre los de otras regiones; en aquéllas, repetimos, la crianza del vacuno, lanar y yeguarizo se efectúa en condiciones perfectamente normales. Existen allí establecimientos de gran importancia, los que no solamente producen novillos tipo frigorífico, sino que también han llevado a un positivo grado de adelanto el mejoramiento de los planteles.

A las exposiciones que se llevan a efecto en Rosario, Santa Fe, Rafaela, San Justo y otras localidades importantes de la provincia de Santa Fe concurren representantes de zonas de garrapata, los que en varias ocasiones han llegado a obtener los campeonatos de Shorthorn, Aberdeen Angus, como también otros señalados triunfos.

Contrariamente a lo ocurrido en el resto del país, en la mencionada provincia el ganado lanar ha aumentado en forma considerable; haciendo una comparación entre el censo confeccionado en 1922 y el efectuado a fines de 1929, este aumento sobrepasa a ciento cuarenta mil cabezas.

Para introducir en esa zona animales de pedigree se han efectuado diversos ensayos, indicando la práctica que lo más conveniente es transportarlos en la primera edad, entre cinco y siete meses. En esas condiciones fueron introducidos cien terneros Aberdeen Angus de pedigree procedentes de la provincia de Córdoba, animales que, como es natural, a los quince días de su llegada debieron soportar la alta temperatura que provoca la Tristeza, respondiendo luego con toda eficacia a los medicamentos administrados por vía endovenosa. La mortandad en este

Campeón Nacional Shorthorn de Ganadería de Concordia, presentado por E. G. Drabble

lote fué de un cinco por ciento, o sea el promedio calculado para la hacienda vacuna en general.

Este caso lo consignamos considerándolo de excepción, pues es razonable calcular las pérdidas en un término medio que oscila entre el 30 ó el 35 por ciento, entendido que tratándose de animales procedentes de zonas limpias.

El alza de los arrendamientos, producido en forma injustificada en muchos casos, que se ha operado en los últimos años, ha provocado la despoblación de grandes extensiones para ser destinadas a la agricultura, sobre todo en los puntos más cercanos a grandes centros de población. Como resultado de esta alza, fueron muchos los hacendados que se resolvieron a poblar estos campos del Norte, donde se han llegado a formar establecimientos de gran importancia; baste para ello mencionar a la Compañía Liebig's, Meat Extract Co. Ltda., ubicada en Mercedes, provincia de Corrientes, la que se dedica a la crianza de un gran número de animales vacunos, con preferencia el Hereford; la Compañía Products Kemmerich, hoy "La Criolla", Sociedad Anónima Rural e Industrial, la que explota una extensión de ciento sesenta mil hectáreas, dedicadas a la ganadería, de donde han salido para la exportación y el consumo no menos de doscientas mil cabezas de ganado vacuno de todas las razas, además de otras muchas de los señores Dorado y Garat, E. G. Drabble, Ishiart y Fagalde, Pedro D. Pumará, Pedro y Rodolfo Hita, Conrado Hughes, Francisco Roverano, Salvador J. Socas, A. y R. Zorraquin, Leloir y Udaondo, Establecimientos Argentinos Bovril Ltda., Carlos F. Boero, Sucesión de Antonio Saralegui, Luis Ripamonti, Fe-

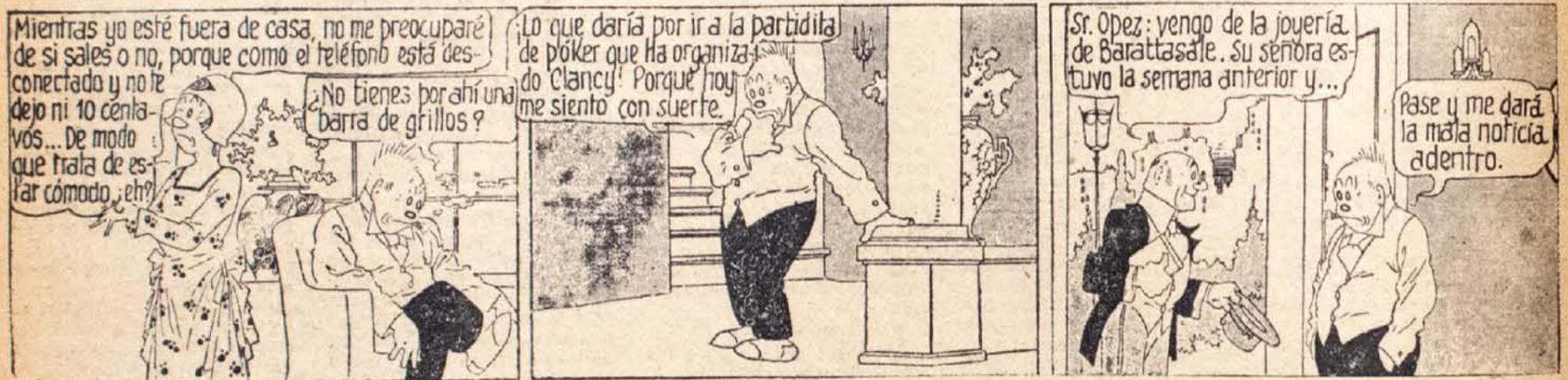
Ganadores del premio Conjunto raza Shorthorn en la Exposición de Ganadería de Concordia, expuestos por los señores J. S. Dorado y J. P. Darat





EL COLLAR SALVADOR

Dibujos de GEO McMANUS





¿VALIENTE O COBARDE?

CASI no recordábamos a nuestro primo Guillermo. Todo lo que sabíamos era que había sido educado por una vieja tía, pues sus padres habían muerto cuando era muy chiquito. Además, Jorge y yo nos entendíamos muy bien; hacíamos nuestras travesuras siempre juntos y éramos muy compañeros para los juegos. No deseábamos la llegada de un tercero, que nos era antipático de antemano.

Resolvimos no quedarnos para esperar y salimos a patinar en la nieve, volviendo sólo a la hora del té y encontrándolo instalado con el resto de la familia. ¡Para colmo, al entrar al comedor oímos que decía que lo que más le gustaba hacer era leer!

Durante todo el día siguiente el tiempo fué tan espantoso que no pudimos asomar las narices afuera, con gran disgusto nuestro, pero con gran tranquilidad de Guillermo, que no levantó los ojos de un libro de Conan Doyle. Le esperábamos para cuando hubiera buen tiempo. Entonces tendríamos nuestra revancha.

Efectivamente, pudimos salir y le propusimos patinar en el lago. —Yo no voy a patinar — fue la respuesta —. Me parece que no es prudente.

—¿Entonces eso quiere decir que tienes miedo? — insistimos despreciativamente. —No tendría miedo si se tratara de algo que valiera la pena — nos dijo entonces — pero me parece que lo único que podemos sacar es un baño, lo que no resulta agradable con este frío y además estropearíamos toda la ropa.

—Nuestra indignación no tenía límites! ¿Qué muchacho de doce a catorce años piensa en estropearse la ropa! Eso no era un primo, era una primita que nos habían traído.

En realidad hacía mucha más ligra con Inés y Laurita que con nosotros. Ellas eran las únicas que se quedaban con ellas y nos dejara tranquilos. ¡Nosotros no jugábamos con señoritas!

¡Seguramente si le proponíamos salir a cazar ratas nos diría que temía que ellas le mordieran sus delicadas piernas! Pasaron varios días sin que mejoraran las relaciones, a pesar de los consejos y ruegos de mi madre, que defendía la parte de Guillermo. Este había tomado la costumbre de salir por su lado y pasaba tardes enteras con un anciano pastor que cuidaba unas cuantas ovejas. Por fin un día en que nos encontramos reunidos en el comedor apareció mi padre diciendo:

—Me alegró de verlos aquí, muchachos. Me parece que viene una tormenta terrible y temía que les tomara estando lejos... ¿Pero dónde está Guillermo?

—No quiso salir con nosotros — respondió Jorge, satisfecho de probar lo poco amigo nuestro que era.

—Siento mucho no verlo aquí — insistió mi padre —. Preveo una ventisca.

—Guillermo salió en busca del pastor — exclamó Inés, que salía siempre en defensa de su amigo —. Sabía muy bien que venía una ventisca pero quiso ir a buscarlo.

—Es un perfecto idiota si sale sabiendo que viene ventisca — respondió.

—No tiene nada de idiota — dijo indignada Inés —. Ustedes son los idiotas y los perversos que no hacen nada más que pelearlo y hacerle mala cara. Laurita y yo sabemos muy bien que no es cobarde ni tonto. Veremos cuando sean grandes quien hará más hazñas si él

o ustedes, que se creen tan valientes.

—No sé dónde van a tener lugar las hazñas de Guillermo — respondió Jorge —. Tiene miedo de las moscas que vuelan.

—Eso lo veremos cuando sea un célebre explorador.

—¿Qué va a explorar tu amiguito?

—¡Va a explorar el Africa Central y verán lo que es capaz de hacer!

La discusión se prolongó un buen rato hasta que uno de nosotros oyó la voz de mi padre que daba órdenes afuera.

—Me parece — exclamó, que están por hacer una exploración de salvataje. ¡Vamos a ver qué pasa!

En efecto, mi padre había reunido a unos servidores y se preparaba a salir en busca de Guillermo. Al principio nos ordenó que volviéramos a la casa, pero insistimos tanto por fin cedió, principalmente porque le dijimos que conocíamos un camino más corto para llegar a la choza en que vivía el pastor y que seguramente Guillermo estaría allí. Nos hicieron poner botas altas y muchos abrigos y llevando una buena sogá emprendimos la marcha.

El viento había disminuído, pero nevaba aún copiosamente. No sin dificultad llegamos por fin a la choza. La emoción nos apretaba la garganta.

Golpeamos, pero nadie contestó. Sin embargo, se oía que alguien se movía allí dentro. Por fin mi padre abrió la puerta.

Sallie, el enorme perro del pastor, salió precipitadamente de adentro.

—¡Guillermo! ¡Robin! — llamaba mi padre, pero nadie le contestaba.

La choza estaba desierta.

Mirando a Sallie, que se frotaba contra mí lamiéndome las manos, observé entonces que tenía algo colgado de su collar. El pobre animal parecía desesperado por correr, pero al mismo tiempo nos esperaba como si supiera que llevaba un mensaje en su collar. Mi padre acercó entonces su linterna y leyó lo que estaba escrito en un papel atado al collar del perro.

—Lassie me mostró dónde se encontraba Robin, que está herido — decía el papel —. Lo dejo encerrado en la choza para que les muestre el camino y puedan encontrarnos. No me fué posible llevarlo y vuelvo para llevarle abrigo y coñac. Guillermo".

Jorge y yo nos miramos avergonzados. ¡Este era el muchacho que nosotros tratábamos de cobarde!

—¡Pronto — decía mi padre —. No hay tiempo que perder. Este valiente muchacho es capaz de haber dado su vida por salvar a su amigo.

Es imposible relatar lo que tuvimos que sufrir durante el trayecto que nos separaba del lugar en que se encontraba nuestro amigo. Guiados siempre por Sallie subíamos y bajábamos las montañas, pareciéndonos a ratos que el viento y el frío iban a ser más fuertes que nosotros. Sólo la idea de que Guillermo había hecho dos veces este trayecto en plena ventisca, nos daba fuerzas para seguir el camino y no podía menos de pensar que con toda seguridad el valiente muchacho estaría ya muerto, oculto entre la nieve del camino.

—¡Todos a la vez! — exclamó mi padre —, pues nadie contestaba a nuestros gritos aislados.

Una, dos, tres veces gritamos, pero nadie respondió. ¡Habrían muerto los dos!

Por fin Lassie pareció oír una voz, pues se precipitó hacia la derecha y tuvimos gran dificultad en seguirlo, guiados por sus ladridos, hasta que oímos una voz débil que decía:

—¡Aquí! ¡Socorro! ¡Aquí! Era la voz de Robin. Estaba aún vivo. ¿Pero Guillermo? Este se encontraba a unos pocos pasos, tirado en el suelo, sin abrigo, en mangas de camisa con semejante frío.

—Dos ovejas se habían separado — explicó Robin temblando de frío —. Yo subí para llevarlas antes de que viniera la ventisca y tuve la mala suerte de caer. No recuerdo nada más hasta que me desperté encontrando a ese valiente niño a mi lado.

—No se aflija, Robin — me dijo — aquí estoy yo y además está Sallie. Puede caminar. —Entonces quise levantarme

LECTURAS INFANTILES

pero comprendí que me era imposible dar un paso. El niño Guillermo fué entonces en busca de abrigo y aguardiente. Si no hubiera sido por él estaba muerto, señor, con toda seguridad. El aguardiente me debe haber hecho dormir de nuevo, pues me despertaron los gritos suyos cuando llamaban.

Mientras Robin hablaba nosotros habíamos levantado a Guillermo, lo habíamos colocado sobre unas mantas y le dábamos friegas por todo el cuerpo sin conseguir reanimarlo. Mi padre resolvió entonces emprender inmediatamente el regreso a casa, lo que duró largo rato, cargado como estábamos además con los dos heridos. Mi madre y mis dos hermanas nos aguardaban con todo preparado. Un buen plato de sopa caliente nos reconfortó pronto. Llevaron a los dos inválidos a los cuartos de arriba mientras comíamos, y fué admirable la manera con que Inés y Laurita nos sirvieron sin hacernos un solo reproche, aunque seguramente se morían de ganas de hacerlo y de saber detalles sobre lo que le había pasado a Guillermo.

Un impresionante silencio reinaba en el comedor cuando un rato más tarde apareció mi madre, que se enjugaba las lágrimas, mientras al mismo tiempo sonreía diciendo:

—Guillermo quiere verlos para agradecerles el haber ido a buscarlo.

Sentí que los sollozos me

apretaban la garganta y no pude decir una palabra. Jorge y yo nos levantamos y nos dirigimos al cuarto donde estaba Guillermo.

—Quería decirles que se portaron muy bien insistiendo en ir a buscarme con semejante noche — dijo este último.

—Nosotros somos los que te debemos pedir perdón — exclamó Jorge poniéndose de rodillas junto a la cama y tomando entre sus manos las ya calientes de Guillermo.

—Ya lo creo — agregué yo—. Te prometemos que en adelante cambiaremos de manera de ser. Merecemos un buen castigo y entre los dos nos lo daremos. Tú has sido el único valiente, Guillermo. ¿Quieres que seamos amigos en adelante?

—Bueno, muchachos, basta de emociones — exclamó mi madre, que había oído lo que había pasado—. Ahora, a dormir.



COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

Otra manera de hacer desapaecer una moneda



de repente la moneda habrá desaparecido.



dos de la derecha la moneda, que quedará adherida de este modo.

sedentarios y turistas. Los primeros permanecen en los rios, mientras que los segundos se trasladan todos los años, durante un mes, a tomar baños de mar.

El esturión, el dorado, el mujol y la lamprea pasan la vida trasladándose del agua dulce a las saladas, y viceversa. Las anguilas son más temerarias y para pasar de un estanque a otro que les conviene más, no titubean en trasladarse por tierra firme, deteniéndose cuando encuentran en ella algo que les conviene.

No hay que olvidar los anaban, peces de la Indochina, que se pasean por los arroyos, los campos, y gracias a la dentadura que poseen no temen subir a los árboles, a tomar un poco de fresco. Los perofthalmos obran de la misma manera, y es frecuente verlos en Senegambia, trepados en lo alto de las palmeras, secándose al sol.

ANIMALES EN VACACIONES

DESDE hace muchísimos años, el hombre ha adoptado la costumbre de tomar unas vacaciones para descansar. Si bien todos no pueden hacerlo con regularidad, los más acomodados lo hacen muy gustosos. Uno de los lugares que eligen con preferencia para ello son las playas de mar. Pues bien, esta costumbre existe también entre los animales.

Los salmones, que ponen sus huevos en agua dulce, van en bancos a pasar unos meses en el mar, a fin de fortalecerse y engordar, volviendo luego a los rios.

Los sábalos sienten la misma afición por el turismo, con la diferencia que su cura marina es más larga, y sólo remontan los rios para desovar. En esta ocasión, recorren grandes distancias río adentro.

Los eperlanos se dividen en

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS

Word search grid with numbers 1-47 and letters forming words like GALLINOS, AMARILLO, YUYO, CRATE, LA FEY, A CASO, TASA, RESES, ALAMA, PERU, OVALO, SANABA, PLACER, etc.

- 45. Orilla de la calle, destinada para los transeúntes.
46. Recobrar el enfermo la salud.
47. Llenos.

VERTICALES

- 1. En sentido figurado y familiar, cárcel.
2. Parte de los costados del buque donde éste empieza a estrecharse para formar la proa.
3. Calidad, especie, género.
4. Gasté de todo, consumi.
5. Pronombre personal.
6. Artículo.
7. Panderero moisco.
8. Excavación que se hace para extraer un mineral.
9. Planta anual de la familia de las gramíneas, que se cultiva para alimento de caballerías y otros animales.
10. Una de las dos ramas del Poder Legislativo.
11. Nombre de mujer.
12. Especie de bisonte que vive en los montes del Cáucaso.
13. Puesta del Sol al traspasar el horizonte.
14. Audaz, atrevido.
15. Deslucé una cosa mansuandola.
16. Pedazos de tela desechados por viejos, por rotos o por inútiles.
17. Jugo que fluye de diversas plantas umbelíferas.
18. Ya.
19. Quieres con extremo.
20. Alza o levanta una cosa.
21. Competidora de una persona que procura excederla o aventajarla.
22. Obstáculo, embarazo, estorbo, impedimento.
23. Hijo de Dedalo, que huyó con él del laberinto de Creta con unas alas pegadas con cera.
24. Planta perenne de la familia de las aróideas, con frutos del color y tamaño de la grosella.
25. Aguardiente preparado con anís y azúcar hasta la saturación.
26. Preposición inseparable que significa "por" o "en".
27. Contracción.

REFERENCIAS

- HORIZONTALES
1. Prominencia de roca pelada que se eleva en algún monte.
6. Das voces lastimosas pidiendo favor o ayuda.
12. Señal o indicio de alguna cosa.
13. Mamífero carnívoro, parecido a la zorra, de color leonado por el lomo y blanco amarillento por el vientre.
14. Yerbajo, hierba inútil.
15. Atan o juntan una cosa con otra.
16. Sujeto que ha perdido el juicio.
18. Arrogante, presuntuosa, engreída.
19. Nota musical.
20. Ditración de los cosas.
22. Moneda escandinava.
23. Preposición inseparable que denota proximidad o encarecimiento.
24. Casualidad, suceso imprevisto.
26. Interjección con que se denota complacencia o aprobación.
28. Plato de comida.
31. Nota musical.
33. Pronombre demostrativo.
34. En sentido figurado, causal, riquezas.
36. Trasladaos.
37. Planta leguminosa que sirve para pasto del ganado.
39. Acercó, aproximó.
41. Nación sudamericana.
42. Cualquiera de las dos cavidades simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas.
43. Adorno o guarnición en figura de huevo, usada para un cascarón y con pun-

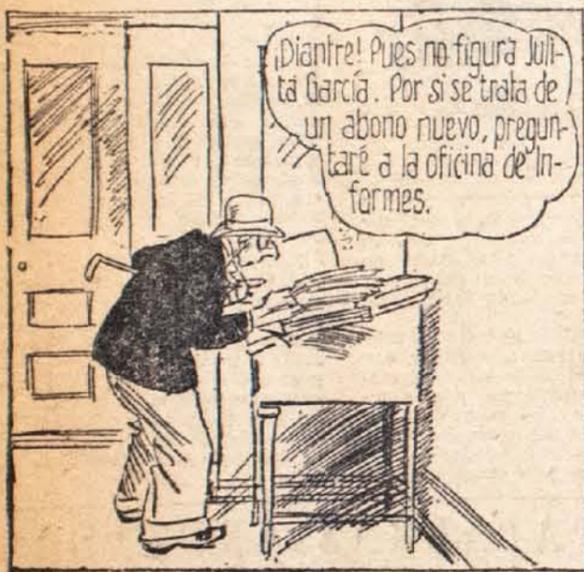
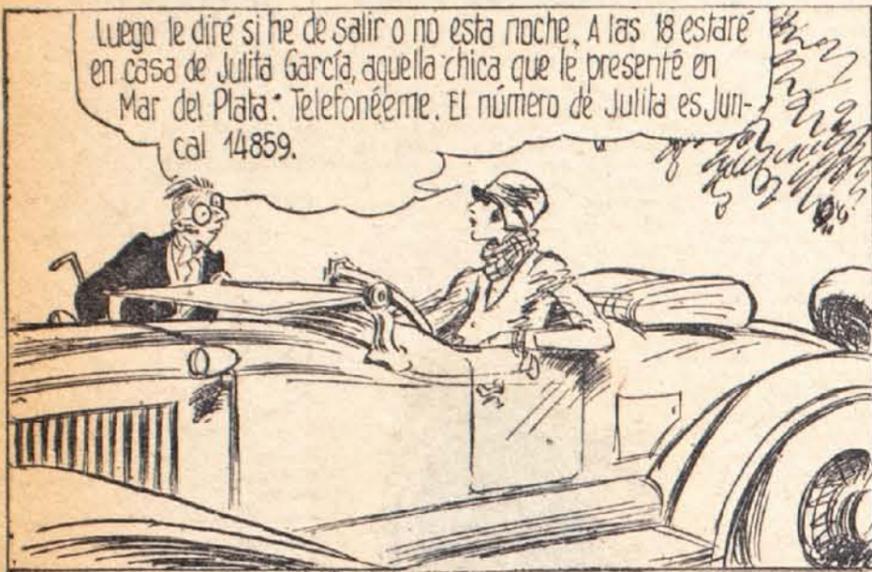
BETTY

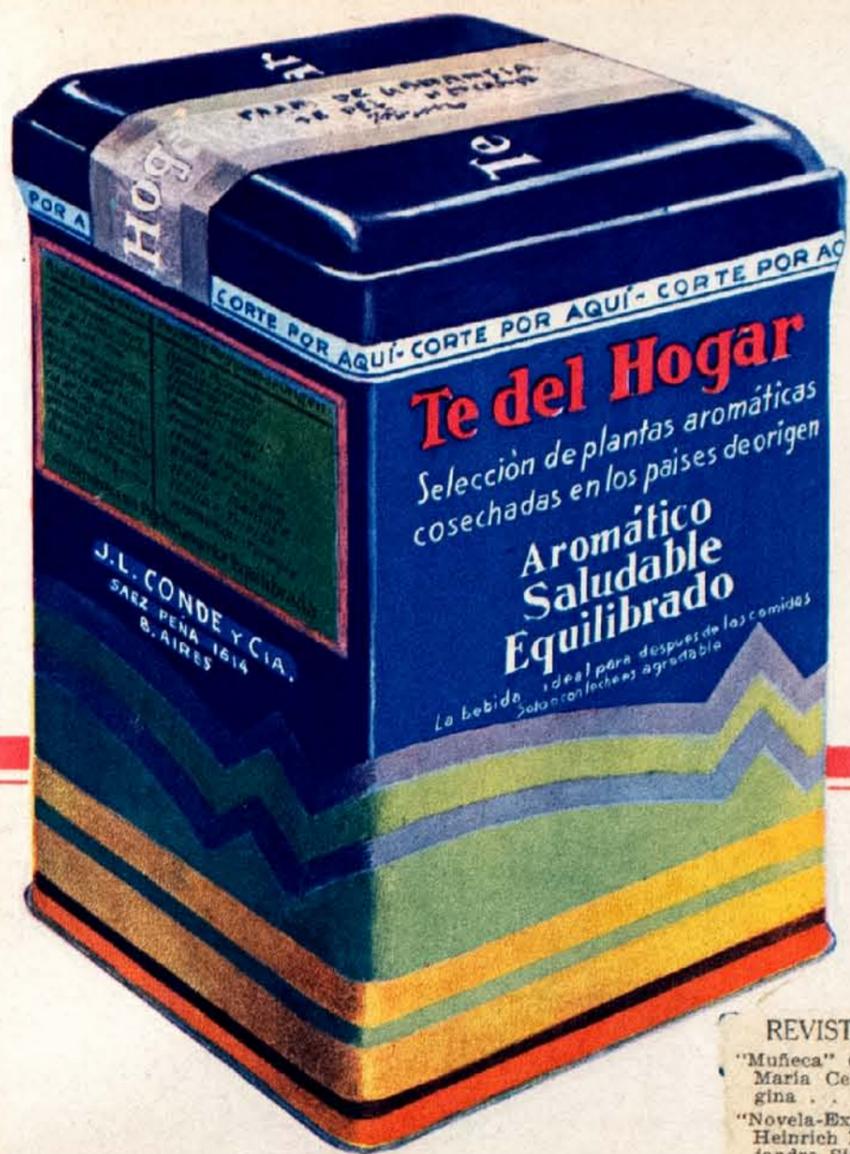
por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

MALA MEMORIA

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





Por el buen camino

En todo el mundo se abandona cada vez más la mala costumbre de tomar café después de las comidas. La experiencia demuestra que nuestros antepasados tenían razón cuando terminaban sus comidas con una infusión de plantas y flores aromáticas, grandes entonadoras del estómago.

En la casa donde entra el Te del Hogar desaparecen el te y el café comunes — tan perjudiciales — con gran satisfacción de todos y con ventaja para la salud de todos.

Se prepara como el te común. Una cucharadita para ca

REVISTA DE "LA NACION"

- "Muñeca" (carátula en colores), por María Celina Neyra de Sola. Pág. 1
- "Novela-Express" (cuento), por Heinrich Mann (ilustración de Alejandro Sirio) Pág. 2
- "El general D. Francisco de Miranda (III)", por Carlos A. Pueyrredón Pág. 4
- "Llegada a Roma" (cuento), por Attilio Dabini (ilustración de Luis Macaya) Pág. 5 y 6
- "Figuras de tránsito: Arnaldo Fraccaroli", por Octavio Ramírez. Pág. 7
- "Solo", por Alvaro Mellán Lafinur (ilustración de Juan Carlos Huergo) Pág. 7
- "Episodio de la guerra en China. El sitio de Chochow", por Ariel Vargas Pág. 8 y 9
- "La novela estadounidense actual", por Alberto Nin Frias Pág. 10
- "La música en París", por Emile Vuillermoz Pág. 11
- "Autores y obras", por Benjamín Cremieux Pág. 12
- "El sombrero de mi antepasado holandés" (cuento), por Jacobo Fijman (ilustración de Juan Carlos Huergo) Pág. 13
- "Las revoluciones que yo he visto", por Abel Hermant Pág. 14
- "Loas al plantador" (versos), por José Lucas Penna (ilustración de Luis Macaya) Pág. 14
- "Con las estrellas de la Rusia Roja. Los directores de Leningrado", por Arturo S. Mom. Pág. 15 y 16
- "Artes industriales de Italia. Los vidrios de Venecia", por Leonardo de Roche Pág. 17
- "Rembrandt en Berlín", por Wilhelm Hausenstein Pág. 18
- "Film" social Pág. 19
- Una cacería en el Sudán Pág. 20
- Instantáneas Pág. 21
- "La naturaleza y la fotografía artística" Pág. 22
- Variedades gráficas Pág. 24
- Mosaico Sportivo Pág. 29
- Kodak teatral Pág. 30
- "La elegancia femenina. La nueva colección de Vionnet", por Eva A. Tingey (dibujos de Pierre Fossey) Pág. 28
- "Mi vida. La conferencia del partido y la disgregación", por León Trozki (ilustración de Pedro Dehucchi) capítulo X Pág. 31
- "Un gaucho perdido en la ciudad: Fernán Silva Valdés", por Salomón Wapnir Pág. 32
- "Retrato de dama" (versos), por Edmundo Montagne (ilustración de Héctor Basaldúa) Pág. 32
- "Máscara blanca. El huésped de Gregorio Wicks", por Edgar Wallace (ilustración de Luis Macaya) Capítulo XV Pág. 33
- "Federico III, el emperador mudo", por Jacques Bainville Pág. 34
- "Revisión de la actualidad teatral", por Jacques Copeau Pág. 35
- "Kenilworth, un típico castillo inglés", por Joan Gillespie. Pág. 36
- "La verdad acerca de Rodolfo Valentino", por Natacha Rambova. Página 37
- "Bridge. Personalidad en la declaración", por León Casabal Pág. 38
- "Las zonas de garrapata en elitoral", por José Luis Domínguez. Página 39
- "El novio de Rosita. El collar salvador" (historietas cómicas), por Geo McManus Pág. 40
- Lecturas infantiles. Palabras cruzadas. Entretenimientos. Pág. 41
- "Betty. Mala memoria" (historieta cómica), por C. A. Voight Pág. 42

¿Qué es el

El Te del Hogar es la bebida racional e higiénica que todos los hombres y mujeres, grandes chicos, deben tomar a diario después de cada comida, en lugar del café y te común, tan perjudiciales.

En cada taza de Te del Hogar se funden y armonizan las virtudes del azahar de Andalucía,

combinación de plantas y flores aromáticas tradicionalmente consagradas para asegurar digestiones felices y, como natural consecuencia, nervios tranquilos.

**Mejor que el café y te común, mucho más rico y más barato.
Cada tarro vale \$1.80 y alcanza para 70 tazas.**

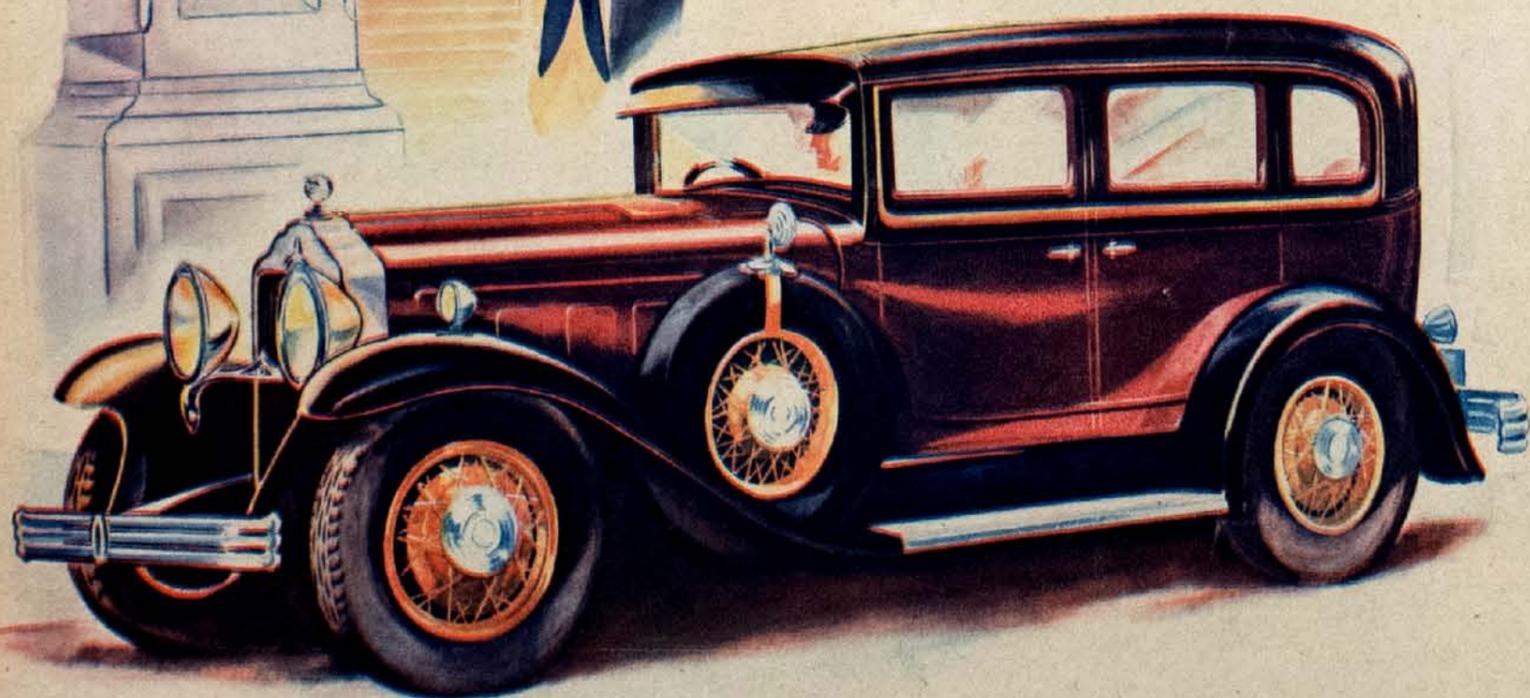
Dep. Gral. para la Rep. Argentina
Sgo. del Estero 1972 - Bs. Aires

SE VENDE EN TODOS LOS ALMACENES Y DESPENSAS

Te del Hogar

FAVORITO DE LAS GENTES DE BUEN GUSTO, POR SU LUJO y SILENCIOSO ANDAR

LA elegancia de líneas, hermosura de matices y lujoso acabado del WILLYS KNIGHT Gran Seis de la Serie 1930, satisface las aspiraciones del más refinado gusto. En materia de servicio, el motor patentado, de válvulas corredizas del WILLYS KNIGHT Gran Seis, de una potencia y suavidad exclusiva, asegura un andar silencioso y consumo económico.



WILLYS-KNIGHT